

Sexo, Orujo y Flamenco



Pacorujo

Katy
Molina

SEXO, ORUJO Y FLAMENCO

&

Katy Molina

Ediciones Comadres Literarias



**“A la luz del calor del fuego, tejo mi cabello
entrelazando mi destino con sabiduría y sufrimiento.
escojo un mechón de pelo, lo trenzo, anudando cada
filamento para tejer mi propio camino en silencio”**



**Dedico este libro a mi madre Catalina, a mis tías Antonia y María, a mi
hermana Jessica y a mi prima María.**

Para vosotras, por ser un ejemplo de lucha y unas supervivientes.

©2017 Katy Molina, primera edición. Modelo de portada Cathaysa Yedra Santana-

©2018 Katy Molina, segunda edición

Editor/Diseño de cubierta: Katy Molina.

Corrección a cargo de Higinio Zapata.

Queda totalmente prohibida la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, ya sea electrónico o mecánico, alquiler o cualquier otra forma de cesión de la obra sin la previa autorización y por escrito del propietario y titular del Copyright.

Obra Registrada en Safe Creative. Todos los derechos reservados.



Serie

Las Mujeres González

Libro 1

Prólogo

Carmela es una joven muy vainilla en el ámbito sexual que descubrirá un mundo con el sheriff Bruno y hará que se plantee su modo de vida.

El dolor por la pérdida de un ser querido la llevará a Nueva Orleans a unificar las raíces familiares que perdió en el pasado e irá descubriendo los secretos que guardan sus tres tías mellizas, prima y hermana.

Harán una piña y volverán a sentirse una familia cuando descubran que el demonio es de carne y hueso y duerme bajo el mismo techo. La chicas González nacen con un sexto sentido, premoniciones y visiones con el más allá, que serán la clave para resolver el enigma que mantiene a Úrsula, la hermana mayor de Carmela, alejada de la familia.

Nada es lo que parece y todo es como está escrito.

Rosario se fue al hoyo y olé

“Las familias deberían ser como los artículos de supermercados, poder devolverlos cuando salen defectuosos”.

Todo empezó con una llamada inesperada en mitad de la noche...

Sevilla, Triana, tres de la madrugada.

Carmela dormía plácidamente boca arriba y espatarrada ocupando toda la cama. En mitad de la noche, el teléfono móvil sonó sin descanso hasta despertar a la sevillana.

Con los ojos pegados por las legañas y muerta de sueño, descolgó.

— Dígame...

— Carmela, hija, soy Paca —al no escuchar a su sobrina contestar, gritó—. ¡Carmela!

— Sí... sí, dígame... —Pegó un bote en la cama por el chillido—. ¿Quién es?

— ¡Ojú! La madre que te parió. Soy tu tía Paca, hija de mi vida. Es de día.

— Tía, a ver si te entra en la mollera que tenemos diferencia horaria: aquí en España son las tres de la madrugada —Carmela se espabiló con un humor de perros.

— Perdona hija, nunca me acuerdo que Nueva Orleans está muy lejos.

— ¿Lejos? Nos separa un océano. Y ahora dime, ¿para qué me has llamado?
—resopló: quería volver a dormir.

— Hija, la tía Rosario ha...

Carmela se despertó de golpe, agarró bien fuerte el teléfono y se sentó en la cama. El labio le temblaba; no estaba preparada para escuchar esa palabra, la cual nos rompía el corazón varias veces en la vida.

— ¿Qué le pasa a la tía Rosario? — tenía el corazón en un puño.

— Ha muerto, hija, de un infarto.

— Pero, pero... si estaba bien hace una semana cuando hablé con ella. No puede ser, tú me estás tomando el pelo. Es eso Paca, la tía... — tenía los ojos bañados en lágrimas y una risa nerviosa apareció.

— Lo siento, hija. ¿Vendrás al funeral?

— Sí, iré. No la enterréis sin mí.

— Tranquila, no lo haremos. Te esperamos, mi niña.

Carmela colgó sin creer que su tía, la cual había sido una madre para ella, al igual que sus otras dos tías Paca y Manuela, estaba muerta.

Lloró en silencio, con el corazón roto y culpable. Hacía dos años que sus tres tías solteras se habían marchado a Nueva Orleans; la mayor de ellas, Rosario, se había casado con un millonario, el tío Alfred.

Abatida, los recuerdos de tiempos pasados se agolparon en su cabeza. Le vino a la memoria el día en que sus padres murieron en un accidente de tráfico junto a su tía Azucena, madre de Pandora. Rosario acogió a Carmela, a su hermana mayor Úrsula y a su prima hermana Pandora como si fueran sus hijas. Durante años estuvieron muy unidas y la vida les sonrió con mucho amor y salud. Cuando crecieron, se distanciaron. Úrsula conoció a Robert Smith y se fue a vivir con él a Manhattan. Pandora se fue a trabajar a

Alemania y allí se quedó tras conocer a Derek, un cantante de punk. Sus tres tías se fueron a vivir a Nueva Orleans. Eran trillizas, no concebían una vida sin estar juntas. Al final, Carmela fue la única que se quedó en Triana, sola, a cargo de la escuela familiar de flamenco.

Ese distanciamiento hizo que la familia se dividiera y poco a poco fueran perdiendo el contacto; se llamaban en los cumpleaños o en las navidades, poco más. Carmela era la más sentimental de todas y harta del egoísmo de su familia, puso tierra de por medio y dejó de llamarlas e interesarse por su bienestar.

De pronto, la puerta de la casa sonó. Carmela se extrañó por las horas que eran, pero cuando escuchó esa voz inconfundible supo quién llamaba. Cipriana, la chismosa del edificio y amiga íntima de la familia. Abrió la puerta.

— Niña, ¿estás bien, *mi arma*? — la vecina había bajado en bata, zapatillas y con los rulos puestos.

— Es muy tarde, Cipri, ¿tú nunca duermes? — Carmela alucinaba con su oído perruno.

— He sentido en el silencio de la noche tu teléfono. ¿Quién era? Por tu carita, no es nada bueno.

Cipriana era como un grano en el culo pero buena gente, la consideraba parte de su familia. Había estado estos años cuidando de ellas, cuando sus tías no podían. Era una mujer ordinaria pero con un gran corazón.

— Rosario ha muerto —soltó sin delicadeza.

— ¡Ay, señor! Mi Rosario, pobrecita —se llevó una mano al pecho, conmocionada por la noticia tan triste.

Carmela tuvo que dejarla entrar y prepararle una tila. Estuvo consolando a Cipriana, cuando era ella quien necesitaba ánimos. Aprovechó el desvelo y compró un billete de avión en el portátil para viajar a Nueva Orleans, salía a las ocho de la mañana. Cipri la ayudó a preparar la maleta y le dio una estampita del Nazareno de Sevilla para que lo metieran dentro del ataúd de la difunta.

Todo estaba listo para viajar a Nueva Orleans. Al ser agosto, la academia de flamenco estaba cerrada, así que no tuvo que dejar a nadie a cargo: volvería en un par de semanas a Sevilla como muy tarde.

Carmela se encontraba de camino al nuevo mundo, triste por su tía y emocionada por volver a ver a la familia; sus pensamientos eran para su difunta tía y su familia. En el fondo, las había echado mucho de menos. Lo que nunca imaginó la sevillana, es que su vida cambiaría de manera radical en esta aventura.

Sobre la una de la madrugada hora de Nueva Orleans, tras dos escalas, llegó a tierra. Aterrizó en el aeropuerto internacional Louis Armstrong. Se dirigió un poco nerviosa a recoger las maletas a la cinta transportadora. Solo faltaban unos metros para ver en carne y hueso a su tía Paca. Tras llamarla desde el aeropuerto de Sevilla con la hora de llegada, su tía había prometido ir a buscarla.

Su sorpresa fue que no había nadie. La llamó por teléfono pero no contestaba. Harta, fue a la salida a coger un taxi; su enfado aumentó cuando se encontró con una huelga de taxistas. Se cabreó aún más, parecía que el mundo estaba en su contra. No le quedó más remedio que ir a una empresa de alquiler de coches. Le dieron un Ford Mustang Cabrio del sesenta y seis. El coche era todo un clásico; emocionada por conducir aquella pieza de museo,

se montó entusiasmada. Puso el GPS del móvil con la dirección que le había dado su tía Paca y arrancó. Sólo esperaba llegar sin ningún percance más.

Salió de la ciudad; el navegador indicaba que tenía que seguir un sendero de tierra para llegar a casa de sus tías. Sabía que había un pantano cerca por el olor tan característico a rancio. El camino estaba muy oscuro, apenas se veía nada y, para más inri, la niebla no ayudaba. Sintió miedo al recordar que Nueva Orleans era tierra de fantasmas, vampiros, brujas y hombres lobos. Se regañó mentalmente por tener miedo de cuentos infantiles que servían para asustar a niños pequeños. Conducía con precaución, a veinte por hora. No podía evitar pensar en fantasmas, *chupacabras* y demás monstruos terroríficos.

De pronto, vio una sombra quieta en mitad del camino mirando las luces de su auto. Carmela se asustó y dio un volantazo, estrellándose contra un árbol del sendero. No se había hecho nada, iba demasiado despacio como para tener un fuerte accidente. Se bajó del coche agarrando el bolso como si fuera un arma y preparada para enfrentarse al *chupacabras*. Cuando vio con sus propios ojos al monstruo que la había hecho salir de la carretera, se sintió ridícula: era un conejo de color marrón muy mono. Con los nervios a flor de piel pero más tranquila, al percatarse de su estupidez y de su imaginación desmesurada, empezó a reírse como una loca.

Unas luces detrás de su coche hicieron que callara al instante. Oyó el sonido de una radio muy parecida a la de la policía. Por la niebla no veía quién se acercaba. Su imaginación volvió a la carga con Jack el destripador. Tenía la respiración agitada; cogió una rama que encontró en el camino y con pasos lentos se dirigió hasta las luces, con la intención de atacar si se trataba de un asesino en serie.

— Hola... —dijo temerosa.

De repente, un hombre vestido de uniforme apareció de entre la niebla delante de ella. Carmela no se lo esperó y le arreó con el palo en la cabeza con todas sus fuerzas. El agente de policía, al llevar casco, apenas notó el golpe. Le quitó el palo a la sevillana al verla luchar todavía contra el aire y chillando como una posesa.

— Señorita, tranquilícese, soy el *sheriff* del condado —sujetó a Carmela por la cintura. Ésta dejó de forcejear al escuchar la palabra Sheriff.

— ¡Dios mío! He golpeado a un agente del orden —se llevó las manos a la cara por la vergüenza que sintió—. Cuanto lo siento; pensaba que era un asesino o un violador.

— Tranquila, no la voy a detener. Sólo he parado porque he visto el coche empotrado contra el árbol. ¿Está usted bien?

— Sí, estoy bien. Yo... —pensó bien la respuesta y omitió que se había estrellado por imaginar que la acechaba el *chupacabras*— soy forastera y no estoy acostumbrada a esta niebla tan densa.

— Bienvenida a la zona pantanosa de Nueva Orleans. Soy el agente Bruno y te has estrellado en mi zona —le dedicó una sonrisa amable y cautivadora. Carmela se quedó embobada mirando al policía: era un hombre muy atractivo, moreno, alto, fuerte, con la piel tostada y unos increíbles ojos color miel.

— Lo siento, agente Bruno, no era mi intención —pidió disculpas—. Me llamo Carmela González. Me dirigía al número diez de la zona de los sauces llorones.

— ¿Es usted familia de las señoras trillizas? —preguntó curioso. En estos tres

años no había visto familiares que visitasen a las señoras españolas.

— Sí. Por desgracia vengo al funeral de mi tía Rosario.

— ¿Su tía ha muerto? —se quedó pensativo. Él sabía todo lo que sucedía en su zona de trabajo, no entendía por qué no había sido informado de tal desgracia—. Mi más sentido pésame, señorita González.

— Gracias, agente Bruno.

— Vamos a hacer una cosa: la llevo a casa de sus tías para que pueda estar lo antes posible con su familia en un momento tan doloroso —quería ser amable, más al ver aquellos ojos como el carbón llenos de tristeza.

— Es usted muy amable, agente. Se lo agradezco.

— Vamos — la condujo hasta su moto —. Por cierto, no se preocupe por el coche, yo me encargo de todo. Y por favor, Carmela, llámame Bruno.

— Gracias, Bruno, por ser tan buen agente.

— No me des las gracias; ayudar a la gente es parte de mi trabajo —le guiñó un ojo. Ese simple gesto hizo que Carmela sintiera la temperatura de su cuerpo elevarse unas décimas.

Bruno llevó a la sevillana de paquete en la moto a casa de sus tías. Le gustó la sensación de que una mujer hermosa se aferrara a su cintura. Llegaron a una enorme verja de forja con dibujos florales muy bonitos. El agente llamó a un portero automático. Las puertas se abrieron como por arte de magia. Carmela estaba asombrada contemplando el hogar de sus tías: nunca imaginó que aquellas tres locas vivieran en una finca con tantos kilómetros a la redonda. Había un jardín precioso a rebosar de flores; los sauces llorones decoraban la parcela con sus movimientos envolventes, parecía que

acariciaban el viento. Tras girar en una curva, una majestuosa casa se levantaba ante ellos, parecía un antiguo templo romano con aquellas columnas dóricas decorando la entrada principal.

Se bajó de la moto con la boca abierta por el asombro. Bruno la observaba divertido. Carmela no podía creer nada de todo aquello, sabía que su tío Alfred era rico, pero nunca imaginó que tuviera algo tan hermoso y sacado de un cuento de hadas. Sus tías siempre habían dicho que vivían en un chalecito, pero aquello era una mansión en toda regla.

— ¿Impresionada? —dijo el policía divertido.

— Sí, mis tías omitieron el detallito de que vivían en un palacio —le entró la risa nerviosa.

— Bueno, Carmela, tengo que seguir mi ronda. Si necesitas cualquier cosa, ya sabes dónde encontrarme.

— ¿En la comisaria? —contestó con ironía.

Bruno puso la moto en marcha y con un gesto de cabeza dio media vuelta. Carmela no pudo evitar seguirlo con la mirada hasta que lo vio desaparecer por el camino.

Había llegado la hora de enfrentarse a su familia después de dos años. Respiró hondo antes de llamar al timbre. Mientras esperaba a que alguien abriera la puerta, se repitió mil veces que se tranquilizara. Entonces, escuchó una voz conocida a su espalda.

— ¡Carmela!

El Funeral

“ Aunque la muerte venga a buscarte que nunca te pille de trapillo ”

Carmela se dio la vuelta y vio a su tía Manuela con una cesta llena de huevos; venía del gallinero. Sobrina y tía se miraron emocionadas: dos largos años habían pasado sin verse. La joven salió disparada a abrazar a su vieja tía; la achuchó con tanto énfasis que la cesta cayó al suelo y se rompieron varios huevos. No importaba, pues Manuela había deseado ese momento con todas sus fuerzas. Había rezado al todopoderoso todos los días, pidiendo volver a ver a sus sobrinas y, al menos de momento, había podido abrazar a una. Su tía Manuela era la pequeña de las trillizas, nació la última y la más religiosa; iba cada domingo a misa y rezaba todos los días de su vida: una auténtica devota.

— Cielo, vamos dentro, estarás cansada. Es muy temprano, tus tías todavía estarán durmiendo. Vamos a que te prepare una deliciosa leche frita, ¿te apetece? —Se cogió del brazo de su sobrina y subieron la escalinata de la entrada.

— Tía —dijo con pena Carmela—, Rosario duerme para siempre, no va a despertar —se había dado cuenta de que su tía Manuela había nombrado a Rosario como si estuviese viva.

— Oh, hija, la costumbre. La tenemos en la biblioteca para velarla. No tienes que ir a verla, es mejor recordarla llena de vida — le dio una palmadita en el brazo.

— Necesito hacerlo, tía, quiero despedirme — iba a ser duro pero tenía que hacerlo, tenía que darle su último adiós.

— Bueno, será luego. Ahora desayunemos y así la dejamos descansar.

Carmela la miró como si se hubiese vuelto loca. Seguía hablando como si estuviese viva; eso, o que estaba muy afectada con la muerte de su hermana mayor. Podía entender ese dolor, pues era el mismo que sentía hacía su tía Rosario. No le dijo nada, no quería recordarle que su hermana ya no estaría con ellas.

Llegaron a la cocina; un delicioso olor a café despertó el apetito de la joven. Estaba deseando probar alguna delicia de su tía, hasta la comida, en todos estos años, había echado de menos. Al entrar en la estancia, silbó impresionada, parecía la cocina de un restaurante. El tío Alfred no escatimaba en detalles, lujo y pomposidad. Se sentaron en la mesa de madera de roble para tomar el desayuno. Manuela le sirvió una taza de café con leche y sacó del horno unas tortas de almendra con canela. A Carmela se le hacía la boca agua.

— Cariño, desayuna. Voy a avisar a Rosario de tu presencia — Manuela le sonrió.

Carmela casi se atragantó con la torta; tuvo que golpearse varias veces el pecho. Ahora sí pensaba que su tía había quedado trastornada con la muerte de su hermana.

— Tía...

— ¡Ups! qué despiste; la costumbre — le quitó importancia con una risa nerviosa y se marchó —. Voy a despertar a Paca, esa es la que sigue viva. No te muevas de aquí, ahora vuelvo.

Siguió desayunando tranquila, disfrutando de los sabores familiares que le traían demasiados recuerdos. Se levantó un segundo a por un vaso de agua,

tenía un nudo en la garganta de engullir sin moderación tantas tortas. Estaba llenando el vaso de agua del fregadero, cuando por el rabillo del ojo se le figuró ver una figura vestida de blanco. Un escalofrío recorrió el cuerpo de la sevillana: era una chica muy miedica que creía en fantasmas y seres sobrenaturales. Regresó a la mesa vigilando la puerta, sin apartar los ojos. Se cambió de asiento y se sentó frente a la puerta para tener controlada la entrada; ahora se sentía desprotegida en aquella cocina enorme y fría. El miedo hizo que empezara a escuchar ruidos siniestros y que imaginara que en cualquier momento iba a entrar un fantasma por la cocina. Concentrada en los ruidos, escuchó risas de un hombre y una mujer que provenían de una estancia cercana. Carmela, temblorosa, se levantó y salió de la cocina. Había un pasillo muy largo y oscuro, se ajustó más la rebeca y anduvo atraída por esas voces. Se encontró delante de una puerta de doble hoja; agarró la manilla para abrir, pero estaba cerrada. La movió una cuantas veces intentando abrirla, pero no había manera. Entonces, de pronto, la puerta se abrió y al otro lado estaba su tío Alfred, que la miraba con cara de sorpresa.

Se miraron desconfiados, sin decir nada, hasta que su tío político sonrió y la abrazó. Esta, por encima de su hombro, vio el ataúd abierto y un bulto dentro vestido de blanco. El corazón se le encogió al ver que era su tía Rosario. Lloró sobre el hombro de Alfred, desconsolada de ver a su tía sin vida dentro de una caja de pino. Se arrepintió de no haber venido antes a visitarlas, se culpó de su dejadez.

— Lo siento, tío — le dio el pésame.

— Tranquila, mujer, es ley de vida —exclamó su tío sin un ápice de sufrimiento en la voz. Eso a Carmela le dio mala espina. Dejó de abrazarlo y con cautela se acercó al ataúd. Cerró los ojos antes de llegar, no sabía si tendría el valor suficiente en verla en aquel estado.

Abrió un ojo y vio a su tía vestida de blanco, con la larga melena suelta, los brazos cruzados sobre el pecho como un vampiro y la cara sin maquillar.

No lo pudo evitar y emitió un chiquillo de dolor y horror; salió disparada por la puerta como alma que lleva el diablo. Se cruzó en mitad del pasillo con Manuela y Paca, pero era tal la impresión que había sentido al verla, que no reparó en su otra tía y continuó la huida.

Llegó a la calle, bajó la escalinata y se derrumbó en el suelo de rodillas. Lloró desgarrándose la garganta, gritando al cielo para que escucharan su dolor y su pena. Abrió los ojos y se encontró con unos tacones rojos. Miró hacia arriba y vio la cara de su hermana Úrsula, que la observaba con la mirada vacía. Carmela la vio muy demacrada, como si estuviese enferma.

— Hola, Carmela... —Úrsula habló con voz temblorosa a punto de llorar.

Esta se levantó del suelo y se quedaron mirándose. Había pasado mucho tiempo y la última vez que hablaron por teléfono, hacía un año, se habían peleado. Fue tal la discusión que dejaron de hablarse. La causa de la bronca había sido su cuñado, un ser sin escrúpulos del cual Úrsula estaba enamorada hasta las trancas. Carmela deseaba olvidar aquel mal rollo y abrazar a su hermana, la necesitaba más que nunca. Estuvo a punto de dejarse llevar por la congoja y olvidar sus diferencias, cuando Úrsula le dio dos besos muy fríos, manteniendo las distancias, como si fueran dos personas que se acababan de conocer. La sevillana se quedó helada y se le cayó el alma a los pies. Se fijó que su hermana tenía un moratón en la mandíbula.

— ¿Qué te ha pasado? —fue lo primero que dijo al verla magullada. Carmela juraría que el labio inferior le temblaba.

— Me tropecé hace dos días en la calle y me caí al suelo, mala suerte —contestó con la mano en el cuello y sin mirarla a los ojos: parecía nerviosa.

Robert, su cuñado, al ver el silencio entre las dos hermanas, se adelantó para saludar a Carmela con dos besos. Cogió de la mano a Úrsula y la llevó al interior de la casa sin decir nada más. Carmela se quedó como una tonta allí parada y los siguió con la mirada hasta que desaparecieron por la puerta principal. Tuvo un mal presentimiento con su hermana, parecía estar vacía, sin vida.

Sola, esa era la historia de su vida: sus seres queridos partían sin más dejando un vacío enorme de añoranza, tristeza y dolor. Sin ganas de enfrentar a la familia y fingir que todo era perfecto, dada la situación, se alejó perdiéndose por las grandes hectáreas de la parcela. Llegó a un jardín hermoso con un pequeño laberinto de setos. Se sentó en un banco de mármol, necesitaba pensar; demasiadas emociones en tan pocas horas. Se sentía tan fuera de lugar, que no se veía con ánimos de seguir en aquella casa desconocida. Tomó una decisión precipitada, cuando terminase el funeral regresaría a Sevilla. Sintió que ya no formaba parte de la que una vez fue su familia.

El Entierro

“Una González siempre se irá a la tumba vestida de traje de faralaes y con un moño para bailarle unas sevillanas a San Pedro, y así poder entrar en el cielo”.

Manuela y Paca estaban preparando a la difunta para su viaje eterno. Carmela esperaba junto a su hermana fuera de la biblioteca, donde se encontraba el cuerpo de su tía Rosario. Parecían dos desconocidas sentadas en el mismo sofá del pasillo, cada una en una punta y sin cruzar palabra.

La puerta se abrió y apareció Manuela vestida de mantilla junto a Paca, las dos de negro de pies a cabeza como en las procesiones de Semana Santa. Sostenían un cirio blanco para acompañar a la difunta hasta el Mausoleo familiar del tío Alfred, su viudo.

Carmela y su hermana se levantaron, había llegado el momento de decirle adiós a su tía Rosario. La primera en entrar fue Úrsula. Carmela esperó nerviosa en el pasillo; no encontraba el valor suficiente para decirle adiós a una tía que había sido como una madre. Tampoco calmaba los nervios tener a sus tías observándola en silencio de aquella guisa, daban miedo. Su hermana salió secándose las lágrimas con un pañuelo, dejó la puerta abierta y corrió por el pasillo desconsolada.

Era el momento de hacer de tripas corazón y darle su último adiós, si no lo hacía se arrepentiría toda su vida. Respiró profundamente y entró con paso decidido. Tenía el ataúd frente a ella; unos pasos más y vería la cara de la difunta. Carmela cerró los ojos y contó tres pasos; el cuerpo le temblaba. Fue abriendo los ojos despacio hasta abrirlos por completo. Lo que vio la dejó muerta. Sin poder evitarlo, se echó a reír como una histérica de los mismos

nervios y de las ocurrencias de sus tías Paca y Manuela.

Aquellas dos solteras habían vestido a su difunta hermana Rosario como la Martirio, la cantante de flamenco moderno; le habían hecho un moño y le habían puesto una flor roja con una peineta de lunares. La habían maquillado tan bien que parecía tener vida propia; incluso le habían pintado un lunar en la mejilla, como hacían las antiguas cantantes flamencas. No se habían olvidado de los pendientes a juego y de las gafas de sol negras con el borde de lunares blancos. Para colmo, la habían vestido con un traje flamenco, con los zapatos de gitana y le habían cruzado los brazos sujetando un abanico donde ponía *“Sevilla tiene un color especial”*. Si alguien le hubiera pinchado en ese momento, no habría encontrado sangre en sus venas; no daba crédito a las extravagancias de sus tías. Sabía de sus rarezas pues había convivido con ellas durante años pero esto rozaba la locura.

Paca y Manuela entraron alertadas por la risa histérica de su sobrina y la encontraron junto al féretro muerta de risa. Paca la cogió de los hombros y la llevó fuera de la sala; Manuela se quedó rezando sus oraciones. Carmela pasó de la risa al llanto y se abrazó a su tía con fuerza. Esta la consoló, sabía muy bien el dolor de perder a un ser querido.

— Tranquila, mi niña, es ley de vida — repetía una y otra vez Paca —. ¿P or qué no vas con tu hermana y nos esperáis fuera? En unos minutos acompañaremos a Rosario hasta el mausoleo familiar.

Carmela asintió. De camino a la cocina se encontró al tío Alfred, que se dirigía a la sala; sería uno de los que llevaría el ataúd de su esposa a hombros. Se saludaron con un gesto de cabeza y continuó. Escuchó un golpe que venía de la cocina y ruidos de cacharros. Carmela entró y encontró a su hermana tirada en el suelo con varios cazos encima de ella. Miró a su cuñado; este de

inmediato cogió a su hermana del brazo y la levantó.

— Se ha desmayado; no he podido cogerla a tiempo — explicó Robert.

Carmela no dijo nada y observó a su hermana, que estaba blanca como la pared y temblaba de pies a cabeza.

— Úrsula, ¿estás bien? — se preocupó al verla así.

Esta agachó la cabeza y pasó por su lado sin decir una sola palabra. Carmela se sintió como una mierda, no entendía los desprecios de su hermana hacia su persona. Su cuñado se encogió de hombros y fue detrás de su novia. Se quedó sola en la estancia; el silencio nunca lo había soportado, le recordaba a la soledad que había sentido estos dos años sin su familia. Era consciente de que no toda la culpa la tenían sus tías y su hermana, ella también. Se había despreocupado, por orgullo de no dar el primer paso.

Salió de la cocina y fue derecha a la calle. Al salir solo vio a gente del servicio vestida de rociera, no había ningún amigo o vecino. Se unió al grupo de servicio y esperó a que saliera el féretro. Su hermana y su cuñado salieron de la casa y se colocaron al extremo opuesto de donde se encontraba Carmela.

Sus tías salieron de la casa. Detrás de ellas iba el ataúd abierto; lo llevaban a hombros los mozos de cuerdas y su tío Alfred. La gente del servicio empezó a cantar la “*Salve Rociera*”.

Dios te salve María

Del rocío Señora

Luna, sol, norte y guía

Y Pastora celestial

Dios te salve María

Todo el pueblo te adora

Y repite a porfía

Como tú no hay otra igual

¡Olé, olé, olé, olé...!

Al Rocío yo quiero volver

A cantarle a la Virgen con fe

Con un olé, olé, olé, olé...

En procesión fueron cantando hasta llegar al mausoleo. Una vez allí, la gente del servicio comenzó aplaudir y a tirarle flores como si de una famosa se tratase; escuchó cómo decían “*guapa*”. Carmela lo presencié todo con ojos curiosos, sin dar crédito; parecía estar en una representación teatral. Sus tías la colmaron de flores y cerraron el ataúd. Carmela dejó la estampita del Nazareno de Sevilla que le había dado Cipriana y la dejó dentro, antes de que cerraran el féretro.

La gente del servicio se marchó y solo quedó la familia. Manuela, la más católica de todos, hizo una misa para su hermana dentro del mausoleo familiar. Lo más curioso de todo fue que ninguno derramó ni una lágrima. Aquello llamó la atención a Carmela, pero bien sabía que las personas mayores eran más duras en ese sentido, pues eran más conscientes de la muerte.

Fue una misa corta, en la cual nombraron los valores de la familia. Abandonaron el cementerio y regresaron todos juntos a la casa. Su cuñado anunció que se quedarían un par de semanas por asuntos de trabajo que tenía

en Nueva Orleans. Las tías se pusieron muy contentas de tener a Úrsula con ellas y le ofrecieron la casa de la piscina para que tuvieran mayor intimidad. Carmela tenía que decidir si quedarse o regresar a su vida en Sevilla y olvidarse de todo. Estaba enfadada por el recibimiento tan frío, había esperado más calor. Se levantó de la mesa y anunció su decisión.

— Lo siento tías, pero mañana por la tarde regresaré a Sevilla; tengo asuntos que resolver.

Manuela y Paca se miraron sorprendidas, sus ojos hablaban por si solos. No se esperaron aquel revés.

— Cielo, te vendría bien pasar una temporada con tu familia. Llevas mucho tiempo ausente — comentó Paca.

— ¿Ausente? — Carmela se sintió ofendida. Habían sido ellas las que la habían abandonado marchándose a tierras lejanas — Tengo que recordaros que fui la única que nunca se fue: sigo en la casa familiar de Sevilla. Fueron ustedes quienes tomaron la decisión de desaparecer; ni una visita en tres años, ni una llamada, nada... — tenía un nudo en la garganta.

— Cariño, no digas tonterías — habló Manuela —. Sí que llamamos para saber cómo estáis. Vosotras sois jóvenes para venir más a menudo a visitar a vuestras tías mayores.

Úrsula se levantó impasible a la conversación y se dispuso a marcharse de la cocina evitando el tema. Carmela se cabreó aún más; no entendía la indiferencia de su hermana, no la recordaba tan egoísta. Estalló, sin importarle que acababan de enterrar a su tía Rosario.

— Eso, Úrsula, vete, como haces siempre. Ni siquiera me has mirado, ni un abrazo, ni una palabra de consolación o amable. Eres una egoísta y vosotras

también. ¡Fueron ustedes las que me abandonaron!

Carmela salió de la cocina llorando sin consuelo, llegó a su habitación y cerró con pestillo. No quería ver a nadie. Se derrumbó en el suelo y dejó salir toda su pena, se sentía muy sola y vacía. Añoraba a esa familia que una vez tuvo en el pasado, a unas tías y a una hermana cariñosa, donde la familia era lo más importante. Con rabia, hizo la maleta. No pensaba quedarse ni un minuto más, no quería sufrir más; bastante duro era ya el funeral de su tía Rosario. No pensaba pasar ni un segundo más donde no era bien recibida. Carmela era muy víctima; la razón era la falta de cariño.

A la mañana siguiente se levantó muy temprano. El sol ni siquiera había salido todavía y hacía un frío que calaba en los huesos. Se daría una ducha antes de marcharse al aeropuerto; había reservado un billete de avión esa misma noche. El baño se llenó de vaho por la temperatura del agua caliente. Relajada y perfumada, salió de la ducha. Cogió la toalla y secó su cuerpo para luego envolverlo. Fue a lavarse los dientes pero se quedó petrificada cuando vio un mensaje en el espejo del baño. Alguien había entrado y había escrito "*Ella te necesita*". Un escalofrío recorrió su cuerpo; todos dormían y no tenía ni idea de quién habría sido, pero se le ponían los pelos de punta pensando en fantasmas e historias de su mente miedica.

Se vistió a la carrera, cogió la maleta y bajó corriendo a la cocina. No había nadie; aprovechó para servirse una taza de café y llamar al ama de llaves, la señora Geraldine; necesitaba que llamase a un taxi.

Terminó su café y salió directamente a la calle a esperar. Sentada en la escalinata de la entrada, vio aparecer por la esquina a su tía Manuela, que venía del corral de recoger huevos. Agachó la cabeza avergonzada; hubiera preferido marcharse sin decir nada ni cruzarse con nadie.

Manuela no dijo nada, solo pasó por su lado y se sacó del bolsillo un anillo de oro blanco. Se lo dejó en el suelo, a su lado.

— Te lo iba a dar ayer, pero como saliste corriendo, no tuve oportunidad: era de tu tía Rosario. Quería que lo tuvieras, es el anillo de nuestro padre, le regaló uno a cada hija. Que tengas un buen viaje.

Su tía se marchó molesta, no entendía la actitud de su sobrina. Solo esperaba que recapacitara. Carmela cogió el anillo, vio que tenía algo escrito en el reverso: “*Aférrate a la vida*”. No entendía qué significaba, pero ya no importaba; una vez más, se había quedado sola en la vida. Estaba destinada a emprender el viaje de su existencia en soledad.

El Huracán Pandora

“La locura de Pandora, la González más rebelde y descarada, capaz de desafiar a las fuerzas oscuras con tal de salirse con la suya”

Carmela llegó al centro de Nueva Orleans con tiempo de sobra para desayunar e ir más tarde al aeropuerto, todavía faltaba cuatro horas para facturar. Llegó hasta el famoso “*Café Du Monde*” que tanto había leído en las novelas de crónicas vampíricas de Anne Rice.

Entró admirándolo todo, era como revivir las escenas del libro. Se sentó junto a la ventana para distraer la mente. Tenía el corazón encogido, dolía demasiado tener que separarse, una vez más, de su familia. Carmela estaba resignada, lo que había muerto no se podía recuperar.

Pidió un capuchino y un *croissant*. Se entretuvo dando vueltas a la crema de leche del café y mirando por la ventana. Reconocía que era una ciudad muy bella, la pena que tenía era no haber podido disfrutar de aquel lugar maravilloso. Ensimismada en sus pensamientos, sintió cómo la silla vacía de su mesa se deslizaba por el suelo. Miró atraída por el sonido y se encontró con el bombón del *sheriff*, Bruno. Carmela abrió mucho la boca por la grata sorpresa y se enderezó en su asiento sonriendo.

— Buenos días señorita González — Bruno sonrió de oreja a oreja —, es usted muy madrugadora, ¿Qué hace tan temprano?

— Regreso a España — habló con timidez, sin mirarle a la cara.

— Una pena, pensaba invitarla a cenar hoy mismo. Tendrá que ser en otro de sus viajes. ¿Le importa que me tome el café de la mañana con usted?

— Por supuesto y, por favor, llámame Carmela — estaba encantada de compartir la mesa con el guapo agente.

— De acuerdo, pues llámame Bruno, nada de agente o señor.

La camarera llegó con un cortado y una botella de cristal. Le llamó la atención la etiqueta de la botella, decía “*Pacorujo*”. La joven vertió un chorrito al café de Bruno y se marchó. Carmela sonrió, aquel carajillo le recordaba a su tía Paca, tenía la costumbre de tomar café con un chorrito de orujo de hierbas.

Estuvieron media hora hablando de España, la gastronomía, el clima y sus gentes. Carmela se quedó embobada con cada palabra que salía de la boca de Bruno; era un hombre guapo, inteligente e interesante. Su lástima era que aquella atracción iba a quedar en un simple café.

Bruno se despidió de Carmela con dos besos y le deseó buen viaje. Antes de volver al trabajo, la invitó al café, al *croissant* y le dedicó unas palabras.

— Ha sido un placer conocerte Carmela; espero verte en un futuro no muy lejano. Si al final te arrepientes y decides quedarte unos días, estaré encantado de invitarte a cenar y enseñarte las maravillas de la ciudad.

— Gracias — fue lo único que dijo. Se quedó cortada por su insistencia: nunca había tenido suerte con los hombres y tampoco habían mostrado tanto interés en ella.

Carmela tomó un taxi hasta el aeropuerto, ya estaba decidido y no habría marcha atrás. Todavía quedaban unos cuarenta y cinco minutos para volar. Se sentó en un banco a la espera de que llamaran por megafonía. De brazos cruzados y sentada, observaba a la gente que pasaba por delante. De pronto, vio a una chica joven con una camiseta de carabelas y unos vaqueros rotos.

La sorprendieron aquellas pintas que llamaban mucho la atención entre la multitud. Fijó más la vista y se quedó muerta al ver que se parecía a su prima Pandora. Se levantó y fue derecha hacia ella. Al ver que no la alcanzaba, pegó una voz.

— ¡¡Pandora!!

La joven gótica se giró y la miró sin reconocerla, hasta que achinó la mirada y cayó en la cuenta de que era su prima Carmela de Sevilla. Soltó la maleta y corrió hasta ella. La abrazó con fuerza gritando como una ordinaria. La sevillana se puso colorada por el espectáculo que estaban dando. Pandora la soltó y se le saltaron las lágrimas.

— Creí que no llegaba al funeral, pero si tú estás aquí significa que he llegado a tiempo desde Alemania. Casi no llego por culpa del temporal.

Carmela se mordió el labio, ahora no tenía estómago para decirle que todo había acabado y que no la habían esperado. Pandora conocía esa expresión; cuando eran niñas y Carmela ocultaba algo, siempre hacía el mismo gesto.

— Carmela, ¿qué pasa? — preguntó seria.

— Regreso a España; ayer enterramos a la tía Rosario. Lo siento Pandora, pero nadie te esperaba, llevas dos años desaparecida, sin dar señales de vida. No pensarías que esperaríamos tu llegada — Carmela también estaba resentida con su prima. Llevaba mucho tiempo alejada de la familia.

— Lo entiendo, no pasa nada. La culpa es mía: he dejado pasar mucho tiempo, estuve en una secta naturista y me alejé de todo — quería decirle la verdad y ser honesta. Pandora, al llegar a Alemania para estudiar el idioma y trabajar, se enamoró de un chico, el cual pertenecía a un grupo naturista. Enamorada hasta las trancas, se dejó llevar por el amor e hizo lo peor de su

vida, alejarse de todo y de todos. Absorbida por una comunidad un tanto extraña, le habían comido la cabeza hasta el punto de alejarla de su familia. Hasta hacía tres meses que abrió los ojos, su pareja le había puesto los cuernos con otra mujer de la secta naturista y algo en su cabeza se activó de nuevo, haciendo que regresara el sentido común.

— ¿En una secta? — Carmela no daba crédito.

— Es complicado de explicar; quédate, por favor. Llevamos mucho tiempo separadas de la familia, deberíamos volver a unir las piezas, ¿no crees?

— Pandora intentó hacerla razonar.

En ese momento, llamaron a los pasajeros para el vuelo a España. Carmela sonrió a su prima y negó con la cabeza. Era una mujer muy cabezona y no era fácil hacerla cambiar de opinión. Le dio un beso en la mejilla a su prima con todo su dolor, pero debía alejarse de su familia por su bienestar.

— Adiós, Pandora, ha sido un placer volver a verte — cogió sus cosas y se fue.

Pandora no dijo nada, se quedó muerta con la frialdad de su prima Carmela. No entendía muy bien qué le había pasado en estos años y menos en el funeral, para que tuviera que huir así, sin más. Decidida a reunir y recuperar a la familia, hizo lo que cualquier González hubiera hecho, liarla en el aeropuerto.

Corrió hasta la puerta de embarque y, a pesar de los gritos de la azafata para impedirle el paso, pudo entrar. Llamaron a los de seguridad, que ya corrían por la pista a por ella. Pandora gritaba a las azafatas del vuelo que no cerrasen la puerta del avión. Una de las agentes de seguridad la interceptó haciéndole un placaje. Cayó al suelo gritando.

— ¡¡Detengan ese avión!! ¡¡Una de las pasajeras tiene la gripe del pollo!!

— ¿Cómo dice señorita? — preguntó la azafata.

— ¡¡Quiero decir la gripe aviar!!

Se armó un revuelo impresionante. Los agentes de seguridad subieron al avión con mascarillas a por la pasajera Carmela González. Esta se encontraba tranquilamente escuchando música, cuando de pronto sintió las manos de alguien que la cogía de los brazos. Se asustó al ver a los hombres de seguridad nacional; sin atender a sus protestas, la sacaron del avión y la llevaron a una sala en la terminal. Allí la dejaron durante unas dos horas.

Pandora tuvo que ingeniárselas para que no la denunciaran por el escándalo, tuvo que decirles a los agentes que se había equivocado de persona. Puso como excusa que lo había visto en las redes sociales y que salía una mujer con sus mismas características. Los agentes, aunque no muy conformes, las dejaron marchar con una advertencia, que la próxima vez se informara mejor antes de montar un espectáculo de aquellas características.

Carmela no entendía nada, la sacaron de la sala y le pidieron disculpas alegando que había sido todo una confusión. Estaba cabreada porque por culpa de alguna loca que la había acusado de tener la gripe aviar, había perdido el avión.

Caminó por la terminal en busca de alguna cafetería, necesitaba urgentemente tomar un café bien cargado. Llegó a una que estaba abierta veinticuatro horas, pidió un café doble con crema de leche y se sentó a pensar qué hacer. La chica de información le había comunicado que no habría vuelos a España hasta dentro de dos días y no quería volver a casa de sus tías.

Pandora la observaba desde una esquina de la terminal, se la veía muy

cabreada. Estaba esperando a que se le pasara un poco el enfado e intervenir. Llegó la hora de actuar, se acercó hasta su mesa y con todo su descaro se sentó frente a su prima con una sonrisa de oreja a oreja.

— ¿Qué haces aquí? — Pandora se hizo la inocente.

— Una loca me ha acusado de ser un virus para los pasajeros. ¿Y tú? ¿Qué haces todavía aquí? — dio varios sorbos a su café.

— Pues estaba comprando unos *souvenirs* del aeropuerto, pero no me he decidido por ninguno. Oye, entonces significa que te quedas unos días con nosotros — Pandora estaba entusiasmada con la idea, pues ella lo había provocado todo, pero no se delataría todavía.

— Sí, en contra de mi voluntad. Qué remedio — forzó una sonrisa.

Sin ganas, tuvo que regresar a la finca de sus tías. Pandora y Carmela cogieron un taxi para ir a la casa familiar. La sevillana estaba muy cabreada, parecía que el destino estuviese en su contra y no quisiese que se alejara de su loca familia.

El porro de la Discordia

“Vive y deja vivir, Carmela”

Carmela hizo al taxista desviarse del camino para ir a la comisaría del centro de la ciudad: quería encontrar a Bruno y preguntarle si la cena seguía en pie. Al menos sacaría algo bueno de todo aquel asunto.

Llegaron y se bajó del taxi entusiasmada; Pandora la esperó dentro. Iban a ser unos minutos. Iba a entrar dentro de la comisaría cuando vio a Bruno vestido de uniforme en la esquina de la calle, abrazando a una mujer muy guapa. El revoloteo de mariposas que había sentido por la ilusión de volver a verlo desapareció al instante, siendo sustituidas por retortijones de desilusión.

Regresó cabizbaja y sin cita, mandó al taxista continuar la carrera. Su prima le preguntó qué le ocurría, pero Carmela prefirió no contarle nada. No quería inmiscuir a su prima en sus asuntos privados.

Llegaron a la casa familiar. Pandora silbó impresionada, estaba alucinada con la finca de sus tías. El taxi las dejó en la puerta de entrada. Manuela se encontraba en la escalinata con cara de circunstancias, hasta que vio a sus sobrinas bajarse del vehículo. Se llevó las manos a la boca para contener el grito que no pudo evitar; no esperaba a Pandora y menos a Carmela, que había dejado claro que no quería estar con la familia. Bajó corriendo y con los brazos abiertos a abrazar a sus sobrinas. La primera fue Pandora, que gritaba y daba saltitos junto a su tía. Carmela sintió celillos al verlas tan contentas. Manuela se acercó a ella y no supo si abrazarla o no; al final optó por darle un cálido abrazo pero sin mucho entusiasmo, no quería espantar a su teatral sobrina.

— Tía, estás estupenda, dime que has hecho leche frita —Pandora se tocó la barriga—. Llevo todo el viaje pensando en tus dulces.

— Sí, hija, vamos a la cocina y aviso a Paca de la gran sorpresa que nos has dado —Manuela la cogió del brazo y avanzaron dejando a Carmela detrás. Esta se quedó loca al ver a su prima tan contenta en un momento tan delicado como la muerte de su tía Rosario.

— ¿No vas a ir a presentar tus respetos a la tía Rosario al cementerio?
—Carmela no pudo resistir preguntar. No entendía la indiferencia de su familia, parecía que ninguna sentía la muerte de Rosario. Pandora se giró al escucharla y le sonrió.

— Oh, tranquila prima, luego iré si eso, si no mañana, no hay prisa —dijo como si nada—. Además, no se va a mover del sitio — rió.

Carmela abrió la boca escandalizada, no daba crédito al descaro y a la falta de respeto hacia su tía. Enfadada, pasó al lado de ellas con su maleta y, sin comentar nada más, fue derecha al dormitorio. Se instaló en la misma habitación de invitados en la tercera planta y se encerró sin querer ver a nadie.

Frustrada, paseó por la habitación de un lado a otro. Se arrepintió de regresar a la casa, hubiera preferido pasar unos días en un hotel del centro. Un golpe de cristales llamó su atención, provenía del exterior. Se asomó por la ventana que daba a la casita de la piscina, la de invitados. Vio las luces apagadas; parecía que no había nadie, pero juraría haber escuchado el ruido. Observó un rato y al no ver nada extraño, se alejó de la ventana.

Por la noche y más relajada, bajó a cenar con la familia. La casa estaba tranquila, entró en la cocina y vio a su Úrsula llenando un vaso de agua del grifo. La saludó sin mostrar interés, seguía enfadada con ella. Más extraña se

quedó cuando vio la reacción de su hermana. Al saludarla, Úrsula gritó asustada y se le cayó el vaso al suelo. Los cristales se esparcieron por todo el suelo. Carmela la miró desconcertada, vio a su hermana que se tapaba la cara con las manos temblorosas. Pasó corriendo por su lado y salió de la cocina, no entendía nada. Se sintió vacía y muy sola en aquella enorme casa, nunca creyó que la soledad viniera de la mano de su familia. Recogió aquel desastre y se hizo un sándwich al ver que no aparecía nadie a cenar.

Disfrutó de aquella paz y comió tranquila, le dio vueltas a su situación y cómo remediarla. Podría reservar una habitación a primera hora de la mañana y salir de aquella casa de locos. Al menos no tendría que fingir nada. Recogió la mesa y salió al patio trasero de la casa a tomar el fresco. Encontró a Paca sentada en una mecedora fumando un cigarrillo.

— Siéntate con tu vieja tía y dale una calada al cigarrillo —Paca hizo un gesto para que se sentara a su lado. Carmela accedió.

— No fumo, tía, gracias.

— Oh, venga ya, dale una calada Carmela —le extendió el cigarrillo—. Hija, no puedes ser tan comedida, suéltate la melena y disfruta de los pequeños placeres.

Carmela miró el cigarrillo dudando. Nunca había fumado o bebido; siempre había tenido mucho sentido común y no le gustaba dar la nota. Una jovencita muy recatada, pero con mucha curiosidad al fin y al cabo. Cogió el cigarrillo y le dio una calada tan larga que casi se atraganta.

— ¡Cof, cof! —miró a su tía juzgándola, no era un simple pitillo sino un porro. Sabía reconocer el olor, no era tonta—. ¿Fumas hierba? Pero... ¿qué os ha pasado? ¿Dónde están mis tías? En Sevilla...

— Carmela, en Sevilla erais unas niñas y había que esconderos cosas por vuestra educación. Ya eres mayorcita, ¿de qué te sorprendes? Parece mentira que seas una González —Paca soltó lo que pensaba, estaba harta de sus juicios.

— Ya sé que soy la oveja negra, que no me queréis en vuestra vida. Ni siquiera habéis guardado el luto por la tía Rosario —acusó como siempre hacía.

— Se acabó. ¿Sabes una cosa? Vive y deja vivir. Tu familia se fue a hacer su vida. Nunca te abandonamos; te haces la víctima cuando las cosas no salen como tú quieres, siempre te ha pasado igual. Deja de pensar tanto, de señalar con el dedo y vive, Carmela, que la vida se pasa volando. Buenas noches.

Paca se levantó de la mecedora y la dejó sola en el porche. Carmela se sintió un poco culpable, aunque todavía sentía esa sensación de ahogo dentro del pecho.

A la luz de la luna, paseó por los grandes jardines hasta llegar a las cuadras. Le encantaban los caballos y montar. Había aprendido gracias a su tía Rosario, que la había apuntado, a pesar del gasto, a clases de hípica cuando era niña. Entró en el establo y se entretuvo en acariciar el morro de un semental blanco con una mancha negra en la frente.

— Tal vez la tía tenga razón —habló en voz alta al caballo—. Si el destino ha querido que no regresara a España, es porque a lo mejor deba olvidar y dar una oportunidad a la familia. Lo intentaré.

Carmela se fue del establo con la conciencia más tranquila y limpia. Había tomado una decisión, se daría una oportunidad con su familia. Intentaría recuperar la magia de los González.

Pandora se encontraba en el cubículo contiguo con un mozo de cuadra dentro de su cuerpo. Estaban desnudos, desatando la pasión del momento, cuando escucharon a Carmela entrar al establo. Había parado y aguantado la respiración para que no los pillara fornicando. Era una situación embarazosa. Pandora respiró cuando escuchó la puerta del establo; el peligro había pasado y, sin perder tiempo, siguió con su deseo de devorar al joven mozo.

Más tarde, se despidió de Carlos, así se llamaba el mozo, y fue a la casa con el cuerpo perlado en sudor y más feliz que una perdiz. Era casi medianoche y no había tenido oportunidad de saludar a su prima Úrsula. Así que decidió ir a la casa de la piscina a verla. Había una pequeña luz; llamó a la puerta y esperó. Escuchó pasos arrastrados acercarse a la puerta, pero nadie abrió. Pandora volvió a llamar.

— Hola. ¿Úrsula? Soy Pandora, tu prima. ¿Estás ahí? —Acercó la oreja a la puerta, juraría haber escuchado gimoteos. De pronto, sintió la mano de alguien sobre su hombro. Se giró sobresaltada.

— ¡Qué sorpresa! —dijo Robert con una sonrisa.

— He visto luces y pensaba que estabais en casa. Quería ver a mi prima —Pandora habló muy seca, nunca le había caído bien ese engreído que la miraba por encima del hombro.

— Tendrá que ser en otro momento. Es tarde y Úrsula tiene unas migrañas horribles, ¿lo entiendes?

— Claro, mañana la veré en el desayuno. Adiós.

Pandora se fue con la mosca detrás de la oreja. Juraría haber escuchado a su prima acercarse a la puerta. No le dio más importancia al asunto y regresó a la casa. Su tía Manuela le había asignado una habitación que quedaba justo al

lado de la de Carmela; estarían juntas, pero no revueltas.

Aquella noche, tanto Carmela como Pandora, intentaron conciliar el sueño, pero un ruido extraño que provenía del ático, no las dejaba pegar ojo. Siempre habían sido las más miedicas de la familia, aunque a Pandora le fascinaba ese mundo sobrenatural. Paca tenía la teoría de que todo era producto de ver tantos programas de Iker Jiménez de *Cuarto Milenio*. Agotadas por el cansancio, se dejaron vencer por Morfeo y cayeron en un profundo sueño.

El Disgusto de Manuela

“El robo del agua bendita”

Carmela se despertó por el ruido de unas risas; eran las mismas que escuchó en la biblioteca donde velaban a su difunta tía Rosario. Aquellas carcajadas venían del pasillo; se acercó a la puerta y escuchó atentamente. No podía oír bien qué decían, solo escuchaba murmullos y risas. La puerta era de madera maciza. Miró por la cerradura y vio a su tío Alfred abrazando a una mujer en camisón. Tragó saliva, no creía que su tío fuese un viudo alegre. A su tía no hacía ni dos días que le habían dado sepultura para que aquel canalla tuviese tanta desfachatez, pensaba cantarle las cuarenta.

Iba a abrir la puerta, cuando la voz de Pandora la sobresaltó, pegó un chillido tan fuerte que hubiera espantado hasta al mismísimo Lucifer. Se giró y vio a su prima en pijama dentro de su habitación, vio una puerta maestra en la pared desnuda del dormitorio.

— Me has dado un susto de muerte ¿Qué haces aquí? —Todavía tenía el corazón en la boca.

— Solo quería preguntarte si querías bajar a desayunar conmigo, pero ya veo que estás muy ocupada fisgoneando por la cerradura —soltó puntillosa.

— No es lo que piensas, yo no espío —sintió la necesidad de justificarse—. El tío Alfred estaba coqueteando con una mujer, la cual iba en camisón—exclamó como si fuera evidente que tenía un amante.

— ¡Vaya con el tío Alfred! No pierde el tiempo, todo un Casanova —Pandora rió divertida.

— Es un canalla. La tía Rosario...

— Está muerta, enterrada, finiquitada...

— ¡Ya lo he pillado! Eres igual de insensible que las tías y su viudo alegre —a Carmela se le llenaron los ojos de lágrimas, no entendía cómo podían ser tan mezquinas.

Pandora la miró arrepentida y le dio un cálido abrazo para pedirle perdón, no quería hacer llorar a su prima.

— Lo siento, cada uno lleva el dolor a su manera — Pandora no quería perjudicar a nadie con su actitud. Utilizaba el sarcasmo para soportar el dolor.

— Yo también lo siento, por ser tan juiciosa.

— ¿Qué tal si hacemos equipo y averiguamos a quién se está tirando el tío Alfred? Si estaba en camión, será alguna del servicio, estoy segura —Pandora achinó los ojos intentando cavilar quién pudiera ser.

— Anda, vamos a desayunar, que me muero de hambre —era la primera vez que Carmela sonreía después de días de estrés y pesar.

Las chicas se arreglaron y bajaron a la cocina; sus tías Paca y Manuela estaban discutiendo. Llegaron sin querer inmiscuirse y se sirvieron el desayuno. Ya en la mesa, Manuela les preguntó si habían visto su botella de agua bendita que tenía guardada en la despensa de la cocina.

— ¿Tenías agua bendita? ¿Para qué? —preguntó Carmela.

— Cuando nos vinimos a vivir a Nueva Orleans, me traje seis botellas de agua bendita de la parroquia del barrio. Tengo que santiguarme cada vez que voy a rezar y me quedaba una botella —les explicó muy apenada—. Ahora tendré que santiguarme con agua sucia de este maldito pueblo.

— Manuela, solo es una botella de agua. Tranquilízate, mujer, llamaremos a Cipriana y le encargaremos botellas de agua bendita —Paca siguió mojando la torta en el café, negando con la cabeza.

— Claro, como tú eres una pecadora y no rezas, te da igual —Manuela se fue de la cocina enfadada.

— No sabía que la tía fuera tan devota, no la recordaba así —añadió Pandora un poco flipada por la situación.

El misterio del agua bendita formó revuelo en toda la casona. Manuela preguntó a los empleados uno por uno buscando pistas del posible ladrón, pero no encontró nada. Era como si un fantasma se hubiera llevado la botella.

Por la tarde, empezó el calor y con él los molestos mosquitos: era un clima muy húmedo. Carmela y Pandora aprovecharon para ir al pueblo a hacer recados. Con el viejo Mustang del tío Alfred y *Los Chunguitos* de la tía Paca, llegaron al centro de Nueva Orleans.

— Carmela, ¿te importa si me pierdo media hora? Tengo que merendarme a un hombretón —Pandora se mordió las uñas.

— No, tranquila. Quedamos en el café Du Monde en una hora, así tendrás más tiempo de atiborrarte —Carmela la despidió con la mano.

Paseó tranquilamente por las calles de la ciudad; era muy distinta a Sevilla, pero igual de mágica. Paró en una tienda antigua, parecía un viejo colmado. Vendían legumbres al peso, pero lo que llamó la atención de Carmela fue una estantería repleta de "*PacoOrujo*". Tenía curiosidad por saber quién era el distribuidor de aquel orujo de hierbas; el nombre le recordaba al salero de su tierra. Justo cuando iba a entrar, unas risas llamaron su atención.

Carmela miró a su derecha y vio a Bruno abrazando a una mujer muy bella,

era la misma del día anterior. Daba vueltas sin soltarla y la colmaba de besos en la cara. A la sevillana le tembló el labio, no conocía apenas a Bruno, pero pensó que era especial por el mero hecho de que la invitara a salir a cenar. Había sido la novedad, la típica extranjera cazada por el hombre local. Se sintió celosa y decepcionada, ya que tenía buena opinión del agente de policía.

Quiso marcharse sin que la viera, pero sus nervios y torpeza alertaron a Bruno. Giró bruscamente sin ver al ciclista que pasaba por su lado y tiró al ciclista al suelo; el revuelo de *“lo siento”* y *“qué torpe”*, alertó a Bruno. Se quedó sorprendido al verla allí, más cuando hace unas horas se había despedido deseándole buen viaje. Una sonrisa de bobalicón se le dibujó en la cara, aquella sevillana le hacía mucha gracia. A sus ojos era preciosa, divertida y sobre todo, tenía curiosidad por conocer más de su mundo.

Se acercó para ayudar al ciclista y a Carmela. El hombre se había levantado solo y siguió su camino regañando a la joven, que no sabía dónde meterse. Bruno le tapó los ojos, ajeno a que había sido la distracción que provocó el accidente.

Carmela sintió cómo su cuerpo se estremecía al notar las manos masculinas de un hombre en su rostro; supo que eran de Bruno pues su perfume lo había delatado. Olía a tierra y césped recién cortado, eso creía la sevillana o, por lo menos, le venía esa asociación a la cabeza.

— ¿Adivina quién soy? —susurró en su oído poniéndole el vello de punta.

— Bruno, no hay mucho misterio en la pregunta si hablas —la sevillana contestó muy borde.

El joven le quitó las manos de la cara cortado por su contestación, pensó que se alegraría de volver a verlo. Carmela se giró para enfrentar su mirada,

pero se perdió en ella, tenía unos ojos preciosos color miel. Fue a apoyar todo su peso en una pierna, con tan mala suerte que el tacón se le partió; si no llega Bruno a cogerla en brazos, hubiera caído al suelo. Verse rodeada por aquellos fuertes músculos hizo que se quedara sin respiración y que la boca se le secase. El karma estaba empeñado en hacer que quedara como una boba delante del hombre que le robaba el aliento.

— Tranquila, iré a por la moto y te llevaré a casa —como siempre, Bruno era todo un caballero dispuesto a ayudar.

—No, gracias. He venido acompañada de mi prima, esperaré en el coche. Está aparcado a una manzana de aquí. Además, estás muy bien acompañado y no querría estropear tu cita —no pudo evitar pronunciar la última palabra con énfasis.

— ¿Te refieres a cita a mi hermana pequeña? —Bruno se dio cuenta de que su mal humor venía por verlo acompañado de una mujer. Aquello le gustó, porque eso quería decir que estaba interesado en él. Una sonrisa se dibujó en su rostro de felicidad.

Carmela se puso roja como un tomate, en menos de cinco minutos había hecho el ridículo delante del chico que le gustaba. Había quedado como una lerda celosa sin motivo aparente. Forzó una sonrisa y se despidió con la mano. Avergonzada, avanzó por la calle cojeando, ya que le faltaba un tacón.

Bruno se acercó a la carrera a su hermana y se despidió de ella, su hermana entendió sin palabras la escena. Le guiñó un ojo y se marchó. Bruno corrió calle abajo hasta atrapar en sus brazos a Carmela, la cogió en volandas y la llevó en hasta el vehículo.

La sevillana tenía la cara encendida por la vergüenza de que tuviera que llevarla en brazos delante de la gente y por el fuego y el deseo que sentía en

las entrañas por el roce del cuerpo del agente sexy. Llegaron hasta el coche y la dejó sentada encima del capó. Carmela, tímida, enrolló un dedo en su pelo sin saber qué decir. Siempre se le había dado mal intimar con un hombre y más con uno como Bruno. Carmela era muy insegura en ese sentido, creía que no era guapa y menos que un chico como él se fijara en alguien como ella.

Bruno se metió las manos en los bolsillos un poco cortado. Se sentía afortunado de haber conocido a la sevillana, le parecía un ángel caído del cielo, pero ligar con mujeres se le daba horrible, aunque mejor que a Carmela.

— ¿Te gustaría venir a cenar mañana conmigo? —se atrevió a preguntar.

Un revoloteo de mariposas apareció en el estómago de Carmela, en realidad quería pasar tiempo a solas con Bruno, le gustaba como persona y como hombre. Se humedeció los labios para contestar a su pregunta.

— Me encantaría, sería un placer —la voz le temblaba por la vergüenza.

— Te recogeré a las seis. ¿Te parece bien?

— A las seis, meriendo —habló sin pensar en lo que decía. Bruno se rió por su espontaneidad.

— Tienes que adaptarte a las costumbres de América —rió divertido.

— Es verdad, me olvido de que aquí cenan bien temprano. Haré un esfuerzo y “meriencenaré” —Carmela se rió. Bruno se quedó embobado, tenía una risa contagiosa y preciosa.

La sevillana, feliz de que su agente siguiera soltero, esperó apoyada en el coche a Pandora. A la hora, como habían quedado, apareció un poco blanca y

con mala cara. Llegó hasta Carmela y, sin poder aguantarse, vació su estómago en el asfalto. Su prima le recogió el pelo para que no se manchase y la dejó hacer. Pandora se tranquilizó y se apoyó en el coche, poco a poco estaba recuperando el color en las mejillas.

— Tranquila, estoy bien —dijo a Carmela al ver su cara de preocupación—. He tomado una copa, no ha sido buena idea tan temprano.

— Deberías dejar el alcohol para las fiestas —Carmela la regañó. Ella no bebía y tampoco entendía esa necesidad de las personas de tomar copas cada vez que salían de fiesta.

— Sí, mamá, no seas vieja —Pandora se montó en el coche y observó cojear a su prima hasta la puerta del copiloto—. ¿Qué te ha pasado?

— Nada, el tacón estaba suelto.

Pandora condujo de regreso a la casona. A las afueras de la ciudad vio una cabaña con un cartel grande y luminoso que decía: “*La Bruja del Pantano*”. La cara se le iluminó con una idea. Dio un volantazo que casi le rompe el cuello a Carmela, que iba distraída mirando el paisaje.

— ¡¡Pandora!! ¿Te has vuelto loca?

— No, solo quiero que me echen las cartas del tarot —señaló el lugar.

La sevillana se negó; no creía en aquellas embusteras que jugaban con la felicidad de la gente. Resoplando, entró con su prima. El lugar estaba muy iluminado y tenía hasta sala de espera. Por suerte, no había nadie y pudieron entrar sin tener que hacer colas.

Una mujer vestida de manera extravagante y con un turbante en la cabeza las recibió. Las llevó a una habitación pequeña, con luz tenue, una mesa

redonda y una bola de cristal en el centro. Las chicas se sentaron. Pandora se sentía excitada y ansiosa porque le leyera el futuro; en cambio, Carmela estaba deseando que acabara esa farsa y largarse cuanto antes de aquel lugar. Aunque creía en fantasmas y seres sobrenaturales no creía en la videncia ni en las cartas del Tarot.

— Buenas tardes, señoritas ¿Las dos quieren saber su futuro? —preguntó la bruja.

— No, solo la idiota de mi prima. Es la única que se deja engañar —Carmela contestó muy grosera.

— No se preocupe, no le diré nada de lo que no quiera saber —la bruja sonrió con amabilidad.

Barajó las cartas y las tiró, su cara cambió y miró directamente a las chicas. Cerró los ojos y señaló a Pandora.

— Veo... una muerte, un anillo y un secreto... una mujer de cabello negro... un demonio... Veo... los muertos caminarán a la luz de la luna... tú —la bruja abrió los ojos y señaló a Carmela—, tú eres la clave de todo, tu destino está escrito, ten cuidado, hija —la vidente sujetó su mano y la miró sin pestañear.

Carmela quitó la mano de las suyas, la mirada de esa mujer le daba terror. Tiró el dinero encima de la mesa y salió de allí arrastrando a Pandora. Aquel discurso le había puesto los vellos de punta.

Subieron al coche. Pandora seguía protestando, quería hacerle más preguntas a la bruja, pero Carmela le ordenó que subiera al coche si no se quería quedar allí tirada. Mosqueada, obedeció, esta vez se montó en el asiento del copiloto. Carmela arrancó y siguió el camino a la casona.

— ¿De qué tienes miedo? —preguntó Pandora—. Nos estaba avisando de algo, habló del demonio.

— Eres boba, Pandora. El demonio no existe y esa mujer es una embaucadora que se aprovecha de la inocencia de las personas —negó con la cabeza por la fe de su prima.

— Seré una tonta, pero al menos estaré preparada cuando los muertos caminen —dijo muy convencida.

— Señor, dame paciencia... —susurró Carmela.

La Cita

“El vino y la guerra de las galaxias son una buena combinación para excitarse”

Carmela poco a poco fue recuperando la unión familiar; había sido buena idea quedarse unos días y no salir huyendo como había previsto. Todo era medio perfecto, menos por la muerte de la tía Rosario y por el silencio de Úrsula, que no comprendía. Deseaba hablar con su hermana e intentar arreglar las cosas; en el fondo, no aguantaba su indiferencia.

Un nuevo despertar iluminó la finca del tío Alfred. Carmela se levantó ilusionada, aquella misma noche saldría a cenar con el policía sexy, con Bruno. Corrió las cortinas para dejar entrar la luz del sol y calentar un poco la estancia. Vio a su cuñado salir de la casita de la piscina con un maletín de negocios. Se fijó en la ventana de la cocina y vio a su hermana en camisón fregando los platos. Observó cómo varios vasos se le escurrían de las manos, parecía estar nerviosa. Algo que no lograba entender todavía se instaló en su corazón, era ansiedad de ver a su hermana cada día más ausente y alejada de la familia. Intuía que algo no marchaba bien en ella, pero no sabía qué era.

Decidida a solucionar las cosas, bajó apresuradamente. Nada más poner un pie en la calle, vio a su tía Paca cargando cajas en una furgoneta. La vio subirse al vehículo e irse temprano de la finca. Pensó que aquel día todo el mundo estaba muy misterioso. No le dio más importancia, tenía que solucionar el problema con su hermana.

Llegó a la casita de la piscina. Las luces estaban apagadas y las cortinas tapaban los ventanales; no podía ver nada del interior. Carmela llamó a la puerta. Úrsula tardó unos segundos en abrir, cosa que extrañó a Carmela.

Apenas pudo divisar a su hermana por la pequeña raja de la puerta, aunque se dio cuenta de su mal aspecto físico. Lo que más le llamó la atención fue que tenía el rostro tapado por el cabello. Su hermana dijo al fin un tímido “*hola*”. Carmela, decidida a hacer las paces con su ella, habló.

— Úrsula, tenemos que hablar y enterrar el hacha de guerra. Somos hermanas, solo nos tenemos la una a la otra —quería llegar a su corazón con palabras hermosas.

— Todo está bien Carmela, llevo unos días con migrañas muy fuertes. Cuando me encuentre mejor, iré a la casa —tenía la voz rasgada, como si hubiese estado llorando.

— ¿Quieres que te cocine algo? Puedo hacerte un guiso calentito. Necesitas comer, estás muy delgada —solo quiso ser amable y ayudarla.

— No, gracias. Necesito estar sola y descansar —cerró la puerta dando la conversación por terminada.

Carmela se quedó desanimada. Lo había intentado, pero su hermana era muy cabezona y tenía un corazón de hielo. Sin más remedio, se marchó, pero con la idea en la cabeza de regresar más adelante. Creyó a su hermana, aunque seguía preocupada; tenía la corazonada de que algo se le escapaba y eso le provocaba impotencia.

Aquel día se encontraba de los nervios, en menos de cinco horas tendría la ansiada cita con Bruno. Le gustaba mucho, pero no tenía ni idea de cómo comportarse con un hombre; demasiado tiempo sin salir con uno. En ese tema era muy vainilla. Solo había existido un hombre en su vida. Antonio había sido su primer amor y el único que le había roto el corazón. La relación había durado tres largos años; habían sido una pareja muy tradicional y nada emocionante. Carmela, a pesar de haber estado enamorada, no había sentido

esa magia que había experimentado con Bruno desde el primer segundo. Tras la ruptura, se había quedado destrozada y muy insegura en cuestión de hombres. Desde entonces, no había vuelto a tener una cita con un chico. Había que añadir que tampoco le había interesado ninguno como para querer tomarse un café, hasta que el destino quiso que se cruzara con él y sintiera las mariposas de las que todo el mundo hablaba.

Revolvía dentro del armario buscando alguna pieza decente. Se encontraba en su dormitorio acompañada de Pandora. No sabía qué ponerse para la cita. La sevillana era muy meticulosa en todo y era muy importante controlar la situación, difícilmente se dejaba llevar. Estaba acostumbrada a organizar sus cosas, no era nada imprevisible y jamás hacía las cosas por azar. El famoso dicho “tírate a la piscina” nunca lo empleaba en su vida.

— Carmela, el vestido negro es perfecto, te da ese toque de *pin up*
—comentó Pandora tirada en la cama y mirando el móvil.

— Entonces me cambio. No quiero dar mala impresión y que piense que soy una chica descarada —para la sevillana, la primera impresión era muy importante.

— ¡Venga ya! Relájate y disfruta de la cita. No lo planees todo y déjate llevar por una vez —a Pandora se le acabó la paciencia.

Carmela sonrió de lado, sopesando las palabras de su prima. En el fondo sabía que tenía razón, su tía Rosario se lo repetía mucho cuando vivían todas juntas en Sevilla. Siempre le decía: “*Mi niña, déjate llevar por el viento y los caprichos del destino*”. Agarró con fuerza el vestido para no llorar delante de su prima; todavía era muy doloroso recordar a su querida tía, que había sido como su madre. Respiró hondo, iría a la cita y se dejaría llevar por una vez en la vida.

Solo faltaban veinte minutos para que llegara el deseado momento. Carmela se había decantado por un vestido negro con pequeños topos blancos; iba muy guapa. Se recogió su melena rubia en un moño alto. Ahora estaba lista para el encuentro.

Bruno la esperaba apoyado en la moto, con un casco en su brazo para Carmela. Se miraron con timidez y nerviosos. La sevillana avanzaba por el camino de tierra con las piernas temblándole. Bruno tragó saliva al verla con aquel vestido; a sus ojos estaba hermosa. Se levantó de la moto; lo hizo tan rápido, que **la** empujó con el trasero y la tiró al suelo. Los colores subieron a sus mejillas y la levantó. Tanto el *sheriff* como la sevillana eran unos patosos para las relaciones y de los mismos nervios hacían de su cita una comedia.

Manuela, que los observaba desde el gallinero, no pudo evitar sonreír al ver a aquellos dos tortolitos. Le recordaron a su primera cita. Cuando era joven también era igual de torpe para las relaciones, por eso tal vez se casó, hipotéticamente, con Dios. Siguió recogiendo los huevos con una sonrisa tonta; solo esperaba que su sobrina se casara con el policía y no con la iglesia.

Bruno saludó a Carmela con dos besos y le dio el casco para que se lo pusiera. Al ver que la sevillana lo miraba como si le hubiese dado un casco de la nasa, se tomó la libertad de colocárselo él.

— Lista —sonrió al verla con él puesto.

— ¿A dónde vamos? —preguntó ansiosa.

— Pues había pensado llevarte a mi casa y hacer de chef, soy un magnífico cocinero. ¿Te gusta la idea?

— Claro, me encantaría.

Carmela subió a la moto y con timidez se abrazó a la cintura de Bruno. Arrancó y con maestría salió de la mansión volando sobre ruedas. Durante el camino, la sevillana apoyó la cabeza en su espalda, le gustó esa sensación tan íntima. Si fuera por ella, se quedaría todo el día abrazada a su torso.

Bruno aparcó en Tulane Ave, una concurrida avenida en el corazón de Nueva Orleans. Vivía en un viejo edificio de apartamentos arrendados. Subieron las escaleras hasta la tercera planta. Nada más entrar, un gato persa los recibió restregándose en sus piernas. Bruno lo llamó “Copo”. Le venía al dedo el nombre, tenía un pelaje tan blanco, que te hacía recordar a un copo de nieve. Carmela se agachó y pasó sus dedos entre el denso pelaje del gato y este ronroneó a sus caricias.

— Enhorabuena, le has gustado. Normalmente, se muestra muy celoso con las mujeres —aquel dato hizo pensar a Carmela.

— ¿Traes a muchas mujeres a casa? —preguntó con segundas.

— No, solo a algunas amigas y a mi hermana, a todas las odia —rió. Bruno no se percató de la intención de la pregunta.

Carmela se quedó más tranquila al no oírle decir la palabra novia o ligues, por ahora dejaría el tema. El policía se quitó la chaqueta y cogió la de la sevillana y se fue al dormitorio a guardarlas. Se quedó sola en el salón, la decoración tenía un aire muy varonil y americano. Se fijó en que la cocina estaba en el mismo espacio, separada por una barra americana, típico de aquel país. Bruno regresó con las mangas remangadas; ese detalle hizo babear a Carmela. Su debilidad eran los brazos masculinos, le encantaban musculados y con las venas marcadas. Intentó no fijarse y sentarse en el taburete de la barra. Estaba tan distraída, que cuando creyó posar el trasero en el asiento, se sentó en el aire y cayó al suelo.

Bruno no pudo evitar sonreír. La ayudó a levantarse y, sin esfuerzo alguno, la sentó en el taburete. Carmela se mordió el labio muerta de vergüenza. Al policía le pareció tan tierno ese gesto, que se moría por morder su labio: era evidente que la tensión sexual estaba a la orden del día.

Para relajar el ambiente, el anfitrión sirvió dos copas de vino tinto. Carmela no bebía alcohol, pero hizo caso a los consejos de Pandora y se dejó llevar. Mojó los labios para saborear el contenido. A priori no le desagradó, es más, le encantó. Charlaron en armonía mientras Bruno cocinaba su plato estrella, macarrones a la boloñesa. La intención era lo que contaba, pues no era un plato elaborado.

El vino le subió un poco a la cabeza, los calores encendieron sus mejillas y la boca se le secó, cosa que hizo que bebiera más. Con la comida preparada, se sentaron a la mesa a cenar. Disfrutaron de los espaguetis cada uno sentado en una punta; Carmela tuvo que reconocer que estaban de muerte. El vino voló entre risas y se le subió no solo a la cabeza, sino que calentó el deseo que sentía por tirarse a sus brazos.

— ¿Te gustaría ver una película? Tengo la colección de las Guerra de las Galaxias —Bruno era un fan de la saga.

— Vale. Nunca las he visto —reconoció ante el asombro del *sheriff*.

— ¿En serio? Tenemos que poner remedio inmediatamente.

Fueron hasta el sofá ancho de tres plazas y se sentaron. Bruno le explicó que para iniciarse en la Guerra de las Galaxias, era primordial empezar viendo las películas antiguas en primer lugar; ese era el orden que había que seguir. Carmela lo miró alucinada por la seriedad que empleaba a la hora de hablar de aquellas películas. Lo único que sabía era lo esencial que había visto u oído a lo largo de su vida, frases como “*Luke, soy tu padre*”. Bruno

dio al play y se pasó todo el tiempo hablando, explicándole cada detalle para que comprendiera su importancia. La sevillana atendió sin dejar la copa de vino; casi se bebió otra botella que había abierto Bruno para ver la película.

Estaba muy excitada. Nunca en su vida había sentido esa sensación de tener que satisfacer esa necesidad y el físico de Bruno no ayudaba. Estaba como un queso y en lo único que pensaba era en hincarle el diente. Se acordó nuevamente de Pandora y sus historias de dejarse llevar por los impulsos. La timidez desapareció con el alcohol y se dejó llevar por el momento.

Bruno seguía mirando la pantalla, hablando sin parar. Carmela se arrimó hasta rozar su hombro; al sentirla tan cerca, calló y se giró para mirarla. La sevillana no se lo pensó y se lanzó a besarlo, con tan mal tino que chocó su frente con la de él. Los dos protestaron a la vez, se tocaron la frente con la mano para calmar el dolor y sin poder evitarlo, rieron. Los ojos de Bruno brillaron de deseo y esa fue la señal para que Carmela se atreviera a volver a intentarlo. Se lanzó a sus brazos y metió su lengua en la boca de él, fue a saco como una leona en celo.

Él se sorprendió por sus ganas de besarlo. Carmela era pequeña y manejable, posó sus manos en su trasero y le devolvió el beso igual de apasionado. Las manos ansiosas por tocarse danzaron libremente por sus cuerpos. La sevillana tenía las bragas muy mojadas. Nunca experimentó deseo igual, solo quería gozar y satisfacer sus fantasías. Su primer gemido fue cuando Bruno le pasó la palma de la mano por encima del algodón de su ropa interior. Palpó su humedad y aquello fue la perdición de ambos.

Se miraron deseosos el uno del otro. Sin quitar la mirada de su rostro, Bruno le apartó la braguita a un lado y metió dos dedos en su sexo. Carmela notó las terminaciones nerviosas explotar de gozo. Gritó, cerrando los ojos y

echando hacia atrás la cabeza. La sensación era deliciosa. Descarada, movió las caderas sobre su mano, sintiendo cómo el orgasmo se abría paso, pero lo retuvo. Aguantó, no quería que ese placer terminara.

Bruno sacó la mano y le quitó el vestido por encima de su cabeza, era preciosa y deseó cada curva de su cuerpo. Metió la cabeza entre sus pechos y olió su aroma a mujer. Con ella en brazos y con una erección que le apretaba en los pantalones, la llevó hasta el dormitorio. Allí desataría al animal que estaba deseando comerse a su presa.

Gateó por su cuerpo, besando cada rincón. Con el pantalón puesto, rozó su sexo en busca de placer. Carmela gimió a sus caricias. Loca de lujuria, cogió su cara entre sus manos y lo besó hasta dejarle sin aliento. Bruno no aguantó más y se quitó la ropa a la carrera. Desnudo y con una erección muy apetecible, sonrió a Carmela, que estaba lamiéndose los labios.

— No tienes nada que envidiar a un actor porno, madre de Dios —pensó en voz alta la sevillana. Bruno rió a carcajadas por su comentario.

— Y tú no tienes nada que envidiar a las socorristas de los Vigilantes de la Playa.

Acto seguido, se tiró a devorar a Carmela. La unión de sus cuerpos los dejó más excitados todavía, el sheriff comenzó a empujar. Ella rodeó sus caderas con sus piernas torneadas y lo abrazó con los brazos. El sexo estaba siendo salvaje y primitivo. No tardaron mucho en alcanzar el orgasmo, de la posición del misionero no pasaron y tampoco les hizo falta. Solo querían sentirse y descubrir nuevos sabores juntos.

Agotados, Bruno se hizo a un lado y atrajo a Carmela a su pecho. Fue tierno y atento con ella. El cuerpo se le había relajado tanto a la sevillana, que el estómago se le revolvió por el alcohol y tuvo ganas de vomitar. Apartó a

Bruno a un lado y desnuda corrió al cuarto de baño. De rodillas y con la cabeza metida en el váter, vomitó.

Preocupado al sentir a Carmela vaciar el estómago, fue a socorrerla. Desnudo, se inclinó para apartarle el pelo. Esta se giró y se encontró con su todavía erección en las narices. Toda la borrachera se le pasó de pronto y la vergüenza y timidez regresaron de pronto. Intentó taparse los pechos y el sexo, pero le faltaban manos. Bruno se dio cuenta de su repentino pudor y de que toda la fogosidad había sido obra del vino. Cogió una toalla y tapó el cuerpo de Carmela, no quería que se sintiera mal. Después, se puso unos calzoncillos y con cuidado la llevó a la habitación. Le dio un zumo de naranja con una aspirina para la resaca.

— Lo siento Carmela, no debí seguirte el juego. No estabas en tus cabales —se llevó una mano al pelo. Esta situación le había puesto nervioso—. Te prometo que no quería aprovecharme de ti, nunca haría eso.

— Lo sé, no es culpa tuya. La culpa es mía, por beber más de la cuenta. Bruno, quiero que entiendas que yo nunca, estando sobria, habría hecho algo así. Soy muy decente y correcta, a la par de tímida. No quiero que pienses que soy una fresca.

— No, Carmela, no pienso eso. Pienso que somos adultos y nos hemos dejado llevar por nuestros impulsos sexuales. Hagamos como si esto no hubiera pasado. Te llevaré a casa.

Bruno fue al cuarto de baño a vestirse. Carmela se sintió estúpida, no debió decir aquello. Ahora quedaría como una estrecha y como una estirada, cuando haberse acostado con él había sido lo mejor que le había pasado en mucho tiempo. Así que sacó fuerzas para dejar atrás su timidez y se dejó llevar por el momento. Se quitó la toalla y desnuda fue en su busca. Entró en

el baño y lo miró a través del espejo.

— No, no quiero irme a casa. Eres lo mejor que me ha pasado en mucho tiempo y, aunque estaba bebida y envalentonada, he disfrutado del sexo como una perra —fue descarada hablando, el cuerpo se lo pedía a gritos.

Él se giró y la abrazó de la cintura. Besó su cuello y le susurró al oído.

— Ahora quiero hacerte el amor.

Volvieron a amarse entre las sábanas, aunque esta vez fueron deteniéndose en cada poro de su piel, dedicando especial atención a los sentidos y a las sensaciones.

Se había hecho un poco tarde. Bruno la llevó a la mansión con la moto. Habían sido demasiadas emociones para una tarde y Carmela, mujer tradicional, no podía pasar la noche en su casa. Eso sería llevar la relación a otro nivel y no estaba preparada para aquel paso. Todo había sucedido demasiado pronto, por dejarse llevar como decía Pandora, pero ahora tocaba un poco de responsabilidad.

La dejó en la puerta de entrada y se despidió con un beso casto. Entró en la mansión, todo estaba en silencio. Eran más de las diez de la noche. Subió a su dormitorio sin hacer demasiado ruido. Al pasar por la habitación de Pandora, la escuchó toser muy fuerte. Abrió la puerta y entró sin llamar. Se la encontró vomitando en el baño. A su lado había una petaca de las que utilizaban los borrachuzos para esconder el alcohol. Se enfadó mucho con su prima y vació el contenido del recipiente en el lavabo, ante los ojos de asombro de Pandora.

— ¿Qué haces? —gritó su prima como si hubiese tirado oro por el desagüe.

— Eres demasiado joven para beber, solo tienes veinte años y te pasas el día alimentando tu cuerpo a base de alcohol. Si necesitas ayuda, solo tienes que

decirlo —la miró esperando una respuesta.

— No es asunto tuyo, ¿vale? Así que lárgate de mi habitación, y lo que me meta en el cuerpo es mi problema, no el tuyo. ¡Así que vete!

Pandora se levantó del suelo y pasó por su lado con cara de pocos amigos. Abrió la puerta del dormitorio y con un gesto de mano la invitó a salir. Carmela, más enfadada todavía, alzó la cabeza ofendida y salió del dormitorio sin dar las buenas noches. Su prima cerró de un portazo para enfatizar su enojo.

Discusiones

“Pelea de torrijas con miel”

La aventura en Nueva Orleans estaba resultando un tanto estresante, su familia no se lo estaba poniendo fácil. La noche anterior había discutido con Pandora, no entendía por qué bebía de aquella manera tan descontrolada. Solo tenía veinte años para que empezara con vicios que podrían traer consecuencias nefastas a su vida.

Carmela se tapó la cara con la almohada, no le quedaba más remedio que hablar con una de sus tías sobre el problema de su prima. Hablaría con Paca, ya que era más comprensiva y menos exagerada. Manuela era muy religiosa y no ayudaría mucho, lo único que haría sería llevar a Pandora a la iglesia a que le hicieran un exorcismo.

Escuchó ruido de cristales y después un grito. Se asomó a la ventana y vio a su cuñado en el porche de la casita de la piscina. El grito había sido de mujer. Abrió la ventana y llamó a Robert.

— Robert, ¿qué ha pasado? —Este alzó la mirada y sonrió como si no hubiese sucedido nada.

— Nada, un accidente. Se ha roto el espejo de la entrada, siete años de mala suerte —se encogió de hombros.

— ¿Dónde está Úrsula? ¿Se encuentra bien?

— Sí, se está duchando. Ahora me echará la bronca.

— Me ha parecido oírla gritar.

— Sí, al cortarme he ido al grifo de la cocina a limpiarme la herida y le he dado al agua caliente. Le ha salido fría y ha gritado.

Carmela lo dejó con su estropicio y se arregló para bajar a desayunar. Paca estaba en la cocina preparando torrijas con miel, saludó a su sobrina al verla entrar y le ofreció una taza de café recién hecho. Sirvió un plato a rebosar de torrijas, cogió una y la abrió por la mitad. Le untó mantequilla y mermelada. Carmela la miró sin dar crédito, ella prefirió una tostada con aceite y sal.

— Deberías cuidarte el colesterol, comer tanto dulce te puede pasar factura —regañó a su tía. Después de lo de Rosario, no quería quedarse huérfana de otra tía.

— Carmela, a mi edad lo que no te mata engorda. No has visto mi culo hermoso —le guiñó un ojo y cogió otra torrija.

— Tía, tenemos que hablar, Pandora tiene un problema con el alcohol. Creo que lleva tiempo bebiendo, tendríamos que llevarla a algún especialista.

— ¿Estás segura? No veo que beba. Aunque ahora que lo pienso, ayer la vi con una petaca —se encogió de hombros y le dio un bocado a la torrija—. Carmela, igualmente no creo que la pequeña Pandora sea alcohólica. Las cosas son más sencillas de lo que uno piensa, puede que tenga mal de amores o su cantante de rock satánico favorito se haya muerto. Tu prima no es de esas, aunque lleve pintas de descarada, así que habla con ella.

— Está enfadada conmigo, ayer discutimos. La encontré en el váter vomitando y tenía la petaca en el suelo del lavabo —quería hacerla entender que era evidente su conclusión.

— No sé, pero creo que te precipitas. Conozco a esa criatura desde que era un retaco, al igual que a vosotras y sé como sois cada una. Te precipitas,

Carmela, pídele perdón y tal vez confíe en ti para contarte su problema —cogió otra torrija.

Carmela, cabreada porque todo el mundo la tratase como una histérica exagerada, cogió el plato de torrijas y se comió dos. Estaba muy convencida de lo que habían visto sus ojos y no pensaba dejar a su prima a la deriva del alcohol. No permitiría que destrozara su vida. Aprovecharía su estancia en Nueva Orleans para resolver todos los problemas que había separado a la familia. No quería volver a esos años de soledad.

Una de las criadas entró en la cocina con un paquete a nombre de Manuela. Paca lo abrió curiosa, su hermana no le había dicho que estaba esperando un envío. Era una botella de agua de Lanjaron; había una nota que decía “*Manuela, agua bendecida por el cura Hipólito*”. Paca dejó el paquete abierto encima de la cocina, besó a Carmela en el cabello y la dejó sola.

Pandora entró en ese instante por la puerta, traía mala cara. Se sirvió un zumo de naranja y se sentó al lado de Carmela sin cruzar palabra. Esta la miró de reojo con mala cara, no le gustaba la actitud tan infantil de su prima. Se levantó haciendo ruido para molestarla y se llevó la bandeja de torrijas para provocarla.

— Deja las torrijas encima de la mesa —advirtió Pandora.

— No, si las quieres ven a por ellas —Carmela contestó para cabrearla.

— Tú lo has querido.

La más joven de las González se levantó remangándose las mangas del jersey; Carmela vio marcas de pinchazos en los brazos. Abrió mucho los ojos, se asustó de que se drogara. Pandora, ajena a los pensamientos de su prima, se abalanzó sobre ella para arrebatarse la bandeja de torrijas. Pilló

distraída a Carmela, tiró de la bandeja con fuerza desparramándolas por el suelo, dejándolo todo resbaladizo. La sevillana pisó una e intentó sujetarse con la encimera, pero lo único que consiguió fue tirar la botella del agua bendita al suelo. Pandora también resbaló y se sentó de golpe encima de ella. El líquido bendito acabó derramado por todo el suelo.

Manuela, que entraba con la cesta llena de huevos, gritó al ver la botella de Lanjaron vacía en el suelo, llevaba días esperando aquel envío. Paca le había dicho que había llegado su agua bendita y fue derecha a la cocina para guardarla a buen recaudo, pero ya era demasiado tarde.

— ¡Estáis locas! —Gritó, soltando con fuerza los huevos encima de la isla de la cocina. Algunos se rompieron—. Llevo días esperando el agua. Sois unas egoístas.

— ¡Joder, tía! —exclamó Pandora, levantándose del suelo llena de agua y torrijas—. Solo es agua del grifo bendecida por un cura. Aquí tienes muchas iglesias, ve a una y que te hagan la señal de la cruz.

— ¿Así le hablas a la tía que te crío? Eres una sinvergüenza sin respeto por tus mayores.

— Y vosotras sois unas cotillas que no dejáis vivir a nadie tranquila. ¡MAÑANA MISMO COJO UN VUELO A ALEMANIA! —Pandora salió de la cocina llorando.

— Lo siento, tía, todo empezó por una tonta discusión de niñas de tres años. No volverá a ocurrir. Pediré a Cipriana que te vuelva a enviar agua bendita, la pagaré yo —se sentía culpable. Aunque no entendía por qué era tan importante la dichosa agua.

— Recoge este estropicio, quedas disculpada.

Manuela la dejó sola en la cocina. Candela miró el estropicio y resopló sin ganas de limpiar: tenía todo el cuerpo lleno de miel de las torrijas y quería ducharse. Lo recogió todo y se fue pegajosa a su dormitorio. Al pasar por el recibidor vio a Bruno de brazos cruzados mirando hacia la escalera; parecía esperar a alguien. De la sorpresa que se llevó, paró en seco y resbaló cayendo al suelo. Tenía el calzado manchado de torrija. Cayó de culo delante de Bruno: los colores le subieron a las mejillas de la vergüenza que sintió. Desde que lo conocía, se había vuelto más torpe de lo que ya era.

Bruno corrió en su ayuda y la levantó del suelo. Notó algo pegajoso en las manos; Carmela estaba llenita de miel por todas partes.

— ¿Te has peleado con *Winnie the Pooh* por un tarro de miel? —Preguntó Bruno oliéndose la mano.

— No, he tirado una bandeja de torrijas encima de mi cuerpo —se sentía nerviosa; se llevó la mano al pelo y se lo pringó. Se ruborizó aún más—. ¿Qué haces aquí?

— Tenía ganas de verte —Bruno se metió las manos en los bolsillos del pantalón, nervioso—. ¿Te gustaría dar un paseo por la finca? Tengo una hora antes de volver al trabajo.

— Claro —miró su cuerpo y reaccionó como una auténtica heroína — Dame diez minutos.

Carmela subió las escaleras de dos en dos, llegó al dormitorio y se desnudó a la carrera. Dejó la ropa tirada en el suelo y se metió en la ducha; se quitó toda la miel del cuerpo. Terminó en un tiempo récord, se puso un vestido y unas bragas al azar. Con el pelo mojado, salió de la habitación en busca de su sheriff sexy.

Bruno la vio bajar con la piel reluciente de haberse dado un baño, tenía el cabello húmedo y le daba un aire de diosa griega. Nervioso, tragó saliva, esa mujer lo excitaba de manera única. Carmela le sonrió con timidez.

— Siete minutos, eres la mujer ideal —bromeó.

— Gracias. ¿Paseamos?

Salieron juntos de la mansión. Bruno entrelazó sus dedos con los de ella. Como dos enamorados, pasearon en silencio hasta adentrarse en la zona más boscosa. El corazón de la sevillana latía con fuerza, estar en su presencia le imponía y más después de haber probado su piel. Tenía claro que eran amigos con derecho a roce. No podía enamorarse, no cuando dentro de unas semanas regresaba a España.

Bruno había encontrado en Carmela lo que siempre había deseado en una mujer: ternura, pasión, locura, torpeza, belleza y desparpajo con un toque de timidez. Caminaron entre los arbustos buscando intimidad. El *sheriff* la sorprendió estrechándola contra su torso, quedando a un palmo de sus labios. Ella suspiró anhelando un beso, que no tardó en llegar. Juntaron sus bocas, sintiendo el aliento de cada uno. El calor subió desde la punta de los pies hasta sus vientres.

— Te deseo Carmela, ahora, aquí. Dime que pare y pararé...

— No pares...

Deslizó las manos bajo la falda del vestido buscando el foco del calor, su sexo. Los dedos entraron dentro de la braguita y tocaron el clítoris de la sevillana. Se quedó extasiada entre sus brazos. La tumbó en el suelo y besó su cuello, embriagado del sabor de su cuerpo. Tenían las hormonas revolucionadas y llamaban al sexo salvaje y descarado. Estuvo a punto de

bajarse los pantalones y penetrarla en plena naturaleza, si no llega a ser por unas risas cercanas.

Se quedaron mudos y todo el fuego desapareció. Carmela se moría de vergüenza, ella jamás había hecho algo así. En esos temas, se consideraba una señorita y no una fresca. Se escondieron detrás de unos arbustos y esperaron a que los individuos pasaran de largo y no se percataran de su presencia.

La joven vio a su tío Alfred, el cual iba acompañado de una mujer que le hacía carantoñas. No podía ver la cara de aquella señora, estaba de espaldas y lejos de su visión. Sintió rabia; le entraron ganas de salir de su escondite y cantarle las cuarenta al viudo alegre, pues para ella no tenía otro nombre. Su pobre tía estaría revolviéndose en la tumba.

Esperaron lo suficiente para poder salir al camino y regresar a la mansión. La hora había pasado y se había quedado sin tiempo para seguir con sus juegos perversos. Aunque para Carmela era un alivio, no tenía control sobre su cuerpo cuando Bruno estaba cerca.

— Tengo que irme, tengo turno doble y trabajo esta noche —con ternura le colocó un mechón de pelo tras su oreja—. Necesito verte mañana. ¿Podrás?

— ¿Para qué? —Fue una pregunta sin pensar, inocente, pues en lo único que podía pensar era en sexo.

— Me encantaría devorarla en condiciones, señorita —le sonrió de una manera que la sevillana casi se desmaya—. Es broma, Carmela; quiero seguir conociéndote. El sexo está muy bien, pero me interesa descubrir más cosas de esta cabecita tuya.

La joven se mordió el labio para no decir en voz alta “*qué mono*”. Hubiese

quedado como una cursi.

— Claro. Mañana por la tarde pasaré por tu casa. Podríamos pasear y charlar.

— Me parece una idea estupenda. Hasta mañana, Carmela —le dio un delicado beso en los labios y se subió a la moto.

Vio embobada cómo su Sheriff sexy desaparecía en la distancia. Como una adolescente, dio varias vueltas sobre sí misma. Todavía no se creía la suerte que tenía. Al darse la vuelta, vio a Pandora observándola desde la ventana de la biblioteca. Sabía que tenía que hablar con ella y arreglar las cosas.

Fue a su encuentro. Al entrar en la gran biblioteca del tío Alfred, vio a su prima tirada en el suelo leyendo un libro negro que decía “Fantasmas del más allá”. El vello se le puso de punta y con precaución se acercó hasta ella. Se miraron retándose, esperando a que alguna hablara primero. Como era de esperar, fue Carmela.

— Pandora, lo siento. No debí sacar conclusiones precipitadas y menos juzgarte sin dejar que te expresaras —tenía la intención de ganarse su confianza para poder ayudarla con el tema de las drogas. Estaba convencida de ello y más al ver los pinchazos en los brazos—. ¿Me perdonas?

Esta la miró de arriba abajo y al final sonrió.

— Anda, siéntate conmigo. Quedas perdonada, pero no vuelvas a decir tonterías de borrachas ni mierdas, que no tengo ningún problema de esas características. De acuerdo, simplemente fue un mal día.

— Vale, no volveré a decir sandeces.

Se dieron un abrazo. Pandora le enseñó el libro que estaba leyendo, le comentó que hacía dos noches había oído ruidos extraños que provenían del

desván. También le dijo que cada vez que pasaba por la habitación del tío Alfred, olía el perfume de la tía Rosario.

— Lo del desván pueden ser ratas, Pandora, es un lugar muy viejo. Lo de la colonia tiene una explicación, nuestro querido viudo se está beneficiando a alguna criada. Todavía no sé quién es, pero lo descubriré pronto —comentó indignada—. Pobre tía, ella lo amaba y él no ha tardado ni dos días en estar con otra.

— ¡Será capullo! Me enerva la sangre, encima le está dando acceso a las pertenencias personales de la tía Rosario, me juego lo que quieras—se quedó pensativa.

— Me temo que sí. ¿Qué podemos hacer?

—Nada, Carmela. No olvides que es su casa y aun estando la tía muerta, les ha permitido a Manuela y a Paca quedarse en la mansión. Tendremos que fingir en su presencia. Total, tampoco nos vamos a quedar a vivir...

— Tienes razón. Tendré que forzar una sonrisa cada vez que lo vea e intentaré no cruzarme con él porque si no soy capaz de escupirle a la cara por insensible.

Aquella noche, en la cena, las chicas estuvieron tirantes con el tío Alfred. Manuela notó aquel mal comportamiento de sus sobrinas y después de terminar de cenar las llamó a ambas a la cocina. No podía permitir aquella desfachatez. Las sentó en la mesa para hablar. Les echó un sermón de casi una hora nombrando a Dios y al demonio, advirtiéndoles de las consecuencias de ser malas personas. Carmela, harta de tanta tontería, le contó a su tía lo de la amante del tío Alfred.

— ¿Qué hacías en los matorrales escondida? —preguntó Manuela.

— ¿Cómo? —Se quedó sorprendida; esperaba que se interesara por la amante y no por cómo había presenciado la escena—. Te estoy diciendo que el tío Alfred se está encamando con otra mujer.

— ¿Con quién estabas escondida?

—Tía —intervino Pandora, cansada de aquella conversación de gansos—, qué más da con quién estaba, es evidente que estaría con Bruno. Ha venido esta tarde a verla y estarían follando.

Carmela y Manuela abrieron los ojos como platos por su conclusión tan escandalosa.

— ¡Pandora! —Le regañó Carmela—. No he hecho nada con Bruno, solo paseábamos.

— ¿Escondidos entre los matorrales? —Manuela estaba cabreada. Para ella, una pareja de enamorados debían seguir unas normas hasta el matrimonio—. Señorita, será mejor que vayas el domingo a misa a confesarte de tus pecados.

— ¿Sabes qué? Aquí se acaba la conversación. Eres imposible, tía. Te estoy diciendo que el marido de tu hermana tiene una... —tuvo que morderse la lengua para no decir una barbaridad.

— ¡Por el amor de Dios! Deberías dejar a la gata que tienes encarcelada en tu interior y volverte loca a la hora de expresarte —exclamó Pandora—. Así no vas a conquistar a un hombre. Di las cosas por su nombre y te sentirás mejor, el tío Alfred estaba con una puta, guarra, zorra, caliente braguetas.

Manuela se hizo varias veces la señal de la cruz. Ofendida, cogió el vaso de agua que tenía delante y se lo lanzó a la cara a Pandora.

— ¡Esto por lengua de serpiente! Deberías lavarte la boca. Nosotras no te criamos así. ¿Qué has estado haciendo en Alemania para volverte tan descarada y mal hablada?

— Sexo, drogas y rock and roll. ¡Ah! Y formar parte de una secta naturista —se cruzó de brazos a la espera de una reprimenda, pero no llegó. Manuela se levantó de la mesa y se fue relatando con sus Santos a otra parte.

Carmela miró a su prima y sin poder evitarlo, se echaron a reír como dos descosidas. Aquella conversación había tenido su gracia.

— ¿Qué tal si te invito a un trago de tequila y te cuento los secretos del sexo? Puede que así descubras cosillas para jugar con Bruno. ¿Qué me dices?

Carmela aceptó, era una oportunidad que no debía desaprovechar. A sus veinticinco, era muy vainilla en la cama, no tenía ni idea de juegos y preliminares.

Una vez en la habitación de Pandora, esta le enseñó un mundo nuevo de lencería y su uso en la cama para provocar placeres. Le contó muchas cosas sobre cómo conquistar a un hombre con la lengua. La sevillana no daba crédito a todo lo que oía. Estaba claro que su prima Pandora era una experta en sexo con tan solo veinte años. Antes de marcharse a dormir le dejó un libro, que, según ella, era lo mejor para jugar con alguien que tenía esposas y porra. El libro se llamaba “*Amos y Mazmorras*”. Lo devoró esa misma noche, no podía para de leer y a la vez excitarse. Acababa de descubrir un mundo que le apetecía mucho poner en práctica con Bruno.

Desvelos

“Visitas inesperadas del más allá”

En mitad de la madrugada, unos gritos en el silencio de la noche despertaron a Carmela. Sobresaltada, abrió los ojos y se quedó quieta en la cama, intentando captar los ruidos. Volvieron a escucharse, ahora más fuertes. Se levantó y se puso la bata, hacía un poco de frío. Abrió la puerta con cuidado de no hacer ruido y miró a los lados del largo y oscuro pasillo; no había nada, estaba todo en calma. Entonces, volvió a escuchar esos gemidos fantasmagóricos. El vello se le erizó, tenía miedo. Pensó en despertar a Pandora y que la acompañara a ver qué eran esos gritos, pero desechó la idea. Su prima dormía como un oso, ya podía caer un misil en la finca, que no se iba a despertar.

Envalentonada, recorrió el pasillo a la carrera. Al pasar por el dormitorio de su tío Alfred, escuchó los gemidos. Miró por la ranura del cerrojo y vio a una mujer de espaldas con el cabello suelto montando a su tío. Era la misma que había visto en varias ocasiones rondando con el viudo. Se indignó, pero prefirió pasar del tema, como decía su prima; era su vida y no podía impedir aquel descaró. El polvo de la cerradura se le metió por la nariz, haciendo que estornudara. Carmela se levantó y se apoyó contra la pared para controlar los estornudos. Aguantó la respiración y rezó porque no la hubiesen escuchado. Esperó unos segundos antes de volver a mirar. Volvió agacharse y miró, vio un ojo negro en la ranura. El corazón casi se le sale de la boca por el susto, chilló y salió corriendo en la dirección opuesta a su dormitorio.

Llegó a una sala que no había visto antes, era una habitación llena de trastos viejos y tapados con sábanas. La luz no funcionaba, quiso salir de allí

y regresar a la seguridad de su cuarto. Cuando iba a abandonar la sala, escuchó unos pasos que se acercaban. Nerviosa, se escondió tras un viejo armario tapado con una gran sábana. La puerta de la sala se abrió chirriando, erizando aún más el vello de Carmela. Se sentía muy pequeñita, como una hormiguita atrapada. Asomó la cabeza para mirar; no vio a nadie, así que pensó que se había ido quien fuese que hubiera entrado. Podría haber sido la amante de su tío o él mismo.

Soltó el aire, desinflando los pulmones. Echó un pie hacia atrás y topó con algo; un escalofrío recorrió su cuerpo. Se giró para enfrentarse a Alfred, creyó que era él pero cuando se dio la vuelta, gritó como el infierno, muerta de miedo.

Delante de sus narices se encontraba su tía Rosario, con el pelo suelto y despeinado, la cara ensangrentada y parte de la dentadura, también el camión. Tenía la piel blanca como la pared e intentaba comunicarse. Carmela acababa de presenciar una aparición.

— Ayuda... a Úrsula... —alzó la mano para tocarla, pero Carmela corrió por toda la habitación intentando encontrar la salida.

Abrió la puerta y se topó con el tío Alfred. La sujetó de los hombros para tranquilizarla. Carmela solo balbuceaba, chillando como una histérica. Tuvo que abofetearla para serenarla. El escándalo había despertado a sus tías y a Pandora. Todas acudieron a su encuentro, incluso algunos miembros del servicio. Se encontraron a la sevillana con la cara desencajada y llorando.

— Carmela, ¿qué te ocurre? —Paca la estrechó entre sus brazos para calmarla.

— ¡He visto a la tía Rosario! Era un fantasma y estaba llena de sangre.

— ¿Qué hacías en esta parte de la mansión? —preguntó Manuela, preocupada por su sobrina.

— Escuché gritos, salí del dormitorio para encontrar el foco de aquellos... —se mordió la lengua, pero no pudo fingir por más tiempo—el tío Alfred estaba copulando con una señora, los gritos eran ellos dando rienda suelta a la pasión. ¡Vergüenza te tenía que dar! No hace ni una semana que mi tía Rosario ha muerto —miró a sus tías, que se habían quedado sorprendidas, más cuando Alfred no lo había negado.

— Alfred es un hombre adulto y libre —apuntó Manuela—. Ahora todo el mundo a la cama. Seguro que no viste el fantasma de Rosario, ella descansa en paz.

— Pero tía... —protestó Carmela.

— Seguro que la cena le habrá sentado mal, no os preocupéis —Pandora se dirigió a sus tías—. Acompañaré a Carmela a la habitación. Buenas noches.

Cogió a su prima de la mano y tiró para llevársela. Caminaron deprisa por el pasillo hasta llegar a la habitación de Carmela. Pandora se tiró en la cama con los ojos brillantes y emocionantes.

— Quiero saber todo. ¿Qué te dijo la tía Rosario? No sabes la suerte que has tenido, ojalá se me hubiese aparecido a mí.

Carmela le relató el escalofriante encuentro; a ella no le había parecido emocionante. También le confesó las señales que había presenciado los primeros días, como el mensaje en el espejo del cuarto de baño. La sevillana estaba convencida de que su tía estaba intentando comunicarse con ella desde el más allá, solo sabía que era algo relacionado con su hermana mayor Úrsula.

— Me asusté. Estaba llena de sangre y dijo el nombre de Úrsula. ¿Qué quería decir? ¿Eso es que le va a pasar algo malo a mi hermana? —Carmela seguía dándole vueltas al asunto.

— Últimamente está muy extraña, no sale de la casita de la piscina. El idiota de su novio dice que sufre de fuertes migrañas. ¿Estará mintiendo?

— No lo sé, pero habrá que averiguarlo. Si le pasara algo no me lo perdonaría nunca —solo quería recuperar a su familia y a su hermana.

— Descansa, prima. Mañana será otro día —Pandora le dio un beso en la mejilla y se fue a su dormitorio.

Antes de volver a dormir, se asomó a la ventana que daba a la casita de la piscina. Miró esperando ver algo, alguna señal que la ayudase a descifrar el enigma, pero no pasó nada, todo estaba tranquilo y en silencio. Se retiró de la ventana y se volvió a dormir, pero esta vez con una angustia en el pecho que antes no existía.

Desde la ventana de la casita de la piscina, Úrsula miraba a escondidas la ventana de su hermana. Se sentía encerrada en una cárcel mental y física de la cual no podía escapar. Una lágrima rodó por su mejilla, anhelando el cariño de los suyos, sobre todo de su hermanita pequeña Carmela, la cual adoraba con pasión. Sintió unas frías manos en su cuello, eran las manos del enemigo que la torturaba día tras día. Tembló de miedo, negando con la cabeza. Tiraron de su cabello con fuerza, doblándole el cuello. Las lágrimas de terror salieron a borbotones de sus ojos, pidiendo clemencia, pero no la habría. El roce de su aliento en la oreja le provocó náuseas.

— Eres mía, puta... —con el filo de un cuchillo rozó la clavícula de Úrsula, dejando una pequeña marca ensangrentada—. Nadie vendrá a salvarte, eres mía, me perteneces...

La giró para tenerla frente a frente y sonrió al ver el miedo en su cara. Aquello le hacía sentir poderoso. Le dio un beso de tornillo, dejándola casi sin respiración. Ella, al ver que se ahogaba y no tenía intención de retirarse, le mordió el labio y le hizo sangre. Robert, la abofeteó con fuerza, tirándola al suelo. Se tocó el labio y vio la sangre, aquello lo cabreó mucho. Úrsula se arrastró por el suelo, sin fuerzas, todavía no se había recuperado de la última paliza. No pudo escapar, como siempre sucedía, él era más fuerte. La cogió de la larga melena castaña y tiró como si fuera un saco de patatas hasta llevarla a la habitación; una vez allí, le esperaba su castigo.

Lloraba en el suelo, sin ganas de vivir, solo esperaba que le diera tan fuerte que se llevara su vida en el intento de castigarla. Robert cogió el cinturón de cuero y lo tensó. Úrsula cerró los ojos con fuerza para recibir los golpes, estaba acostumbrada, sabía que le quedarían marcas durante días. El cinturón era el peor de los castigos. Cerró la puerta del dormitorio y empezó azotarla. Se desmayó al intentar acallar los gritos, no quería que su familia supiera de su desgracia. Robert la tenía amenazada, si se iba de la lengua mataría a sus tías, prima y hermana. Úrsula estaba anulada mentalmente, era una marioneta en manos de un maltratador, de una escoria.

Al cabo de un rato, se despertó tumbada en la cama y con su verdugo abrazado a su cuerpo. Sintió su mano acariciarle el pelo y sus labios besarle el cuello. Siempre hacía lo mismo, después de una bronca buscaba su perdón. Era un cínico, un demonio sin escrúpulos ni conciencia.

— Mi pequeña, el dolor pasará y tu aprenderás a hacerme feliz...

La joven se mordió el labio hasta hacerse sangre, no quería que supiera que estaba despierta. No tenía cuerpo para que le exigiera tener relaciones sexuales, le daba asco que la tocara. Lloró en silencio, con el alma, en

soledad, por ser una cobarde y dejar que el diablo le arrancara el corazón.

El Agua Bendita

“Confesiones de un pecado carnal”

Delante del espejo, sonreía como una boba; peinaba su cabello pensando en Bruno. Hacía mucho tiempo que no se ilusionaba con un hombre; se sentía más atrevida y quería poner en práctica las escenas de sexo que había leído en los libros. Miró al lavabo, donde tenía un conjunto de ropa interior muy sexy de encaje rojo. No sabía qué hacer, si seguir con las braguitas de algodón o atreverse con algo más picante. Se mordió el labio, estaba indecisa. Vio su reflejo y habló consigo misma.

— Ya es hora de que dejes a la mojigata y seas una González con todas las letras, como tu prima Pandora.

Al pronunciar el nombre de su prima, recordó que tenía que preguntar muchas dudas sobre el sexo: el libro hablaba de placeres desconocidos para ella. Dejó para más tarde el conjunto de encaje y fue en su busca. Bajó las escaleras hasta el recibidor. En ese momento, Úrsula se cruzó con su hermana. Carmela miró su atuendo, llevaba un jersey de cuello alto de manga larga. Le extrañó, ya que ese día era bastante caluroso. Intentó detenerla para hablar con ella, pero fue en vano; como siempre, tenía una excusa para salir corriendo.

— Úrsula, Pandora y yo vamos a ir dentro de un rato a la ciudad. ¿Te apetece venir con nosotras?

— No, gracias. Me duele mucho la cabeza, he pillado un virus y será mejor que descanse. No quiero que caigáis enfermas por mi culpa.

— Puedo decir a la tía Manuela que llame a un médico, llevas varios días

enferma y...

— ¡No! —gritó. Carmela observó que las manos le temblaban—. Estoy bien, se me pasará en unos días, solo es un simple resfriado. Además, dentro de unos días regreso a casa con Robert y me verá mi médico privado.

A Carmela se le cayó el alma a los pies. Miró a su hermana sorprendida. No podía permitir que se marchara sin arreglar las cosas y recuperar la confianza perdida. Quería zarandearla para que reaccionara, pero no podía forzar la situación.

— Tengo que irme. Nos vemos a la hora de cenar —Úrsula se excusó.

— Claro, descansa.

Salió de la mansión triste. No entendía cómo la vida había permitido que toda la familia llegase a ese punto. En el pasado habían estado muy unidas; no entendía en qué momento se habían distanciado tanto. Desanimada, caminó absorta en sus pensamientos. Llegó al establo, no tenía pensado ir hasta allí, pero sus pasos la guiaron. Iba a dar la vuelta para regresar a la Mansión cuando escuchó unas risitas. Carmela se asomó con cuidado por la puerta. Todo parecía en orden, los caballos en sus cuadras y a la vista no parecía haber nadie. Entonces oyó otra vez esa risa familiar. Entró atraída por aquella voz y llegó hasta la última cuadra vacía. Se asomó y vio a Pandora encima de un montón de paja bebiendo de una petaca y con el mozo entre las piernas. Abrió la boca impresionada por aquella escena tan escandalosa, aquel hombre le estaba besando el sexo.

Pandora disfrutaba del placer y reía de las cosquillas que la barba del mozo le hacía en su sexo. Giró la cabeza y de pronto vio a su prima Carmela con cara de circunstancia, allí plantada mirando la escena. Por instinto, cerró las piernas, atrapando la cabeza del hombre entre ellas para que su prima no

viera la desnudez de su intimidad.

— ¡Estás loca! ¿Serás pervertida? ¿Qué coño haces mirando? —gritó Pandora enfadada.

— Lo siento —Carmela se dio la vuelta para darle intimidad—, te estaba buscando, no sabía que estabas... ¿qué te estaba haciendo? —Preguntó, queriendo saber el nombre de esa práctica sexual.

Pandora abrió la boca sin poder creer lo que oían sus oídos. Se disculpó con su ligue; el joven salió del establo, avergonzado por la pillada de Carmela. Esta se dio la vuelta una vez que se quedaron a solas. Pandora se subió las bragas y bajó la falda.

— ¿En serio nunca te han comido el coño?

— No seas descarada, no lo llames así —Carmela estaba roja como un tomate. Aquel vocabulario vulgar la ponía nerviosa, no estaba acostumbrada a hablar de aquella manera.

— ¿Cómo quieres que lo llame? ¿Flor de loto?

— Vulva —contestó con timidez. Pandora rió por su inocencia.—. Además, yo no soy la que hago esas cosas raras.

— Se llama sexo oral y mucha gente lo practica, deberías probarlo. No puedo creer que nunca te hayan comido el coño... la vulva.

— No, nunca, pero puede que Bruno quiera... —Se moría de la vergüenza, no estaba acostumbrada a hablar de sexo.

Pandora cogió a su prima del brazo y regresaron a la mansión. De camino, resolvió muchas de las dudas que Carmela tenía. Esta escuchó con atención y prometió probar algunas. Fueron juntas a la ciudad, Pandora quería hacer

unas compras. Le dejaría el coche para que pudiera regresar. Ella tenía una cita con su sheriff sexy.

Llegó al apartamento. Quería sorprenderlo, por eso se había presentado un rato antes de la hora citada. Llamó a la puerta. Mientras esperaba, repasó mentalmente cada una de las cosas que Pandora le había explicado. Tenía los ojos cerrados para memorizar cada palabra. La puerta se abrió y Carmela abrió los ojos; se quedó embobada al ver a Bruno mojado de pies a cabeza y con una toalla liada en la cintura. Los colores subieron a las mejillas encendiéndolas por completo; quería saludarlo, pero las palabras no salían y empezó a tartamudear.

— ¡Qué sorpresa! —Bruno rió al ver su cara de asombro. Le gustaba provocar esa sensación en la sevillana—. Adelante, por favor.

Carmela entró enrollando un mechón de pelo en su dedo, no sabía qué decir ni cómo actuar. Bruno le dio un tierno beso en los labios y le dijo que esperase en el salón.

— Tardo cinco minutos —le guiñó un ojo y fue corriendo al baño a terminar de asearse. Carmela no pudo evitar seguir el movimiento de aquel culo prieto.

Una vez sola, se abanicó con las dos manos. Apretó las piernas sintiendo un ardor desesperado. Se le ocurrió una idea descabellada. Fue a la habitación de Bruno y abrió el armario, la última vez había visto unas esposas. Nunca había jugado con algo así. Había leído muchas cosas que se podían hacer con aquel artilugio. Se desnudó y se quedó en sujetador y tanga de encaje rojo. Las miró pensando qué hacer con ellas, no sabía si atarse las muñecas a la espalda o solamente una, mucha imaginación no tenía para el sexo. Despreocupada, observó las esposas ajena a que Bruno la estaba observando desde el marco de la puerta.

— ¿Necesitas instrucciones?

Carmela se sobresaltó y tiró las esposas al suelo. Mordió su labio muerta de vergüenza; la valentía de tomar las riendas habían desaparecido. Ahora se sentía insegura y solo quería que el suelo cediera bajo sus pies para poder desaparecer.

— Yo solo...

— ¿Quieres que te enseñe a utilizarlas?

Bruno levantó una ceja esperando la respuesta de Carmela. Esta no sabía qué decir, tragó saliva al ver cómo el Sheriff se acercaba como un depredador a punto de hincarle el diente a su víctima. Cogió las esposas del suelo y con un movimiento rápido, ató las muñecas de la sevillana a la espalda. Chilló sorprendida ante tal audacia. Bruno la abrazó por detrás y posó una de sus manos en la barbilla. Le besó el cuello estremeciéndola. La cogió en brazos y la tumbó de lado encima de la cama, le bajó el tanga y pasó la lengua por el sexo. Carmela gimió gozosa, nunca nadie le había besado de aquella manera en su sonrisa vertical. Puso los ojos en blanco, absorta en el placer. La llevó al séptimo cielo al alcanzar el orgasmo. Más gustosa fue la penetración de después, nunca nadie le había hecho el amor de aquella manera tan salvaje, sensual y pasional.

La joven cayó rendida entre sus brazos, se había convertido en su lugar favorito. El corazón le palpitó distinto a lo habitual; se estaba enamorando. Le propuso pasar la noche juntos pero se negó, excusándose con una burda mentira piadosa. No se podía permitir encapricharse de alguien pasajero; dentro de poco regresaría a su vida, a Sevilla. No quería que su corazón sufriese. En realidad, le daba miedo sentir, ilusionarse por alguien imposible.

Bruno la llevó a la mansión un poco decepcionado. Carmela le gustaba

mucho, pero sentía cómo le rehuía. Cuando creía tocar su corazón, se alejaba. Debía trabajar más para conquistarla. Para el Sheriff no había nada imposible en el amor, ni siquiera la distancia era un impedimento. Cuando se ama, se ama con toda las letras, esa era su filosofía de vida.

Apoyados en la moto, con ella entre sus brazos, se daban los últimos besos. Carmela le daba vuelta al anillo de su tía Rosario. Bruno se fijó y cogió su mano.

— ¿Quién te regaló este anillo? —Era una pregunta con doble sentido. Quería descartar que un sevillano estuviera esperándola al otro lado del charco y que él fuera una aventura.

— Pertenece a mi tía Rosario. Mi abuelo le regaló uno a cada hija con el mismo mensaje: *“Aférrate a la vida”*. Murió de cáncer; creo que quiso dar una lección de vida a cada una. Fue un luchador hasta el final.

— Bonito mensaje. Hay que aferrarse a la vida y a los instantes que nos regala; las amistades, el amor... —se lo dejó caer.

Carmela le dio un beso tierno y se despidió. Tener sentimientos la asustaba, más por un hombre tan diferente en todos los aspectos. Entró en la mansión con las ideas confusas, ya que su corazón le pedía lo contrario al cacao de su mente.

Fue derecha a la cocina, quería coger una botella de agua para llevársela a la habitación. Pasó por la capillita que había dentro de la mansión; según Manuela, era para los rezos urgentes. Más bien era su desahogo espiritual, su santuario. Al pasar, la puerta estaba abierta. Escuchó ruidos y asomó la cabeza, y vio a Pandora llenando la petaca con la botella de agua bendita de Manuela. No daba crédito a lo que veía. Entró sin hacer ruido y se colocó detrás de su prima con los brazos cruzados, esperando a que se diera la

vuelta.

Pandora, ajena a la presencia de su prima, siguió con su fechoría. Al terminar de llenar la petaca, la enroscó y guardó el agua bendita en un armario de la capilla. Se dio la vuelta y vio a Carmela ahí plantada. Chilló al verla, no se lo esperaba. El corazón se le aceleró muy rápido.

— ¡Podrías hacer ruido! Casi se me sale el corazón por la boca —exclamó enfadada.

— O sea, que tú eres la ladrona del agua bendita. ¿Por qué? O mejor dicho, ¿por qué bebes agua bendita?

— Porque... —Pandora pensó antes de contestar— ¿porque quiero ser monja? —preguntó sin saber qué explicar a su prima.

— ¿Me lo preguntas? Dime ahora mismo para qué estás robando agua bendita o le diré a la tía Manuela que tú eres la ladrona.

— Vale, tú ganas. Vamos a mi dormitorio y te lo cuento todo.

Pandora cerró la puerta e hizo que Carmela se sentara. Se paseó nerviosa por toda la habitación. Se paró en mitad del dormitorio y miró a su prima, que esperaba impaciente su explicación.

—Verás... Es complicado, pero dentro de poco no podré guardar el secreto y... ¡Joder! —se llevó las manos a la cabeza.

— Espera —Carmela se levantó de la cama señalándola con el dedo—. Tú estás embarazada —afirmó.

Pandora, que se había tapado la cara con las manos, abrió los dedos para mirar a su prima, la cual la miraba con cara de sorpresa y confusión. Asintió dándole la razón y se desplomó en el suelo. Le entró el pánico y lloró. Había

pasado este trago sola y había necesitado mucho el apoyo de la familia.

— Son las hormonas —explicó su estado—. El agua bendita la bebo para que mi bebé crezca en mi vientre sano y fuerte.

— Pandora, cariño, eso es muy tierno —Carmela se sentó a su lado en el suelo y la abrazó—. ¿Quién es el padre?

— No lo sé, fue una orgía, había mucha gente. Íbamos muy bebidos y fumados; no me acuerdo ni de sus nombres ni de sus caras. Pasó a la semana de dejar a Derek, mi novio nudista. Estaba despechada e hice una barbaridad sexual.

— Manuela se va a llevar un disgusto. Siempre le podemos decir que fue el Espíritu Santo quien te dejó embarazada.

Se echaron a reír, imaginando la cara de Manuela cuando se enterara de su embarazo. Aquella confesión, unió más a las primas. Esa noche, Carmela se quedó a dormir con ella. Se había dado cuenta de que necesitaba muchos mimos y comprensión. Aunque le había echado la charla por lo joven que era, no la había juzgado. Lo difícil vendría cuando tuviera que confesar su pecado.

El Secreto de Pandora

“Enfrentándose a las mellizas”

Pandora había ido a buscar a Úrsula; iba a ir al mausoleo con Carmela a llevar flores a la tía Rosario. Había intentado convencerla, pero su prima seguía diciendo que tenía fuertes dolores de cabeza y prefería descansar. Al final, desistió y fue al encuentro de Carmela, que la esperaba en el camino al cementerio familiar.

Una congoja se instaló en su corazón. Carmela no había exagerado al hablar de su hermana, era cierto que algo no andaba bien. No pudo evitar preocuparse. De camino, cogieron varias flores para dejarlas en la tumba.

— ¿Crees que el fantasma de la tía Rosario te estaba avisando de algo trágico? —preguntó Pandora.

— Sí, creo que Úrsula necesita ayuda. Al principio pensé que podría estar mal con Robert pero se les ve bien, aunque me caiga como una patada en el culo por prepotente.

— Está muy delgada y tiene la cara demacrada; podría ser que estuviera enferma y no quisiera preocuparnos. Tendría sentido; no se marchó después del funeral, se quedó con la familia como si se estuviera despidiendo.

— Claro —Carmela paró en mitad del camino—, por eso el fantasma se presentó llena de sangre... ¡Mi hermana va a morir! —se llevó una mano a la boca para acallar el llanto.

— ¿Crees que tiene cáncer, como el abuelo?—A Pandora le vino a la cabeza aquel dato familiar.

— No lo sé, pero está enferma y por el aspecto tan lamentable podría ser. Dios mío... no puedo perderla, quiero recuperar a mi hermana. ¿En qué momento nos volvimos egoístas? Antes éramos una unidad familiar inquebrantable.

Pandora la abrazó, lloraba como una magdalena. Carmela y Úrsula habían sido sus manos y pies, al igual que sus tías, en la vida. Perdió a sus padres en el mismo accidente de tráfico que sus primas; había sido duro, pero todas ellas habían colaborado para que su vida fuera feliz. Hacía dos años que se había roto aquel lazo familiar. En realidad no pasó nada, simplemente la distancia y el egoísmo las había vuelto dejadas.

— La vida nos ha dado una segunda oportunidad, volvemos a estar todas juntas. Recuperemos el vínculo —agarró las manos de Carmela y juraron hacerlo.

— Hagámoslo, las familias son como un plato de lentejas, o te las comes o las dejas, pero siempre habrá alguien que te obligue a comértelas —rieron a la vez, recordando que ese alguien había sido Rosario.

Llegaron al mausoleo, la puerta estaba abierta. Entraron y algo en el lugar llamó su atención. Parecía estar todo en orden menos unas velas colocadas en los rincones del suelo, que estaban gastadas. Dieron la vuelta a la tumba y justo detrás había un tanga negro de encaje tirado en el suelo. Se quedaron muertas; no podían creer que alguien hubiera fornicado encima de la tumba de su tía. Aquello era estar muy enfermo.

— ¿Será posible? Es que ni siquiera respetan el descanso de las personas —exclamó Carmela indignada. En cambio, Pandora, rió como una loca—. ¿Te hace gracia?

— Venga ya, es macabro pero a la vez muy gracioso. Solo de imaginarme el

espíritu de la tía gritando impropiedades desde el más allá, me hace reír —una sonrisa tímida asomó en el rostro de Carmela.

— Es verdad. Más te vas a reír cuando las tías se enteren de tu retoño de padre imposible de identificar.

Pandora dejó de reír, le sacó la lengua y dejó las flores encima de la tumba. Carmela negó con la cabeza y recogió aquel escenario pornográfico. Las bragas las quemaron fuera y las velas las dejaron en un nicho vacío para aprovecharlas. Regresaron a la mansión; una vez en la entrada vieron a Paca, que regresaba con una furgoneta. La gente del servicio descargó unas cajas y las llevaron al interior. Las dos se quedaron paradas observando la escena, no tenían ni idea de qué clase de mercancía era.

— Bueno, ha llegado la hora —cogió la mano de Pandora—. ¿Preparada?

— No, pero no tengo más remedio —respiró hondo y entraron.

Carmela reunió a sus tías en la biblioteca. Pandora las esperaba hecha un manojo de nervios, tenía un nudo en el estómago, sobre todo por su tía Manuela. Ella sería la más dura y las hormonas revolucionadas no ayudaban mucho. Estas entraron desconcertadas con esa inesperada reunión familiar. Carmela les pidió que tomaran asiento e hizo de anfitriona.

— Antes de nada, quiero que escuchéis a Pandora. Tiene algo importante que decir; solo os pido que no seáis muy duras con ella —sus tías asintieron expectantes.

Pandora se sentó en un sillón de cuero marrón individual, quería estar fuera del alcance de aquellas dos. Se removi6 nerviosa, intentando encontrar el valor para confesar. Prefirió empezar por otro tema para allanar el terreno y ablandar sus corazones.

— Soy la ladrona del agua bendita —lo soltó sin más. Carmela la miró como si se hubiera vuelto loca, pensó que iría directa al grano.

Manuela se levantó de sopetón indignada, se llevó las manos al pecho como si le faltase el aire. Su tía era un poco exagerada, venía de familia. Miró a su sobrina decepcionada.

— ¿Cómo has podido? Sabes lo importante que es para mí y aún así la robas. ¿Para qué? Para dársela a tus amigos los yonquis a cambio de droga, ¿acaso los engañas con historias de salvación para sus almas? —Manuela perdió los papeles y fue muy dura.

— ¡Basta! —intervino Paca—. Te has vuelto loca —se dirigió a Manuela—. Es tu sobrina, tu hija, para que la juzgues así, ¿qué clase de Santa eres? Tu deberías ser la primera que le diera un poco de confianza para que se exprese y se explique. Además, ¿para qué quieres tú el agua? ¿O acaso son manías de vieja?

— Me has llamado vieja, pues tú eres una bruja.

Las chicas se quedaron boquiabiertas, no esperaban aquel giro en la conversación. Intentaron aplacarlas, pero una vez empezaron con reproches, no hubo manera de tranquilizar a las mellizas. Solo había una persona que siempre las había puesto en su sitio; esa era Rosario. Pandora solo vio una manera de que aquellas dos callaran.

— ¡Estoy embarazada! —exclamó para llamar su atención y por supuesto lo consiguió.

Sus tías dejaron de pelear para mirar el vientre de la joven. Esta se encogió de hombros y se puso a llorar desconsolada. Era consciente de su juventud y de que iba a ser madre muy joven y tenía muchas dudas sobre el tema. En el

pasado pensó en abortar, pero en el último segundo se arrepintió: amaba a esa criatura que estaba creciendo dentro de ella. Carmela la abrazó con fuerza, no quería que se sintiera sola; al contrario, quería que se sintiera apoyada y amada por su familia.

— Todo saldrá bien y será un bebé querido por todas —miró a sus tías para que reaccionaran; se habían quedado mudas. Paca fue la primera.

— Cariño, no llores, no se acaba el mundo. Te ayudaremos en todo, aunque no estoy de acuerdo con un embarazo a una edad tan temprana; pero si las cosas han sucedido así, pues para adelante y siempre con una sonrisa. Estás creando vida —cogió su mano y la estrechó con fuerza. No dejaría a su sobrina en la estacada, nunca, eran como las hijas que nunca tuvo.

— Gracias... —Pandora tenía un nudo en la garganta. Por fin se había quitado un peso de encima y podía respirar con tranquilidad.

Manuela seguía callada y con la cruz en los labios. Estaba pensativa analizando cada palabra. Por fin, se acercó y cogió las manos de su sobrina.

— Dime al menos que bautizarás a la criatura —sonrió a su sobrina. Esta le devolvió la sonrisa y todas sonrieron ante las ocurrencias de Manuela.

— Claro que sí, tía. Y tú serás la madrina —a Manuela se le iluminó la cara.

— Bueno, bueno, ¿qué pasa conmigo? He sido la primera en darte la enhorabuena —recalcó Paca.

— Vale, vale, seréis las dos.

Pandora no tuvo más remedio que contarles lo más bochornoso, la orgía y la verdad sobre el padre de la criatura. No tenía ni idea de quién podía ser. Manuela escuchó con atención santiguándose cada dos por tres, hasta que

llegó a la parte del por qué robaba agua bendita. Ahí sus corazones se ablandaron ante aquel gesto tan tierno hacia su bebé. No la juzgaron, no eran quiénes para hacerlo, pues hasta ellas guardaban secretos que no las hacían unas Santas.

Aquella noche, Carmela durmió, una vez más, con Pandora. Se estaba convirtiendo en una costumbre. La realidad era que habían recuperado el lazo que perdieron en el pasado. Fue una noche de confesiones. Carmela le contó los miedos que tenía al empezar una relación con un hombre como Bruno. Lo analizaba todo y se comía la cabeza muchísimo.

— ¿Sabes qué? Déjate llevar, Carmela, y te prometo que el corazón guiará cada uno de tus pasos. Solo déjate llevar —susurró antes de cerrar los ojos.

Su prima tenía razón, siempre había querido controlar todo y por ello no había tenido grandes historias de amor en su vida. Siempre con el miedo en el cuerpo, al abandono o la decepción. Pero Pandora estaba en lo cierto, debía dejar de proteger tanto a su corazón y empezar a vivir instantes y momentos únicos. Si se estrellaba, le serviría de aprendizaje.

En plena noche, le envió un mensaje a Bruno.

<< ¿Te gustaría desayunar mañana conmigo? Tengo que ir al centro a hacer unas compras>> (Carmela).

<<Mañana tengo turno de mañana, pero estaré encantado de tomarme ese café contigo. En el café Du Monde, a las 10h a.m. >> (Bruno).

Carmela suspiró con mil mariposas en el estómago, aquel hombre era una tentación muy perversa que ponía su mundo patas arriba. Era una adicción de la cual no quería desengancharse. Cayó en un sueño profundo y tuvo una pesadilla.

“Se encontraba en mitad del pantano, flotando sobre las aguas turbias. Los cocodrilos acechaban las orillas en busca de presas frescas. Una mujer con un camisón blanco y el cabello negro azabache, levitaba con los brazos en cruz a la vera del lago. Vio cómo miraba hacia un lado y derramaba una lágrima. Carmela siguió su mirada y vio a un cocodrilo arrastrar un cuerpo sin vida, se fijó y vio el rostro de su hermana. El corazón dejó de latir, quiso gritar pero no tenía voz. Entonces, en un instante, el fantasma de aquella mujer se colocó a un palmo del suyo. Era Rosario, pero su mirada era la de otra persona, aquellos ojos no eran de su tía. La voz de aquella mujer extraña con el rostro de la difunta se manifestó en su cabeza. <<Ayúdala>>”.

Carmela se despertó perlada en sudor, sobresaltada. El pecho le subía y le bajaba aceleradamente, los nervios apretaban su estómago y el cuerpo lo tenía frío y tembloroso. Desde que había llegado a la casa, no había parado de soñar y de presenciar extraños fenómenos. La angustia seguía en su pecho, algo no andaba bien y aquellos sueños estaban alertándola de algo malo. Se acordó de la vidente y pensó hacerle una visita al día siguiente cuando regresara de la ciudad. No era fan de aquellas impostoras pero la intuición le decía que debía hablar con ella puesto que en aquella tirada de cartas había visto algo escabroso.

Amor a primera vista

“El corazón no entiende de tiempo, solo siente”

“Carmela paseaba vestida de faralaes por el patio de la casa de Sevilla. Sentía una paz interior agradable, un olor a azahar le trajo recuerdos de la infancia. Se sentó en una silla junto al pozo y cerró los ojos. Al abrirlos, vio a la mujer que le acechaba desde que había pisado tierras extranjeras. Era la misma imagen que su tía Rosario, salvo por el color de ojos; los de su tía eran color miel y los de aquella aparición, azules. La sevillana no sintió miedo, sabía que era un sueño. Le habló con la mente: <<¿Quién eres?>> El fantasma sonrió y contestó de la misma manera: <<Ayúdala>>. Carmela la miró sin comprender. Entonces, la mujer de cabellos negros y mirada extraña señaló con el dedo hacia un lado. Con miedo, ladeó la cabeza y vio a Úrsula de pie con la mirada vacía, fantasmagórica, sin vida, como los muertos”.

El despertador del móvil sonó y Carmela abrió los ojos de golpe, respirando con dificultad. Estaba sudando y el cuerpo le temblaba, aquel sentimiento de peligro se aferraba con más fuerza en su pecho y estómago. No podía dejar pasar más tiempo. En pijama y con el pelo revuelto fue a la casa de la piscina. Llamó con insistencia, gritando el nombre de su hermana. La puerta se abrió, pero en vez de recibirla Úrsula, fue su cuñado.

— Buenos días, cuñada. ¿Qué sucede?

— Quítate de en medio, quiero hablar con mi hermana, es urgente — intentó entrar, pero Robert le impidió el paso—. ¿Qué haces?

— Úrsula no está para recibir visitas, es complicado — salió al porche y

cerró la puerta.

— Lo sabía. ¿Está enferma? —a Carmela se le rompió la voz.

— Sí, por eso decidimos quedarnos un tiempo en la casa familiar. Se está muriendo, Carmela, tiene cáncer. Está muy avanzado.

Se quedó sin respiración y el nudo que tenía en la garganta la ahogaba. Una sensación de mareo invadió su cuerpo y a punto estuvo de caer al suelo. Robert la sujetó entre sus fuertes brazos y la consoló. Carmela lloró mordiéndose la lengua para que su hermana no la escuchara. Ahora la necesitaba más que nunca.

— Le queda poco tiempo, ¿lo entiendes? —la miró con firmeza—. Quizás días; ¡Dios!, estoy destrozado, pero su deseo fue morir al lado de su familia. No quiere que nadie sepa de su enfermedad; si se entera de que te lo he contado, sufrirá un ataque de nervios, y no podemos dejar que eso suceda. Está muy delicada.

— De acuerdo, me despediré sin que se dé cuenta más adelante.

Carmela regresó a la casona con las dudas resueltas, aunque tenía la esperanza de que todo fuera una pesadilla y en cualquier momento despertaría. No fue así; le costó un mundo llegar a su habitación. Cayó de rodillas y gritó desgarrándose la garganta. Se abrazó el estómago con fuerza; el dolor que sentía en el pecho y en el alma era insoportable. No se imaginaba la vida sin su hermana. Tuvo cargos de conciencia por el año que se habían tirado evitándose, habían perdido el contacto por la dejadez y el orgullo. Debió de ser más persistente y no tan orgullosa. Tenía que dar la noticia a la familia, pero en ese momento no se sentía con fuerzas.

Dejó pasar un buen rato hasta que se recuperó. Se arregló y fue al café *Du*

Monde del centro de la ciudad para desayunar con Bruno, necesitaba distraerse. Salió de la mansión con gafas de sol y un pañuelo en la cabeza, quería tapar la cara hinchada de tanto llorar. Condujo hasta la ciudad, aparcó cerca del café y esperó a su sheriff. Todavía faltaban unos minutos para su hora de descanso.

Se sentó al fondo, en un rincón junto a la ventana, pidió un capuchino y se entretuvo dándole vueltas con la cucharilla a la espera del *sheriff*. La puerta del local sonó y Carmela miró, era Bruno. Dejó de marear el café y se quedó embobada, olvidándose incluso de las penas. Parecía un anuncio de colonia masculina: todas las féminas del lugar babearon comiéndose con los ojos a aquel hombre vestido de uniforme y con gafas de aviador que le daban un aire peligroso. Quiso levantarse para saludarlo, pero en el intento tiró el capuchino al suelo, atrayendo toda la atención de la sala. Al menos había conseguido que le quitaran los ojos de encima a su sexy agente del orden.

La camarera, con sonrisa forzada, recogió el desastre provocado. Bruno le dio un beso en los labios delante de toda aquella gente, fue un beso distinto, algo más posesivo. Carmela se convirtió en el cangrejo de la Sirenita de lo roja que se puso.

Por fin pudieron sentarse y disfrutar de una agradable conversación. Bruno le habló de la noche movidita que había tenido con un borracho, una anécdota divertida. Carmela escuchaba atentamente, sonrió encantada, pensó que tendría que ser maravilloso compartir toda una vida con su *sheriff* preferido. Conectaban muy bien aunque fueran un desastre a la hora de interactuar los primeros cinco minutos, siempre les rodeaba el caos. Por un instante la hizo evadirse del mundo y dejar de sufrir por un rato.

— Vaya, tu día a día es una aventura—comentó Carmela.

— Sí, sería más emocionante si te unieras a ella —fue una indirecta en toda regla.

El silencio se hizo en la mesa. Carmela empezó a pestañear muy rápido, como el aleteo de un colibrí, sin saber que contestar. La garganta se le secó. Bruno se dio cuenta de su reacción y decidió cambiar de tema llamando a la camarera.

— Señorita, ¿me trae una copita de *Pacorujo*?

— Parece que ese licor es muy famoso en Nueva Orleans —decidió hablar para suavizar las cosas, aunque los nervios le hacían un nudo en el estómago.

— Sí, es un buen licor para ponerte las pilas—se tomó el carajillo de hierbas a la carrera y hablaron unos diez minutos— Tengo que volver al trabajo —le dio dos besos antes de marcharse—. Carmela, sé que es muy precipitado y rápido, pero no elijo sentir lo que siento por ti. Simplemente sucedió sin que pueda controlarlo. Si para ti es un amor de verano, algo pasajero, no vuelvas a llamarme. Para mí te has convertido en algo hermoso que deseo conservar el resto de mi vida. No volveré a llamarte; tuya es la decisión—Bruno era un hombre con las ideas claras, le gustaba hacer las cosas con decisión tirándose a la piscina y sentía que Carmela merecía la pena como mujer. Sin pretenderlo se había enamorado locamente, había sido su primer flechazo en la vida.

La sevillana se quedó asombrada ante aquella declaración de amor. No supo reaccionar; suponía plantearse muchas cosas, y su cabeza ahora mismo tenía otros problemas más urgentes que resolver. La anciana que estaba a su lado se levantó y le dijo: <<*Niña, eres muy afortunada. El amor no se le regala a cualquiera*>>.

Con la cabeza hecha un lío regresó a la mansión, pero antes debía hacer una

parada con urgencia. Aparcó el auto en aquella cabaña a las afueras de la ciudad. Tenía que ver a la bruja del lago. Siempre había sido muy escéptica pero los últimos acontecimientos la habían hecho cambiar de parecer.

La puerta estaba abierta, entró gritando “*Hola*”. La bruja apareció en bata y con los rulos en la cabeza. Se quedó mirando a Carmela un poco sorprendida.

— ¿No sabes leer? En la puerta hay un cartel que dice “*cerrado*” —exclamó aquella mujer.

— Lo siento, no lo vi. Vendré en otro momento.

— Espera, tú eres la que vino con la chica morena —detuvo los pasos de la sevillana—. No importa, acompáñame a la cocina.

Le ofreció una taza de café. Sentadas a una mesa de madera, la bruja empezó a hablar.

— Veo a una mujer de cabello negro y mirada azulada que rodea tu aura, te protege. Te avisa de una muerte inminente...

— Mi hermana está enferma, hoy me han dado la noticia. Supongo que me estaría avisando para que me despidiera.

— Sí, es una enfermedad, pero no mortal... Déjame ver los posos de tu café —la bruja estaba muy pensativa. Algo no le cuadraba; le costaba ver el futuro de Carmela. Miró la taza de la joven y la soltó de golpe—. ¡El diablo, vive con vosotras! Debes irte, ahora.

— Pero, ¿quién es el diablo? No puede decirme algo así y echarme sin más. Tiene que ayudarme.

— ¿A qué has venido a verme?

— Necesitaba esperanza —contestó con la voz rota por el dolor.

— El diablo miente para llevarse las almas de los seres queridos. Ten cuidado.

Carmela le dio vueltas a las últimas palabras, pero no le encontraba sentido alguno. Llegó a la mansión y fue testigo de un gran revuelo en la entrada principal. El servicio se arremolinaba discutiendo y gritando al tío Alfred. Se negaban a trabajar en la casa, decían que el fantasma de la tía Rosario les incordiaba en sus tareas. Exigían que trajera a un cura para bendecir el lugar, si no, no volverían a trabajar.

Manuela sin más remedio, llamó al cura de su congregación para que bendijera la mansión. Fue habitación por habitación echando agua bendita; los trabajadores lo seguían rezando en silencio. Carmela y Pandora, se quedaron fuera esperando a que terminara aquel circo.

— Estoy enfadada; la tía Rosario se ha aparecido a todos menos a mí. Soy su sobrina — Pandora estaba indignada.

— Tenemos preocupaciones más importantes que el hecho de que se te aparezca un fantasma.

Carmela la dejó con la palabra en la boca y se fue a dar una vuelta, necesitaba despejar la mente. Sin rumbo fijo llegó a la casita de la piscina y vio a su hermana con una imagen deplorable mirando el agua. Parecía triste y vacía. Se acercó con cautela; últimamente estaba muy huidiza.

— Hola, ¿qué miras? —exclamó Carmela para romper el hielo.

— Nada, solo quería tomar el aire. Llevo muchos días encerrada.

— ¿Te gustaría cenar en familia esta noche, solo nosotras, sin Alfred ni

Robert? .Solo las chicas, como cuando vivíamos en Sevilla.

— Solo que esta vez falta Rosario —Úrsula lloró. Se limpió las lágrimas y sonrió, no le gustaba parecer débil ante su hermana pequeña.

— Ella siempre estará en nuestros corazones.

— Lo pensaré, tengo que irme. Robert llegará en cualquier momento de la ciudad y tengo que prepararle la cena.

Pasó por su lado, pero Carmela la paró con un abrazo. Hacía mucho tiempo que no se hacían muestras de cariño. Notó entre sus brazos cómo su hermana se estremecía, la soltó y miró su cuerpo. Estaba más delgada de lo normal, se figuraba que debía ser por el cáncer. La bata se le resbaló del hombro y Carmela vio una mancha oscura muy similar a un moratón. Aquello la dejó preocupada.

— ¿Qué te ha pasado? —miró a Úrsula esperando una respuesta.

Su hermana se abrochó la bata tapándose más. Estaba a punto de contestar cuando de pronto escuchó la voz de su verdugo, que la llamaba desde el porche.

— ¡Úrsula!

Esta calló y obedeció sin contestar a la pregunta de Carmela. Había estado a punto de confesar, pero oír la voz de Robert hacía temblar su cuerpo. La tenía anulada totalmente y el terror era más poderoso que una palabra amable para su hermana. Carmela se reunió con Robert en el porche; Úrsula había entrado en casa. Se quedaron solos y aprovechó para hablar con su cuñado.

— ¿Le has dicho algo? —preguntó enfadado.

— No, claro que no, solo quería pasar un rato agradable con mi hermana. La

he invitado a cenar esta noche con la familia, solo chicas.

— No, está muy delicada, no has entendido nada, Carmela. Su cuerpo no está para emociones fuertes. Podrás despedirte cuando llegue su hora.

— Te recuerdo que aunque seas la pareja de mi hermana, no eres su dueño. Tengo más derecho que tú para ejercer sobre ella —le estaba molestando la actitud de Robert—. Que sepas que respetaré tu voluntad porque está enferma, no porque tú lo digas.

Se marchó enfadada; nunca le había caído bien ese tipo arrogante. Lo había respetado porque Úrsula lo había elegido, pero por nada más. Llegó a la mansión y fue derecha a la capilla. No era muy religiosa pero tenía tradición, y más con una tía que rezaba a todas horas. Se sentó cerca del altar y lloró en silencio, necesitaba encontrar fuerzas para afrontar la realidad.

— Señor, tú y yo no nos conocemos mucho, pero hice la comunión y mi tía Manuela es tu fan número uno. Necesito algo de luz para poder encontrar el camino correcto y saber llevar este tema tan doloroso, el de mi hermana. Sé que no haces milagros, pero podías quitarle el cáncer...

Se sintió ridícula hablando con una talla de Jesucristo. De repente, en el silencio de la capilla, escuchó un lamento débil. El vello se le erizó, y sintió frío. Se abrazó a sí misma y miró a su alrededor, no había nada. Tuvo miedo, se levantó y fue derecha a la salida. Justo cuando estaba a punto de girar el pomo, algo extraño a su derecha se movió sin hacer ruido. Cerró los ojos, soltó aire y ladeó la cabeza. El espíritu de aquella mujer la miraba impassible; Carmela tembló de miedo. El fantasma extendió los brazos, pudo ver cardenales en ellos. Antes de desaparecer pronunció una palabra: <<Ayúdala>>.

El ambiente volvió a su temperatura normal. , Carmela salió de la capilla y,

con los nervios crispados por el acoso de aquel ente, fue derecha a la cocina. Paca se encontraba con una botella de *Pacorujo* tomando un chupito. Vio entrar a su sobrina con la cara descompuesta.

— Carmela, ¿estás bien?

— No, hay un fantasma que me acosa —cogió la botella y le dio un trago a morro.

— Pero niña, no seas marrana. Toma, anda —le dio un vasito de chupito. Carmela se sirvió dos vasos, uno detrás de otro.

— ¿Por qué puedo ver fantasmas?

— Te viene de familia. Tu tía Rosario tenía premoniciones, aunque no eran muy claras, pero intuía el peligro. Tu madre tiraba el tarot, y tú puedes verlos. Cuando eras pequeña hablabas con ellos, hasta que te hiciste mayor. O solamente no querías aceptar que los veías—explicó como si fuera algo normal.

Carmela se quedó pensativa analizando hechos que le habían sucedido en la casa de Sevilla, sucesos que no tenían explicación alguna y que ahora, tras los últimos acontecimientos, daban validez a más de un hecho extraño.

— Un sexto sentido, ¿a eso te refieres? —preguntó curiosa.

— Sí, cielo, no sé por qué se te aparece, pero piensa que los fantasmas cuidan de nosotros. Mi madre, tu abuela, decía que si te visitaban era porque te estaban avisando de algo importante.

— Nunca he visto una foto de la abuela —se sirvió un trago más de *Pacorujo*—, solo me dice: <<ayúdala>>. Nada más. Bueno, he soñado con el espíritu y Úrsula aparecía en el sueño, muerta.

— ¿Qué? —a Paca le cambió la cara. Desde que ha regresado está muy rara y apenas se relaciona con nosotros.

— Robert me confesó que tiene cáncer y que está agonizando —tuvo que decirle la verdad y compartir la carga con un ser querido.

— Dios mío... Ya decía yo que la notaba muy demacrada y enferma. Oh, Carmela, la vida es muy injusta.

Paca lloró sin consuelo. Carmela abrazó a su tía con fuerza y lloraron juntas, se sentían perdidas. Después de tres años, la reunión familiar había sido muy amarga.

Pacorujo

“El negocio clandestino de la familia”

El cantar de los grillos, se entrelazaba con el sonido de los dados del parchís. Las mujeres González se reunían alrededor de la gran mesa del comedor con una botella de *Pacorujo*. Sin muchos ánimos, después de la noticia fatídica de Úrsula, decidieron pasar un buen rato y olvidarse, por un instante, de la enfermedad de la mayor de las sobrinas.

Pandora lloraba en silencio, con la mirada vacía. En un arrebato, cogió la botella de *Pacorujo* y le dio un trago. Paca se la quitó antes de que siguiera envenenado al bebé. Manuela se santiguó ante la acción sin cabeza de Pandora. En cambio, Carmela, le sirvió un chupito a cada una. Se levantó con el vasito en la mano e hizo un brindis.

— Por la vida, por Úrsula y por todas las mujeres luchadoras de nuestra familia. Al menos me consuela saber que será la primera en abrazar a nuestros padres —se bebió de golpe el chupito.

— Debería vivir la vida; ellos están muertos y tienen toda una eternidad para esperarnos. Debe vivir —Pandora se derrumbó y lloró, desgarrándose la garganta.

— ¡Ya basta! —Manuela se levantó—. Lleva a tu prima a la habitación, está embarazada y tantas emociones pueden dañar al bebé.

Pandora se agarró el vientre, sintiéndose culpable. Se levantó sola y abandonó la estancia. Carmela fue detrás de ella, pero Paca la interrumpió.

— Cielo, espera. Se me olvidó decirte que mañana llega el notario.

— ¿El notario? ¿Para qué? —preguntó desconcertada.

— Rosario dejó testamento para vosotras, sus sobrinas, igual que hemos hecho Manuela y yo. Mañana a la una de la tarde tenemos reunión en la biblioteca; puntualidad ante todo. He avisado a Robert para que se lo diga a Úrsula.

Carmela se quedó un poco desconcertada: no esperaba recibir ninguna herencia, ni siquiera lo había pensado. Fue en busca de Pandora; su prima se había tomado muy mal la noticia de Úrsula, tampoco era para menos. Pasó por delante de la habitación del tío Alfred y vio, la puerta abierta. Miró a su alrededor: no había moros en la costa. Decidió entrar a cotillear; desde que había muerto su tía Rosario, no habían podido acceder al dormitorio para quedarse con algún recuerdo.

Entró como una ladrona, en silencio; un aroma a vainilla llegó a su olfato. Era el mismo perfume que utilizaba su tía; millones de buenos recuerdos le vinieron a la mente. Sonrió feliz, se acercó al tocador y vio todo los accesorios personales de su tía como si los hubieran utilizado. El cepillo tenía cabello negro, la polvera estaba abierta y el pintalabios sin cerrar. Se enfadó; sabía que la causante de aquel descaro era la amante de su tío Alfred. Salió susurrando improperios, no tenía ni voz ni voto en aquella historia, pero hablaría con sus tías para que las cosas de Rosario salieran de aquella habitación y se guardara todo como recuerdo.

Llegó a la habitación de Pandora. Su prima se encontraba junto a la ventana, sentada en el suelo y con la botella de agua bendita en la mano. Su cara era de puro dolor y tristeza.

— ¿Qué hemos hecho mal para que la vida sea tan dura, Carmela? Todo lo que amamos nos lo quitan y encima somos tan egoístas que hemos estado dos

años alejadas, pensando en nosotras mismas. ¿Qué nos pasó?

— Nos olvidamos de todo para vivir nuestras vidas y no nos dimos cuenta de que estábamos sacrificando lo más importante, a las únicas personas, que a pesar de nuestra locura, seguirían a nuestro lado —se sentó junto a Pandora—. Cielo, no es momento de lamentos, pasó y ahora tenemos la oportunidad de redimir nuestro egoísmo y volver a unir a la familia. No dejaremos que Úrsula muera sola, no lo permitiré. Le daremos la mejor despedida de su vida.

— ¿Qué propones?

— Traer la feria de Sevilla a Nueva Orleans.

A Pandora se le iluminó la cara y rió contenta. Le pareció una idea estupenda. Las chicas planearon todo, apuntando cada detalle en una libreta. Tendrían tres días para preparar la fiesta; la celebrarían sería el sábado por la tarde.

Una vez más, compartieron cama. Carmela le cantó a Pandora una nana muy graciosa que Rosario les tataba cuando eran pequeñas: <<*Dulce gitanilla, con manos de castañuelas y con tacones de flamenca, baila en sueños al son de la guitarra de duermevela. Dulce gitanilla, de apellido González y con mucho arte, duerme, duerme y que tus sueños sean por bulerías*>>. Se quedaron medio adormiladas, abrazadas.

— Pandora.

— Qué...

— ¿Has pensado nombre para el bebé?

— Si es niña, “cierra las piernas” y si es niño, “no metas el pito en cualquier

agujero” —bostezó muerta de sueño.

— Nunca cambiarás; anda, duerme. Manuela puede matarte con esos nombres.

— Valdrá la pena con tal de verle la cara.

Las dos se rieron y al rato se quedaron fritas. En el silencio de la noche, unos ruidos extraños despertaron a las chicas. Carmela miró el reloj: eran las seis de la mañana. Se oían pasos en el desván. Pandora señaló al techo; se le iluminó la cara pensando que se trataba del fantasma. Se levantó a la carrera y cogió una linterna. Metió prisa a Carmela para que la acompañara, que no estaba muy convencida de ir a la caza de ningún espectro. No se acababa de acostumbrar a esas apariciones. Decidió ir con Pandora; en su estado no podía dejarla sola.

A hurtadillas caminaron por el largo pasillo, hasta llegar a las escalinatas que daban al viejo desván. Un escalofrío recorrió la columna de la sevillana, no quería estar allí. Pandora subió y entró sin esperarla, así que no le quedó más remedio que seguirla. Nada más entrar, buscaron el interruptor de la puerta. Al encenderla, se quedaron boquiabiertas al ver lo que había: una destilería casera.

— ¿Qué coño es todo esto?

— No tengo ni idea. Parece una destilería como la que tenía el tío Paco en el sótano de la casa de Sevilla, ¿te acuerdas?

— No. ¿Y para qué quería una destilería el tío?

— Hacía su propia cerveza.

— Vaya, el tío sabía montárselo bien.

Rondaron por el desván mirando y tocando todos los artilugios curiosos. Carmela se fijó en unas cajas apiladas, las abrió y vio la famosa botella de *Pacorujo*. La sacó de la caja y empezó a reírse sin dar crédito, supo quién estaba detrás de aquel orujo de hierbas casero. No podía ser otra que su tía Paca.

— ¡Será vieja loca! —exclamó Carmela asombrada—. La tía Paca ha sacado al mercado la marca de su difunto marido, “*Pacorujo*”.

— ¡Ja, ja, ja, ja! Es verdad. Paco más orujo igual a Pacorujo. ¿Por qué no nos ha dicho nada?

— Creo saber la razón: será ilegal. Recuerdo que el tío Paco decía que tenía la receta de los huevos de oro; siempre repetía que tenía un orujo tan adictivo como el tabaco. Una mezcla muy ilegal, ¿lo pillas?

— ¡Oh! No puede ser. ¿La tía tiene una plantación de marihuana?

— Registremos el lugar.

Las chicas miraron por todos los rincones, pero no encontraron nada; la sospecha de Carmela se había quedado en una hipótesis sin fundamento. Abandonaron el lugar y juraron guardar el secreto hasta la fiesta del sábado; pensaban carcajearse de su tía. Se llevaron una caja de seis botellas para el evento de Úrsula. Las guardaron en el armario de Pandora.

Se quedaron durmiendo un rato más, era demasiado temprano para empezar el día. La sevillana se sumergió en un sueño perturbador.

“Caminaba por el cementerio de la finca, la niebla cubría sus pies y el viento acariciaba su larga melena rubia. La paz del lugar tranquilizaba su corazón. De pronto, escuchó un lamento que procedía de una tumba. Arrimó el oído y escuchó llorar a una mujer. Angustiada, intentó mover la gran

pedra que hacía de tapa. Con mucho esfuerzo, consiguió moverla y vio a su hermana Úrsula llorando sangre y con las cuencas vacías. Intentó ayudarla, pero cuando la tocó su cuerpo se deshizo en polvo. A su espalda escuchó: <<Ayúdala>>. Se giró y vio al fantasma con el rostro de Rosario gritando una y otra vez: <<Ayúdala>>; parecía estar enfadada”

El despertador sonó y Carmela se despertó con el corazón desbocado. Notó la cama vacía, ladeó la cabeza y vio a su hermana muerta. Se asustó de tal manera que cayó por su lado de la cama al suelo. Temblando, se arrodilló y miró por el filo. Comprobó que no había nadie. Con la frente perlada en sudor y el corazón bombeándole a la velocidad de la luz, fue derecha al cuarto de baño. Abrió el grifo y se lavó la cara. Enfadada, hizo algo sin pensar en las consecuencias; regresó al dormitorio y llamó tres veces en el suelo del parqué, llamando al espíritu. Había visto hacer aquello en muchas películas sobres espíritus.

— ¿Qué quieres? ¡Ven aquí y dímelo! ¿Por qué me muestras a mi hermana muerta? —No pasó nada. De los mismos nervios e impotencia., Carmela rompió a llorar.

Más tranquila, se vistió y fue a desayunar a la cocina. Estaba a punto de salir del dormitorio cuando escuchó algo caer al suelo. Se giró y vio a los pies del escritorio de madera un cuaderno abierto. Carmela, sintió un frío inesperado, se acercó con cautela y se agachó para recoger la libreta. Había algo escrito en la hoja en blanco: “*Ayúdala, el diablo es su sombra*”. Tragó saliva, arrancó la hoja y se la guardó en el bolsillo del pantalón. Salió de la habitación con prisa, decidió no decir nada a su familia. No quería preocuparles más con sus historias paranormales. Ahora tenía un problema mayor, su hermana

La Herencia

“Un matrimonio infernal”

Aquellas señales no dejaban de dar vueltas en la cabeza de Carmela. Estaba convencida de que algo no encajaba. No entendía por qué el espíritu insistía tanto en que ayudara a Úrsula, cuando su vida pronto se apagaría. El cáncer era terminal, pero en el fondo de su corazón había una desazón que la alertaba para que estuviera atenta.

Había llegado la hora de la reunión. Estaba en su habitación cambiándose de ropa, la nota del espíritu la tiró por el váter hecha pedazos, no quería que nadie se enterara. El reloj de pared marcaba la hora exacta, la una de la tarde. Se abrochó las deportivas en el filo de la cama y se levantó; miró el reloj de nuevo. Algo había cambiado. Se acercó y se fijó en que las agujas marcaban las tres de la madrugada. Respiró hondo para calmar los nervios; no se acababa de acostumbrar a los fenómenos paranormales que la rodeaban. Cogió la chaqueta y salió de la habitación sin mirar atrás.

Mientras tanto, en la casita de la piscina, el mal actuaba sin escrúpulos...

Robert estaba sentado en la mesa de la cocina, abriendo un sobre. Sacó unos documentos con una gran sonrisa en la cara. Úrsula se encontraba a su lado, con la cabeza gacha y sin hablar. Sabía muy bien qué significaban esos papeles: eran su pasaporte a la otra vida. Este al enterarse de que su novia recibiría una herencia había acelerado las cosas a su favor. Tenía planes de futuro para Úrsula.

— Mi amor, esto demuestra que me perteneces; firmados por un juez. Ahora eres mi esposa —la agarró por el pelo, haciéndola daño, y la besó con rudeza.

Intentó resistirse y lo que se ganó fue un empujón que la tiró de la silla—. Soy tu dueño y haré contigo lo que me venga en gana.

Le habían entrado las prisas con la muerte de Rosario, había visto el cielo abierto con la pérdida. Por el tío Alfred, el día del funeral, se había enterado de una herencia y el día anterior, Paca, confirmó lo que estaba deseando que pasara. De ahí que le entraran las prisas en arreglar los papeles, alegando que su pareja sufría una enfermedad terminal y querían casarse como regalo. Tenía la coartada estudiada para cuando llegase la hora de acabar con la vida de Úrsula.

— Levántate del suelo —le dio una patada en el estómago que la dejó sin respiración—. ¡No me hagas enfadar!

Úrsula se levantó con el cuerpo dolorido y tembloroso. Debía obedecer; no aguantaría otra paliza, aún se estaba recuperando de la última. Se quedó quieta a la espera de su nueva orden. La tenía anulada completamente, su mente no reaccionaba ante el peligro, era terror lo que le tenía.

— Voy a la reunión de la herencia de Rosario; la muerte os dejó un buen pico, una pequeña fortuna que pienso apropiarme con gusto. Quédate aquí y prepárame el almuerzo.

— Debería ir a la reunión, la herencia está a mi nombre —exclamó con timidez.

La mano de Robert voló hasta estrellarse contra su cara. Fue tal la fuerza, que le partió el labio. Úrsula ni gritó, ni lloró; sabía que si se quejaba, vendrían más. Así que no se inmutó.

— No hace falta. Ahora soy tu dueño y cobraré el dinero sin tu consentimiento. Después te llevaré con tu difunta tía y podrás descansar.

Úrsula escuchó la puerta, Robert se acababa de marchar. Se agarró al filo de la encimera, las piernas le temblaban y no aguantaban el peso de su cuerpo. Cayó al piso destrozada; se iría de este mundo sin tener la oportunidad de despedirse de su familia. En la soledad de la cocina, lloró, impotente y cobarde sin poder hacer nada. El miedo que sentía era tremendo. Temía que le hiciera daño a su familia, y ese sentimiento podía más que salvar su propia vida. Lo que más le pesaba era no poder volver a sonreír a Carmela y no tener esa complicidad de hermanas que antaño habían tenido. Se maldijo una y mil veces por haber conocido a Robert y haberse dejado enredar en su telaraña diabólica.

La familia al completo esperaba sentada junto al notario, a la espera de que llegase Úrsula. Carmela estaba deseando ver a su hermana, para poder hablar con ella cuando terminase la reunión e intentar solucionar las cosas. Se llevó un chasco cuando vio entrar a Robert solo. Todas se miraron entre ellas sin entender que hacía él allí, en vez de Úrsula.

— Buenos días familia. Siento llegar tarde, pero Úrsula ha sufrido una crisis nerviosa y he tenido que medicarla para tranquilizarla. Me ha pedido que venga en su nombre —explicó Robert.

El notario se levantó estando de acuerdo y empezó la reunión. Sacó del maletín una serie de documentos con los nombres de las sobrinas de Rosario: Úrsula, Carmela y Pandora. Les entregó uno a cada una y otro a Robert. Fue leyendo punto por punto y aclarando los deseos de la difunta.

— Esto es mucho dinero —exclamó Pandora.

— Efectivamente, señorita, su tía tenía un legado bastante alto al casarse con el señor Alfred —este se encontraba junto a la ventana observando la reunión sin interrumpir; no quería inmiscuirse en temas familiares—. Por deseo de la

difunta Rosario González, cada sobrina recibirá una pequeña cantidad de dinero que se dispondrá en sus cuentas a los diez días de su fallecimiento, exactamente el lunes que viene, dentro de cinco días. Tienen que firmar los documentos, en los puntos señalados. Usted, señor —se dirigió a Robert—, tiene que llevar los papeles para que los firme la señorita Úrsula.

— Señora —añadió.

— ¿Cómo dices? — preguntó Carmela, sorprendida.

— Tu hermana y yo nos hemos casado, era su deseo antes de... —puso cara de dolor para que fuera más creíble.

— Claro, lo entiendo —forzó una sonrisa amable, pero por dentro estaba que se salía del tiesto. Podía entender muchas cosas, pero que se casaran sin decírselo a la familia, no lo comprendía.

El notario le pidió el acta matrimonial para verificar que era cierto. Acto seguido dio su consentimiento para que firmara, ya que su esposa se encontraba indispuesta.

Una vez hecho el papeleo, el notario abandonó el despacho con Alfred, el cual lo acompañó a la entrada principal para despedirlo como un buen anfitrión. Robert se disculpó con la excusa de que no quería dejar sola a su mujer. Las chicas y las tías se quedaron solas, un poco conmocionadas ante la noticia que les había soltado Robert.

— Nunca me ha gustado ese tío para Úrsula, es egocéntrico, desquiciante y...

—Pandora apretó los puños antes de soltar la palabrota— gilipollas.

— Tranquilas, todo se arreglará — Paca se levantó y le hizo un gesto con la cabeza a Manuela; parecían estar ocultando algo.

— ¿A qué te refieres? —Carmela fue más avispada que Pandora.

— Nada, tiempo al tiempo.

Alfred paseaba de un lado a otro con los brazos en la espalda y con cara de preocupación. Rosario peinaba su larga melena en el tocador; llevaba desde su funeral encerrada en la mansión, sin salir del dormitorio principal.

— Esto se nos está yendo de las manos. Todo se está complicando por momentos, hasta tu sobrina Carmela me acusa de que tengo un amante —al tío Alfred no le gustaba mentir y había accedido a ese juego peligroso porque en el fondo creía en las premoniciones de Rosario.

— Falta poco y una parte está aclarada: Robert y Úrsula están casados. ¿No te parece casualidad? Él quiere la herencia, cogerá el dinero y se largará dejándola destrozada. Es un usurpador. La visión que tuve no fue clara, pero tú viste los documentos del detective: ha estado casado dos veces y siempre sus esposas han muerto de enfermedades terminales. Las caza enfermas para aprovecharse de enajenación mental.

— Y Úrsula tiene cáncer, que casualidad—exclamó Alfred pensativo.

— Aquí hay gato encerrado, lo sé. En mi visión vi un pantano, caimanes y al mal con la cara de Robert. Sabía que algo no andaba bien con Úrsula y cuando contraté al detective y nos habló sobre su pasado, supe que había llegado la hora de volver a juntar a la familia.

— ¿Fingiendo tu muerte? Te advertí que era jugar con fuego.

En ese momento llamaron a la puerta. Rosario corrió a esconderse detrás de una puerta maestra que daba a los pasillos internos del esqueleto de la mansión. Pegó el oído a la madera, atenta. Eran las voces de Paca y Manuela. Alfred le dio un toque a la puerta para que saliera. Vio a sus mellizas

preocupadas.

— Tenías razón, Rosario, Robert está casado con Úrsula. Ese tipo se aprovecha de la debilidad de mi sobrina, será malnacido —Paca estaba muy preocupada, sabía que aunque las premoniciones de Rosario eran enigmas, siempre acertaba.

— No sabemos si es un usurpador o simplemente que ha tenido mala suerte a la hora de elegir pareja —apuntó Alfred—, así que mantened la calma.

— La niña está muy rara desde que vino a tu funeral, parece otra persona —pensó en voz alta Manuela—. Apenas se deja ver y siempre está enferma, aunque tiene sentido si tiene cáncer.

— Se activa el plan B: el lunes cobran el dinero ficticio. Alfred, acuérdate de sacar del banco esa cantidad solo a Robert, que vea que es verdad. Ese día tenemos que vigilarlo muy de cerca, ¿de acuerdo? No se llevará lo que es de mi sobrina, aunque esta esté condenada a morir. —Rosario miró a todos. Necesitaba que formaran parte del plan; no pensaba dejar que se aprovechara de la familia. Sus visiones no serían claras, pero su capacidad para encontrar la verdad sobre esta, sí. Solo esperaba tener tiempo para entender mejor lo que vio.

— Tú sigue escondida aquí y deja de pecar con tu marido — exclamó Manuela, roja como un tomate—; Carmela te ha visto varias veces. Y por favor, no vuelvas a asustarla. Por cierto, las pillé en el cementerio quemando unas bragas negras de encaje, las habían encontrado en el mausoleo — Alfred se avergonzó.

— ¿Asustarla? ¿De qué estás hablando? No la he asustado, jamás haría algo así. Bastante tiene con llorar mi muerte fingida —Rosario se indignó.

— Si no eres tú, ¿quién se le aparece?—preguntó Manuela.

Las tres se miraron, intuyendo algo más grande que se escapaba a su comprensión. Si era cierto, sabían que no era de este mundo terrenal, sino espiritual.

— Si es así, esperemos que sea algún antepasado y que la ayude en el buen camino.—Exclamó Rosario.

— ¿Crees que está relacionado con Úrsula? —preguntó Paca—creo que en todo este asunto de la niña hay gato encerrado, tengo esa sensación.

— Espero que sí, así tendremos doble ayuda. Vigíladla de cerca; en mi visión salía ella en el camino al pantano. Solo sé que es la clave para resolver el enigma—sentenció Rosario—no llego a entender que significa la premonición del pantano.

La Fe y la Carne

“Las pasiones no entienden de religiones si nuestro corazón ama”

El día empezó con un nuevo amanecer. Carmela esperaba a su tía Manuela sentada en los escalones de la entrada principal de la mansión. Miró el móvil dudando; no tenía claro si debería mandarle o no un mensaje a Bruno, tenía la cabeza hecha un lío y por ahora no le podía dar lo que quería, seriedad y compromiso.

Manuela salió vestida con una gabardina al estilo Inspector Gadget y con una bolsa de viaje. Carmela observó a su tía, que parecía que iba a atracar un banco. No comentó nada, la conocía muy bien y sabía que le contestaría con una bordería. Condujo hasta la ciudad; su tía tenía que hacer unos recados en la iglesia del centro y la sevillana aprovecharía para comprar accesorios para el bebé de Pandora. Quería ser la primera en regalarle algo.

Entró en una tienda premamá y dio una vuelta en busca de algún pack bonito para regalarle a su prima. Encontró una caja que traía dos chupetes, dos biberones y un portachupetes, todo gótico. Le pareció perfecto para la siniestra de la familia. Pagó y se fue muy contenta; tenía ganas de volver a casa y dárselo. Nada más salir, vio en la acera de enfrente a Bruno vestido de *sheriff*, poniendo una multa a un hombre. El corazón le dio un vuelco al verlo y las mariposas en el estómago empezaron a revolotear descontroladamente. Era un sentimiento tan fuerte que perdía totalmente el control sobre su persona.

Se quedó parada como una boba, sin saber cómo actuar. Lo normal sería ir hasta él y saludarlo cortésmente, pero hacerlo supondría tener que darle una respuesta que todavía no tenía. Lo único que tenía claro era que le hacía

sentir cosas que nunca antes había sentido. Pero Carmela se regía más por el miedo a empezar una relación a distancia que dejarse llevar por sus sentimientos, tenía claro que después del verano regresaría a España. Al final optó por seguir su camino, ignorando a Bruno.

Con tal de que sus caminos no se cruzaran, se adentró en un callejón que daba a la parte trasera de la iglesia de la ciudad. A esas horas no estaba abierta al público, así que decidió esperar allí a su tía. Se sentó en el escalón y apoyó la espalda en la puerta, la cual cedió con el peso, abriéndola un poco. Se la habían dejado abierta. No le dio importancia y se relajó pensando en sus cosas, hasta que escuchó un grito desgarrador dentro del templo.

Se levantó asustada, su tía estaba dentro. Entonces comprendió que alguien había entrado a robar, de ahí que estuviera la puerta abierta. Los nervios se apoderaron de su sensatez y, sin saber qué hacer, llamó a Bruno. Era *sheriff* y una buena opción para salvar a su tía Manuela del ladrón. Carmela tenía tendencia a imaginar cosas sin contrastarlas antes y se hacía su propia película en la cabeza.

— ¡Carmela! No sabes qué alegría...

— ¡Bruno, escúchame! Estoy en la parte trasera de la iglesia, la puerta está abierta y se oyen gritos extraños dentro. Creo que alguien ha entrado a robar y está haciendo daño a mi tía. ¡Por favor, ven rápido!

Bruno colgó y en menos de dos minutos se presentó en la parte de atrás del templo. Vio a Carmela de los nervios, la estrechó con fuerza en un abrazo para tranquilizarla y le susurró al oído que se quedara fuera, a salvo. La sevillana no escuchó ni una palabra de lo que le decía, sentir su aliento en el cuello la hizo estremecer de deseo.

El *sheriff* sacó la pistola y entró con cautela. Carmela no hizo caso de nada

y lo siguió, le había nacido un sentimiento espontáneo de protección. Se preocupó de que le pudiese suceder algo y eso la angustiaba. Se adentró en el templo siguiendo sus pasos; los gritos se escuchaban más altos y claros. La angustia de que Manuela estuviera siendo torturada la angustiaba, tenía un nudo en la garganta que le hacía contener las lágrimas.

Vio que Bruno abría la puerta de la sacristía y bajaba el arma; tenía la cara blanca como la pared. Intuyó la peor; tampoco entendió por qué se había detenido, ya que los gritos de dolor no cesaban. Retrocedió hasta Carmela, se pasó la mano por el pelo y una sonrisilla boba apareció en su rostro angelical.

— ¿Qué sucede? ¿Por qué no salvas a mi tía?

— No necesita que la salven; esto es un poco *heavy*. Creo que será mejor que lo veas con tus propios ojos. Aunque yo de ti no interrumpiría nada.

Carmela, sin entender a qué se refería, se acercó a la puerta y por una rendija observó aquel espectáculo tan bochornoso. Manuela estaba atada a una argolla del techo, llevaba puesto un picardías y el predicador de la iglesia le estaba azotando las nalgas. Se fijó en el bulto que había en sus pantalones, aquello era pecado ante los ojos de Dios.

Con la cara hecha un cuadro, regresó junto a Bruno y le indicó que abandonaran el templo, había tenido suficiente. Salieron a la calle y la sevillana respiró con fuerza, necesitaba llenar los pulmones de aire. No daba crédito a lo que sus ojos habían visto. Pensó que su tía Manuela se moriría virgen, puesto que había entregado su vida al Altísimo.

— Es indecoroso. Lo siento, no pensé que los gritos fueran de placer. ¿A quién le gusta que la aten y la azoten? ¡Es una señora mayor! —exclamó como si fuera evidente que las señoras mayores no tenían relaciones sexuales.

— Carmela, hay gente que juega con el dolor y el placer, ¿nunca lo has probado? —se ruborizó ante aquella pregunta tan descarada.

— No, nunca. No me gusta que me peguen.

— No es pegar, es acariciar de distinta forma; te llevaría a descubrir placeres que ni imaginas —sujetó su mentón con un dedo, se moría de ganas de besarla. Había pasado dos días angustiada, pensando que jamás volvería a ver a aquella descarada por su declaración tan repentina nacida del corazón. Se arrepentía de haberla presionado de esa manera—. Siento mucho haberte puesto entre la espada y la pared, no debí exigir nada, apenas nos conocemos pero tienes que entender que cuando el corazón siente, la razón deja de existir.

— Bruno, yo... —no podía resistirse ante aquellas declaraciones tan sinceras— tengo miedo a sentir, a que me hagan daño, a enamorarme y a que después quede todo en un sueño pasajero. No vivo en Nueva Orleans, mi vida está en Sevilla y eso lo complica todo más.

— Tú vida está donde tú quieras que esté —fue rotundo. Bruno pensaba que por amor se hacían locuras, pero solo los locos enamorados eran unos atrevidos. Carmela necesitaba controlarlo todo y no se dejaba guiar por los sentimientos, y eso era un impedimento para empezar una relación. Al ver que no contestaba, prefirió dejar el tema—. Si no te puedo tener como mi pareja, al menos seamos amigos —sentía la necesidad de tenerla en su vida.

— Claro, amigos... —Carmela no quería ser su amiga, deseaba seguir siendo ese alguien especial con derechos distintos a una amistad, pero el problema era ella misma, era la única que ponía barreras.

— Tengo que seguir poniendo multas. Si te apetece, podemos cenar esta noche como amigos. Lo prometo.

— Vale, iré a buscarte a tu casa a las seis. ¿Te parece bien?

— Me parece perfecto.

Bruno la besó en la mejilla. Carmela sintió cómo sus labios abrazaban su piel y deseó devorar los suyos, pero se contuvo. Primero tenía que sopesar muchas cosas; no quería sufrir, y sin proponérselo ya lo estaba haciendo, pues se negaba a un amor que la había hecho sentir cosas maravillosas.

De vuelta a la mansión, Manuela conducía con una sonrisa de oreja a oreja. Carmela tenía los brazos cruzados bajo el pecho e iba de morros; no podía creer que la Santa de la familia fuera una pecadora. Le daba coraje que fuera predicando moralidad a Pandora y a ella, cuando no era el mejor ejemplo. No pudo más y se lo soltó.

— Eres una perra en celo. ¡Te he visto con el predicador en la sacristía!

—Manuela frenó de golpe, y casi se estrellan contra un árbol. Le dio un pellizco a su sobrina en el brazo por las barbaridades que había soltado por la boca.

— ¡Tendré que lavarte la boca con jabón! ¡No vuelvas a hablarme de esa manera! ¡Me debes un respeto!

— ¡Oh! ¿Un respeto? Y tú se lo debes a Dios. ¿No te da vergüenza hacer guarradas en la casa del señor? He visto cómo te azotaban las nalgas; al menos podrías darme una explicación.

— No tengo que darte explicaciones, es mi cuerpo y el pastor es mi señor desde hace un año. Nos queremos y punto.

— ¡¿Tú qué?! —Carmela recordó todas las novelas que había leído de amos y mazmorras. No podía creer que su tía, la Santa, fuera una sumisa—. ¿Me estás hablando en serio? ¡Tú, una sumisa! Pero si tienes edad para estar

haciendo calceta por las tardes...

— ¡Se acabó! Baja del coche ahora mismo. No pienso aguantar insultos —Manuela le quitó el cinturón de seguridad y le abrió la puerta. Estaba muy enfadada, la había hecho sentir mal—. Y para tu información, jovencita —exclamó con sarcasmo—, las viejas estamos muy activas sexualmente, más que las chicas de veinticinco años solteras como tú. Y que te quede claro que una puede ser Santa, amante y gustarle el sexo.

— ¡Vas a ir al infierno! Encima regañas a Pandora por el agua bendita y tú la contaminas—le salió del alma aquellas palabras.

— ¡El agua bendita la quiero para lavarme el chocho que es el único que peca!—en un arrebato le confesó su secreto, la confesión de su obsesión.

Arrancó llenando de polvo a Carmela y se fue dejando a su sobrina en tierra. Esta gritó impotente al verse sola en aquel camino de tierra que tanto miedo le daba. Se sacudió con la poca dignidad que le quedaba y continuó a pie la travesía. Llegó hasta la primera urbanización; había dos tiendas, una de comestibles y una ferretería. Hizo una parada para comprar agua, estaba sedienta. Cuando estaba en el mostrador pagando con la tarjeta, vio en el aparcamiento a su cuñado que salía de la ferretería. Observó cómo guardaba en el maletero cuerdas, bridas, cinta de americana y dos sacos. Le extrañó; algo en su interior se activó dando la voz de alarma, pero no sabía por qué.

Decidió aprovechar esa oportunidad para que la llevase a casa y así ahorrarse la caminata. Salió apresuradamente y llamó a Robert. Este al verla cerró de golpe el maletero, como si estuviera escondiendo algo. Eso llamó todavía más la atención de Carmela, pero prefirió callar por ahora.

— Hola, ¿qué haces aquí? —preguntó Robert.

— Es una larga historia. ¿Te importaría llevarme a casa?

— Claro, iba para allá. He salido a comprar unas bombillas para la lamparita de la mesita de noche; ayer se fundieron, y la de la cocina también.

— Lo hubieras comentado a Alfred o al ama de llaves, tienen repuestos para el mantenimiento de la mansión —le recordó.

— Sí, lo sé, luego caí, pero ya las había comprado. A veces olvido que estamos como invitados en una finca con mucho poder adquisitivo. Es lo que tiene vivir como los pobres —bromeó.

Subieron al coche y pusieron rumbo a la mansión. Carmela puso la radio para evitar conversaciones incómodas. Nunca le había caído bien su cuñado, siempre había deseado que su hermana abriera los ojos y lo dejara. Pero ya era demasiado tarde, ella iba a morir y él era el amor de su vida. Se dio cuenta en la reunión con el notario, cuando comunicó que se habían casado.

Llegaron a la finca y aparcaron en la entrada principal. Carmela se estaba quitando el cinturón de seguridad cuando sintió un escalofrío en su nuca; levantó la vista y miró por intuición por el retrovisor. Vio a su hermana con la carne podrida y húmeda como si hubiera estado bajo el agua. El corazón le latió muy deprisa y escuchó cómo le susurraban al oído: <<Ayúdala>>. La sevillana ladeó la cabeza en la ventanilla y vio a la mujer que se parecía a Rosario flotando a plena luz del día. De pronto, sintió una mano en su hombro, se giró y vio a un hombre con los ojos rojos y dos cuernos como el demonio. Gritó histérica.

Robert la zarandeaba de los hombros dentro del coche para tranquilizarla, la había visto tan pálida que pensó que se iba a desmayar.

— Carmela, tranquilízate —esta abrió los ojos y vio a Robert. Supo que el

demonio era él. Todavía quedaban restos en el iris del color rojo fuego que había visto.

Se acordó de las palabras de la bruja de la cabaña: el demonio se encontraba muy cerca. Con prisas, se quitó el cinturón de seguridad y bajó del coche a la carrera. El cuerpo le temblaba y la alarma de que algo no iba bien se acrecentó en su interior. Las dudas invadieron su mente y la palabra del fantasma, “*ayúdala*”, iba tomando forma en su cabeza.

Entró en la mansión desorientada. Las imágenes del fantasma y de su hermana se aferraban a su mente intentando elaborar una respuesta clara al misterio. Sin darse cuenta, chocó con Paca e hizo que tirara una carpeta al suelo. Carmela se disculpó con la cabeza embotada y se agachó a recoger el desperfecto. Eran un montón de papeles y fotografías. Las recogió y una en concreto llamó su atención, se quedó mirándola absorta. Era la tía Rosario vestida de época, en un tiempo que no le correspondía. La fotografía era muy antigua.

— ¿Quién es?

— Mi abuela, la madre de tu abuela. Te ha llamado la atención el parecido razonable con tu tía Rosario, ¿verdad? Son dos gotas de agua salvo por el color de los ojos.

— La tía los tenía color miel y ella —le enseñó la foto en blanco y negro— los tenía azul cielo.

— ¿Cómo sabes eso? —Paca se puso seria. La foto no era a color, ya que en aquellos tiempos no existía todavía esa técnica.

— Porque me visita cada noche en sueños, a plena luz del día, a cada hora... Me voy a volver loca —Carmela se vino abajo y lloró. Necesitaba sacar la

angustia que llevaba días callando.

— Tranquila. Será mejor que vayamos a hablar a un sitio más íntimo.

El Torreón

“La guarida secreta de las González”

Paca la condujo a través de unos pasillos de la mansión que no conocía, hasta llegar a una especie de torreón del ala oeste. Nunca había estado en aquella parte, el ambiente era más frío y los muebles más antiguos y descuidados. Parecía que no habían pisado aquel lugar en años. Abrió una puerta de madera y entró en una sala circular. En mitad del lugar había dos sillas de playa con una nevera portátil haciendo las veces de mesita. Encima había una botella de *Pacorujo* medio vacía. Carmela no entendió nada; hacía una escarcha que helaba la sangre. Vio mantas apiladas encima de un baúl, las cogió para taparse y le dio otra a su tía.

— Espera aquí unos minutos, ahora vuelvo. No tardaré.

Carmela se quedó sola en aquella parte de la mansión. Se asomó al gran ventanal y pudo ver las vistas desde aquella parte del complejo; podía divisar el cementerio familiar a lo lejos. La imagen era un poco tétrica. Temblando, se sentó en una silla de playa y se sirvió dos tragos de *Pacorujo* para entrar en calor. Le sentó muy bien y el frío se fue disipando.

Paca regresó con Manuela y Pandora. La Santa cogió dos sillas de playa que estaban plegadas y apoyadas en la pared. Se sentaron alrededor de la nevera, con una manta cada una. Carmela miró a su tía Manuela fijamente; todavía estaba muy enfadada con ella tras el desplante que le hizo, dejarla tirada en mitad de la carretera. Esta le sostuvo la mirada y al final ganó. La sevillana bajó la vista; su tía le imponía respeto al fin y al cabo.

— ¿Qué es este lugar? —preguntó Pandora.

— La guarida de las mujeres González. Aquí decidimos sobre temas que solo nos conciernen a nosotras. Tenemos un tema a debatir, Úrsula. Carmela ha presenciado extraños fenómenos que apuntan a señales que nos están avisando desde el más allá —explicó Paca.

— Esto se pone interesante — exclamó Pandora.

— Durante generaciones, las mujeres de la familia nacen con un don que se va desarrollando con los años. Rosario, que en paz descansa, tenía premoniciones no aclaradas, veía el peligro en forma de enigma; nosotras lo llamábamos las llamadas. Antes de morir, investigó a Robert y esto fue lo que encontró —les pasó a sus sobrinas el informe del detective. Las chicas fueron cambiando de color a cada párrafo que leían.

— Un usurpador de bienes... —susurró Carmela—. Sus esposas están todas muertas por enfermedades terminales, como Úrsula. ¿Crees que las visiones que tengo son un mensaje de que algo no anda bien?

— Estamos convencidas. La premonición de Rosario era un enigma que fue analizando durante semanas y todo apuntaba a Robert. Personalmente, creo que Úrsula no está enferma, está anulada por completo por su marido. No sabemos a qué tipo de chantaje está siendo sometida, pero tiene que ser algo grave para que tu hermana y tu prima se haya aislado por completo de la familia —habló Paca con calma sorprendiendo a Manuela por su conclusión.

— ¿Por qué no lo mencionaste antes en el dormitorio?—le hizo un gesto con los ojos refiriéndose a la reunión con Rosario.

— No lo tenía claro hasta hace un rato, es una sensación extraña que me viene la cabeza—explicó susurrando. Sus sobrinas la observaron sin entender de qué hablaban.

— La bruja de la cabaña nos dijo que el diablo habita entre nosotras, puede que se refiriera a Robert —exclamó Pandora, nerviosa.

— Sí, fui a verla de nuevo y me dijo lo mismo. El diablo es de carne y hueso; también dijo que yo era la clave—Manuela y Paca se miraron, aquello mismo había comentado su melliza. El misterio iba tomando forma.

— Tus visiones, Carmela, son reales. Nuestra abuela Ramona te visitó avisándote del desastre que está por venir. Creemos que el día se acerca, en cuanto cobre el dinero de la herencia, tal y como hizo con sus antiguas esposas—comentó Paca.

— Tenemos que avisar a Úrsula ahora y ponerla sobre aviso —se levantó para ir en busca de su hermana, pero Paca la detuvo.

— No es tan sencillo. Robert es inteligente, no podemos alertar al demonio. Si mis sospechas son ciertas, tu hermana está anulada y le dará la razón en todo a su marido. Debemos recuperarla sin que se dé cuenta y acabar con ese hijo de perra. Lo haremos a la antigua usanza.

— ¿A qué te refieres? —Pandora sintió un escalofrío. Aquel asunto era más serio de lo que imaginaba.

— Manuela, saca las cosas del baúl.

Las chicas vieron cómo su tía sacaba de aquel arcón unas velas blancas, sal, un péndulo, un cuenco y papel. Hizo un círculo de sal en el suelo y las invitó a todas a entrar. En medio encendió tres velas blancas, colocó un cuenco viejo con manchas extrañas y ató la cadena del péndulo a un candelabro. Cogió una aguja, se pinchó un dedo y unas gotas de sangre cayeron al cuenco. A continuación, le pasó la aguja a Paca, que hizo lo mismo. Le tocó el turno a Pandora y esta no se lo pensó, le fascinaba todo ese mundo. Por

último, Carmela sostuvo la aguja, pero dudó. Paca sostuvo su muñeca, que le temblaba, y le dio fuerzas para hacerlo, todo fuera por salvar a su hermana. Las gotas de sangre se mezclaron y Paca recitó unas palabras, pero antes llamó tres veces con el puño en el suelo para abrir una puerta con respeto.

— ¡Invocamos a los espíritus de nuestros antepasados! ¡Venid a nosotras e iluminad nuestro camino para hallar respuestas! ¡No temáis! ¡La luz de las velas es para vosotros! ¡Venid!

El silencio se hizo en la sala; parecía que todas hubieran contenido la respiración. De pronto, un frío helador se introdujo en el cuerpo de todas y el vaho hizo aparición; era la señal de que no estaban solas. Vieron cómo la puerta de la sala se abría un palmo y entraba una ráfaga de aire. Miraron a su alrededor pero no veían nada, salvo Carmela, que se había quedado blanca al ver al fantasma de su bisabuela caminando en círculos fuera de la sala.

— Está aquí —exclamó la sevillana con un hilo de voz—. Está caminando alrededor de la sala.

— Tranquila, no puede entrar ni tocarte, pero oirás su voz. La sala nos protege de algún espíritu maligno que quiera entrar. Tened en cuenta que al llamar al más allá, la puerta queda abierta durante la sesión y puede colarse un espíritu maligno —explicó Paca—. Empezaremos con las preguntas. ¿Eres Ramona?

El péndulo empezó a moverse hacia adelante y atrás, confirmando la respuesta en un sí. Todas se miraron entendiendo y siguieron. Solo había una pregunta que resolver, la cual hizo Carmela.

— ¿Úrsula tiene cáncer?

Esta vez el péndulo se movió hacia los lados; ese movimiento confirmaba un no por respuesta.

— ¿Robert es el diablo? —preguntó Pandora, acordándose de la bruja del lago.

El fantasma se colocó detrás de Carmela. Esta sintió el frío en su nuca y escuchó como contestaba: “*Él es el diablo*”. Pandora emitió un pequeño gemido al oír con sus propios oídos la voz del fantasma. Todas lo habían escuchado.

— Gracias, abuela, puedes irte —la sesión se daba por terminada. La puerta se cerró de un portazo y todas se sobresaltaron.

Carmela quiso salir del círculo, estaba nerviosa, no se acababa de acostumbrar a ver muertos. Paca la detuvo y le dijo que tuviera paciencia. En el papel escribieron una oración dando las gracias por la sesión y la quemaron en el cuenco con la sangre; era un ritual para comunicarse con el más allá que solo las mujeres González conocían. Una vez hecho, pudieron salir del círculo sin problemas.

— Tías, no entiendo una cosa. ¿Por qué el espíritu de Rosario no ha venido a la sesión?

— Cuando uno muere, tarda varios meses en aparecer, no sé por qué —habló rápidamente Manuela. Había sido lo primero que se le había ocurrido.

— Eso no es cierto, —protestó Pandora—. Cuando mis padres murieron, vinieron esa misma noche a despedirse de mí; lo recuerdo bien.

— Viste a tus padres... ¿Por qué nunca has dicho nada? —Carmela se sorprendió y tuvo una punzada de celos; ella nunca había visto a sus padres.

— Pensé que si lo decía, no volverían a visitarme, era una niña. Aunque da igual, nunca más volvieron. Creo que cruzaron al otro lado, hacia la luz. Según tengo entendido, no todos se quedan en el plano terrenal. Puede que la

bisabuela lo hiciera porque sabía que en un futuro tendría que ayudarnos. A mí me encantaría ser como tú, Carmela, tener ese don. Creo que soy la primera González que nace sin él.

— Te equivocas. De pequeña te gustaba jugar con las cartas de Tarot de la familia y acertabas con las lecturas —exclamó Manuela recogiendo el tinglado. Se acercó al baúl y le entregó una baraja Egipcia—. Toma, cuídalas, han pertenecido a muchas antepasadas; ahora son tuyas. Es la baraja más extensa que existe. Úsalas con cabeza, a la magia hay que tenerle un respeto.

Volvieron a sentarse en las sillas de playa y en silencio se bebieron dos botellas de *Pacorujo*, cada una pensando en todo lo vivido en la sesión. El alcohol se les subió un poco a la cabeza menos a Pandora, que no podía beber por el bebé, tanto que empezaron a hacer confesiones. La primera fue Paca.

— Confieso que el *Pacorujo* es mi negocio ilegal —Pandora se echó a reír.

— Pillamos hace unos días el laboratorio que tienes en el desván. Para ser ilegal, vendes muchísimo, está todo el pueblo enganchado con ese brebaje. ¿No lo habrás embrujado? —preguntó bromeando.

— Algo así —una sonrisilla de pilla se dibujó en su rostro. Todas la miraron sorprendidas pensando en un hechizo. Paca puso los ojos en blanco—. ¡Ni que fuera la bruja de Salem! Es algo más terrenal, nada espiritual.

— ¿El qué? —preguntó impaciente Pandora.

— Marihuana. Ese es el secreto del *Pacorujo* —Paca se echó a reír y Manuela se llevó la mano a la boca, sorprendida. Sabía del negocio ilegal de su melliza, pero no aquel dato.

— ¿Dónde tienes la plantación? Podíamos ir a la cárcel si los agentes de la ley se enterasen. Eres peor que el Diablo, Paca —regañó a su hermana.

— No es para tanto. Además, jamás la encontrarían. Está en el Mausoleo abandonado, en el de los antepasados de Alfred.

— Eres mi ídolo, tía. Estarán los fantasmas poniéndose a hierba, todo el día fumando. Por eso no se te aparecen, Carmela —Pandora rió histérica y todas se contagiaron de su risa.

Regresaron a sus quehaceres con los deberes hechos. Habían quedado aquella noche en el torreón para pensar algo y así pillar a Robert sin que Úrsula saliera mal parada. Tendrían toda la tarde para pensar. Manuela se quedó la última para cerrar con llave y pidió a Carmela que la ayudase. Las otras se fueron a la cocina a preparar torrijas.

— Carmela, me disculpo por mi comportamiento. Me avergüenzo de que hayas presenciado aquel espectáculo tan bochornoso. No es el mejor ejemplo para mis creencias religiosas, pero es algo que practico desde que conocí al pastor —sintió la necesidad de darle una explicación.

— Yo también lo siento. No debí juzgarte, no soy la más adecuada. No te avergüences, tía, eso no te hace ser peor religiosa. Como dijiste, no tiene nada que ver una cosa con la otra.

— Mi relación con el pastor no es que sea secreta, nos damos compañía; a mi edad, eso de tener novio ya no se lleva, pero sí los compañeros de viajes. Nos queremos y respetamos, aunque nos guste ese tipo de práctica sexual.

— Me alegro por ti, el amor es uno de los caminos más maravillosos si lo haces con la persona adecuada.

Se dieron un abrazo y Carmela le guardó el secreto. No quería que su hermana Paca supiera de sus gustos en la intimidad, aunque sabía de su relación con el pastor. Tía y sobrina aclararon las cosas y aquello las unió aún

más.

Para la sevillana, aquella conversación la hizo recapacitar sobre su relación con Bruno. Ella era todo lo contrario a su tía: mientras Manuela se dejaba llevar por las sensaciones del corazón, Carmela huía por miedo a sufrir. Era una carencia que arrastraba desde niña y empezó en el momento en que perdió a sus padres. Esa desazón de soledad siempre la había tenido muy arraigada, de ahí que siempre hubiera dependido de la familia. Para ella era lo más importante, y haber perdido esa conexión durante dos años, la había afectado mucho.

La hora de la cita con Bruno se acercaba y sus pensamientos eran contradictorios, se encontraba echa un lío y no sabía qué hacer. Iría a la cita e intentaría aclarar sus sentimientos.

Entre Rejas

“Fichada por asistir a la no cita con Bruno”

Carmela bajó arreglada a la cocina; faltaba una hora para la cita con Bruno. Para hacer tiempo, se fue a charlar con su familia y de paso tomar un trago de ese milagroso *Pacorujo* para darle fuerzas con Bruno. Paca y Pandora estaban preparando torrijas con la receta familiar; era un dulce muy rico que nunca podía faltar en las meriendas.

La sevillana se sentó en la mesa con un chupito del brebaje secreto de su tía Paca; se encontraba muy nerviosa. Aun teniendo sentimientos hacia Bruno, se sentía muy confusa, no tenía claro dejar todo por un hombre que tal vez fuera alguien pasajero. Estaba claro que le atraía su físico y era muy simpático, amable, caballeroso y además tenía algo que lo hacía adictivo. Con la cabeza hecha un lío, resopló varias veces, llamando la atención de Pandora. Esta se acercó a su prima y se sentó con ella.

— Como sigas resoplando de esa manera, te vas a desinflar. ¿Qué te ocurre?

— Bruno va en serio en nuestra cosa; no sé cómo llamarlo porque ni siquiera es una relación. Apenas lo conozco, pero tiene las ideas muy claras respecto a nosotros. Creo que se ha enamorado.

— ¿Y tú no?

— No lo sé, el amor es un sentimiento muy fuerte y lleva tiempo alcanzar ese estado. Las cosas no pasan por arte de magia.

— Te equivocas. La vida es una constante función de magia donde el mago, o sea, el destino, nos sorprende día a día. El amor es un estado maravilloso

que viene sin avisar, llama a la puerta de nuestros corazones y se cuela sin más. No analices tanto las cosas, Carmela, y déjate llevar por la ilusión, por los sentimientos y, sobre todo, no tengas miedo —le cogió la mano para darle ánimos.

— Gracias —le sonrió agradecida, aunque las dudas seguían ahí—. Por cierto, hace días que no veo a tu... ¿rollo?

— Pues que yo sepa se fue a Juárez a casarse con su novia de toda la vida. Los hombres son todos iguales, menos Bruno —apuntó para que no se desanimara más.

El chofer del tío Alfred la llevó a la ciudad. Faltaban diez minutos y decidió pasear por la manzana del edificio para hacer tiempo; no quería parecer desesperada. Los hombres que se cruzaban con ella le silbaban, le decían “*bombón*”, incluso la invitaban a retozar descaradamente. No entendía la actitud de aquellos señores.

— Cielo, ¿cuánto cobras por una mamada? —exclamó uno parando un coche.

— ¡¿Será grosero?! ¿Cómo se atreve? ¡Soy una señorita de bien!

— Todas dicen lo mismo —el tipo arrancó y se fue.

En ese momento apareció un coche de policía y entraron en un local que había justo al lado de Carmela. Empezaron a sacar chicas ligeras de ropa y a tres hombres. La sevillana, alucinada con el espectáculo, se quedó muy cerca mirando para cotillear. De pronto, uno de los agentes la cogió y la obligó a meterse con las otras chicas en el coche patrulla. Carmela protestaba, pero no la hacían caso.

— Se está equivocando; estaba paseando...

— Cállese y suba al coche —una mujer policía la cacheó y la subió a la fuerza al vehículo.

Carmela gritó, pero lo único que consiguió fue cabrear más a aquella enorme policía. Vio cómo el coche patrulla se alejaba del barrio de Bruno; su cita se había acabado antes de tiempo. Se atacó de los nervios al pensar que él creería que le había dado plantón.

— Señora, necesito hacer una llamada, es urgente —exigió a la mujer policía que conducía.

— Cuando llegues a comisaría. Ahora cierra el pico.

Optó por callarse. Sabía que no conseguiría nada con aquella señora desagradable. Llegaron a comisaría y las encerraron a todas entre rejas. Carmela intentó explicarse a más de un policía, pero aquellos agentes de la ley la ignoraron. Estaban interrogando a los tres mafiosos que tenían una red de prostitutas ilegal. Aquellas mujeres callaban por miedo, ya que estaban amenazadas por aquellos hombres: si habrían la boca, les harían daño a sus familias. Era la típica amenaza para tener controladas la lenguas de las chicas.

Carmela se tiró encima de un camastro, cansada. No creyó que su noche acabaría de aquella manera. Se suponía que iba a tener una velada perfecta con Bruno y así aclarar sus ideas. También tenía pensado no llegar tarde a casa y así poder colaborar en el plan contra su cuñado. El karma la estaba castigando de una manera cruel. Sin más remedio, tuvo que pasar la noche en el calabozo.

Bruno llegó desanimado al trabajo. Había esperado durante horas a Carmela despierto con la esperanza de que apareciese, pero no había acudido a la cita. Aquel desplante confirmó que él no era de su interés. Más lo sintió su corazón, que se había enamorado de una loca española y descaradamente

correcta.

Susan, su compañera de trabajo, tenía los nervios crispados y no paraba de despotricar en la sala de descanso. Bruno la saludó y, como buen caballero, se preocupó por su estado.

— Te veo cansada, ¿tuviste movida anoche?

— ¿Cansada? Estoy hasta la coronilla de la rubita con voz de pito que hay en el calabozo. Es la primera puta que se queja; las demás callan por miedo a que hagan daño a sus familias. Creo que esta tiene que ser huérfana, porque no se calla ni debajo del agua. Para ser una puta es muy señorita —Bruno rio divertido.

— Tranquila, ahora mismo voy a echar un vistazo a esas chicas y haré de poli malo con esa rubita —habló con sarcasmo.

Sin saber lo que se iba a encontrar, fue derecho al calabozo. Se iba acercando cuando escuchó jaleo procedente de la celda. Corrió más para poner orden y su sorpresa fue enorme cuando vio a Carmela bailando por bulerías y cantando a la vez, mientras las otras chicas le tocaban las palmas. Sus ojos no daban crédito a lo que veían; no pensó, al levantarse por la mañana, que su día empezaría de aquella manera tan extraña.

— ¡Carmela! —la sevillana paró el espectáculo al oír su nombre. Se dio la vuelta y vio a Bruno mirándola fijamente con cara de bobo. Su mirada se iluminó llena de esperanza y su sonrisa se alargó feliz.

— ¡Bruno! Ya era hora de que aparecieras. He pasado la noche entre estos barrotos sin motivo; tu gente me confundió con una de estas señoritas tan simpáticas.

— ¿Qué? ¿Cómo?

— Digamos que me encontraba en el lugar menos apropiado. Solo estaba haciendo tiempo para subir a tu casa, lo juro —puso morritos para que la sacara de allí.

Bruno la miró con una sonrisa; le acababa de alegrar el día aunque ella no lo supiera. Había estado deprimido toda la noche pensando que Carmela había pasado de él. Ahora que sabía la razón, no lo daba todo por perdido. Jugaría sus cartas bien para intentar que la sevillana se enamorara tanto como lo estaba él. El *sheriff* sí creía en las coincidencias, en las medias naranjas, en el amor a primera vista y en las almas gemelas.

Liberó a Carmela y la llevó a la sala de descanso para que desayunara algo; tenía cara de cansada. Susan, al verla entrar, abrió tanto los ojos que Carmela pensó que se le iban a salir de las órbitas. Bruno tuvo que explicarle el malentendido. Arreglado el asunto, quedó libre.

— Siento que hayas pasado este mal trago tu sola. Debiste pedir el comodín de la llamada y haberte puesto en contacto conmigo.

— Lo intenté, pero esa orangután me tenía cruzada. Creo que no le caigo muy bien.

— Tiene mal carácter, pero es buena compañera —en un gesto cariñoso, le colocó un mechón de pelo tras la oreja—. Ahora tengo que trabajar. Te pediré un taxi. Lástima que no podamos disfrutar de la cita.

Carmela se lo pensó dos segundos. Recordó las palabras de aliento de Pandora y se dejó llevar una vez más por los anhelos, deseos y sentimientos.

— Podemos intentarlo esta noche. Volveré a tu casa, a las seis, misma hora, mismo lugar. Será perfecto y cenaremos juntos, intentaré que no me detenga la policía. Ahora estoy fichada —bromeó.

— Me encanta ese nuevo plan. ¿Algún plato especial que desees cenar?

— ¿Chino?

— Vale, una cena exótica.

Se acercó a su *sheriff* sexy y lo besó en la mejilla. En el último instante le había dado vergüenza tomar las riendas y había desviado beso. Pero cuando estaba a punto de marcharse, sintió la adrenalina recorrer su cuerpo y regresó corriendo para darle un beso de tornillo con pasión.

— El único plato especial que deseo probar eres tú —se atrevió a decir.

Tras aquella pasión desatada se marchó sin más, dejando a Bruno loco de deseo. Si antes tenía claro que Carmela era la mujer de su vida, ahora no tenía ninguna duda.

La sevillana pidió un taxi y regresó a la mansión. Se reunió en la cocina con la familia y tuvo que dar explicaciones de su ausencia. Sus tías la bombardearon a preguntas y Pandora se descojonó de la historia. Avergonzada, cambió de tema, no le gustaba ser el centro de atención.

— ¿Habéis pensado algo para coger al usurpador de Robert? —preguntó.

— Sí. Las tías han pensado algo muy heavy, al estilo las brujas González, para pillar a ese cabrón —Pandora tenía la mirada iluminada. Carmela sintió un escalofrío; no le acaba de gustar toda esa historia del sexto sentido de la familia.

— El sábado es nuestro cumpleaños —exclamó Manuela refiriéndose a ella y a Paca; por supuesto, también sería el cumpleaños de Rosario, ya que eran mellizas—. Como teníais pensado celebrar una fiesta rociera, vamos a aprovechar para hacer un amarre de seguimiento a Robert.

— ¿Amarre? ¿Qué quieres decir? —Carmela tragó saliva; eso no sonaba nada bien.

— Celebraremos el cumpleaños por todo lo alto y diremos que es en honor a vuestra tía Rosario, para recordar su memoria. Así que tendrán que asistir a la celebración sin más remedio. Paca hablará con Robert y lo convencerá; si se niega a asistir con la excusa que últimamente utiliza, la enfermedad de Úrsula, le apretaremos las tuercas para insistir.

— De acuerdo. ¿Después qué? —la sevillana estaba impaciente esperando a que llegara a la parte sobrenatural.

— Después le daremos de beber un brebaje único. Nos tenemos que asegurar de que se lo tome; solo habrá una oportunidad.

— ¿A qué te refieres?

— Pediremos a nuestros antepasados que nos ayuden y nos guíen si intenta acabar con la vida de tu hermana —explicó Paca—. Esta noche, a la hora de las brujas, a las doce, nos veremos en el torreón. No podéis faltar a la cita. Mañana es el gran día, es la fiesta.

— Estamos entrando en un terreno pantanoso y nos podemos ahogar. Jugar con fuerzas oscuras es peligroso —sentenció Carmela—. Creo que lo mejor es avisar a la policía y contarle todas nuestras sospechas.

— ¿Y qué le vas a decir? ¿Que el fantasma de tu bisabuela se te aparece y te advierte de que el demonio es tu cuñado y quiere matar a tu hermana? No tenemos pruebas y se irá de rositas. Hasta ahora nadie ha podido relacionar las muertes de sus antiguas esposas con él. Es nuestro destino, está escrito —habló Pandora, convencida de ello—. Esta vez ha elegido mal a la víctima. No se saldrá con la suya, y cuando lo pillemos, solo entonces, llamaremos a

la policía con todas las pruebas para que lo encierren entre rejas.

Carmela miró a sus tías y a su prima. Aquello le daba miedo, pero sin poner más trabas a sus planes, aceptó sin protestar. Haría lo que fuera por su hermana, y si tenía que relacionarse con lo sobrenatural para hallar un fin, lo haría sin más. Había una cosa con la que no estaba de acuerdo; el destino no estaba escrito. Ellas escribían su propio camino.

Ahorcada

“La prueba definitiva”

Carmela condujo con el Mustang descapotable de su tía Manuela hasta la ciudad. Los nervios la atenazaban. Había llegado la hora de descubrir si Bruno era un capricho de verano o si realmente todos esos sentimientos eran producto de su amor por él.

Aparcó frente al edificio, se acicaló el pelo en el retrovisor y bajó del auto con paso decidido, tanto que no se dio cuenta de que la falda se le había enganchado en el bolso cruzado e iba enseñando las bragas rosas. Dos niñas pasaron a su lado y escuchó unos murmullos y risitas. Siguió sin hacer caso, aunque la inseguridad la invadió; creyó que tendría el rímel corrido o alguna mancha en la cara. Entró en el edificio y cuando se dispuso a subir los escalones, se miró al espejo del recibidor, y vio que iba enseñando el trasero. Los colores aparecieron en su cara y se arregló la falda; ahora entendía las risitas tontas de las chicas. Respiró profundamente antes de seguir, juntó las manos como si fuera a rezar y miró al techo.

— Por favor, Dios, no soy muy fan tuya pero necesito tu ayuda. Dile al karma que me deje en paz, no necesito hacer más el ridículo.

Tras la tontería expresada en voz alta, subió hasta el rellano de Bruno. Contó hasta tres antes de llamar. Escuchó unos pies descalzos aproximarse hasta la puerta. El *sheriff* abrió y Carmela volvió a derretirse: era una atracción difícil de controlar. Se mordió el labio al ver a Bruno descalzo, con un tejano caído a la cadera y el torso descubierto. Quedó embobada mirando su pecho desnudo; por su mente pasaron mil imágenes sobre cómo adorar a un Adonis como él. Desde un lugar recóndito de su mente, escuchó su

nombre repetidamente.

— Carmela. Oye, Carmela —mover la mano delante de su cara para que regresara a la tierra.

— Perdón, me quedé absorta con tu pecho —lo soltó sin pensar. Al darse cuenta de lo que había dicho, se llevó la mano a la boca, muerta de vergüenza.

— Tranquila. Pasa, por favor. Suelo causar esa impresión en las sevillanas guapas —bromeó.

Carmela entró cortada, la velada acababa de empezar mal. Dejó el bolso encima de la mesa del salón y se quedó parada, sin decir nada. Bruno observó su silencio; le hacía gracia lo vergonzosa que era a veces y lo salvaje que era en otras ocasiones, una combinación que le fascinaba. La invitó a una cerveza de lata y a sushi que había comprado para esa ocasión. Sentados en los taburetes de la isla de la cocina, comieron hablando del trabajo. La sevillana se fue soltando más y le habló de su vida en Sevilla. No había mucho que contar, ya que se había sentido muy sola, pero le explicó su afición por el flamenco. Bruno entendió más aquel baile en la celda. Carmela le había dicho que tenía una academia de baile flamenco.

— Interesante. ¿Algún día bailarás para mí solo?

— No. No me pidas eso, me moriría de vergüenza. En público no me importa, pero a solas no puedo; me sentiría muy observada y no me gusta nada ser el centro de atención. Lo odio.

— ¿Y qué pasará el día de nuestra boda?

Carmela se quedó mirándolo con la boca abierta; no sabía si había escuchado bien. Las piernas le empezaron a temblar como flanes y en lo

único que pensó fue en salir de allí pitando. El compromiso le ponía los pelos de punta y más con alguien como Bruno. Apenas se conocían, salvo en la cama, y una relación era más que sexo. Bruno, al ver su semblante, echó a reír. Le había tomado el pelo, aunque en el fondo lo deseaba; nunca había sentido algo semejante por una mujer.

— Era broma, Carmela; no lo decía en serio. No soy tan psicópata. Tranquila, no te voy a secuestrar ni a atarte a la cama para que seas mía, aunque eso último podríamos hablarlo, ¿no te parece?

Cogió un montadito de salmón con los palillos chinos y se lo metió en la boca con sensualidad, aprovechando que seguía embobada por sus palabras tan descaradas. Carmela se excitó, apretó las piernas sintiendo el deseo en su cuerpo; en lo único en que podía pensar era en devorar a aquel loco *sheriff*. Se miraron con deseo y pasó lo inevitable. La sevillana se lanzó a los brazos de Bruno con pasión. Se devoraron la boca con desesperación, andando hacia atrás como los cangrejos, buscando el dormitorio. En el camino se fueron despojando de la ropa. Él estaba tan excitado como ella, la prueba era el bulto del pantalón. Necesitaba sentirla, así que la agarró del trasero y la subió a sus caderas para avanzar más rápidamente.

Llegaron a la habitación y la tiró en la cama. Carmela emitió un pequeño chillido al rebotar en el colchón y rio divertida. Bruno sonrió y se lanzó encima de su cuerpo, atrapándola con los brazos. Iba a ser una noche salvaje, pero los planes se volvieron a torcer cuando sonó el móvil de Bruno. No podía ignorarlo; ese tipo de melodía indicaba que era del trabajo y seguramente había sucedido algo grave en la ciudad.

— Joder... —susurró asqueado—. No te muevas, gatita —le dio un dulce mordisco en un pecho y fue a cogerlo.

Era un aviso de un crimen; tenía que ir al lugar de los hechos. Entró en la habitación y le dijo a Carmela que tenía que marcharse. Le pidió que se quedara hasta que regresara, pero la sevillana se vistió; el rollo se le acababa de cortar. Sus plegarias no habían servido de nada, el karma seguía haciendo de las suyas. Bajaron a la calle. Entonces a Carmela se le ocurrió algo.

— Bruno, espera. ¿Y si seguimos la cita?

— Tengo que irme. Ha ocurrido un crimen a las afueras de la ciudad —no entendía qué parte de que tenía que irse no entendía.

— Lo sé. Me refiero a ir contigo, a acompañarte. Siempre sucede algo y tenemos que dejar nuestra cita a medias. Esta vez me niego a regresar sin acabarla.

— Voy a una escena de un crimen —le explicó, como si se hubiese vuelto loca—. Carmela, hay un cadáver.

— Hablo con los muertos; puede que te sirva de ayuda —sintió la necesidad de decir aquel dato tan escabroso. Sentía algo muy fuerte por Bruno y, si la relación seguía adelante, tenía que saber de quién se podría enamorar—. Quiero ir.

— De acuerdo, pero eso de que ves fantasmas tendrás que explicarlo mejor cuando tengamos tiempo.

Carmela sintió que se quitaba un peso de encima al soltar su secreto, pero lo que más le llenó fue su respuesta. No la había juzgado, ni mirado como si fuera una loca; al contrario, la había creído sin más. Esa confianza hizo que su cabeza fuera aclarándose y reconocer de una vez por todas sus sentimientos hacía Bruno. No estaba segura si era amor, pero si de que quería seguir conociendo al *sheriff*.

Subieron al coche de Bruno y fueron al lugar del crimen. Los agentes estaban esperando al forense para el levantamiento del cadáver. Le pidió a Carmela que esperase junto al coche y le recomendó que no viera a la víctima, ya que podía ser muy traumático ver un cuerpo sin vida por primera vez.

No hizo caso. Curiosa, se metió dentro del cordón policial disimulando, hasta acercarse a la escena del crimen. Vio el cuerpo de una mujer colgado de un árbol, ahorcado. Un escalofrío le recorrió la columna vertebral. Bruno tenía razón: ver un cadáver impresionaba mucho. La policía había cogido una nota escrita del puño y letra de la víctima en la cual decía: “*No pude soportar la tristeza de ser madre soltera*”. Carmela escuchó cómo un agente leía el mensaje a Bruno.

La sevillana sintió una desazón angustiosa. No podía creer que alguien que había creado vida, se la quitara por ese motivo tan maravilloso. Pensó que tal vez su vida habría sido un caos para llegar a esos extremos. Le vino a la mente su prima Pandora, que estaba en la misma situación, y no pudo evitar derramar unas lágrimas por ese bebé y por la madre.

— Carmela, te he dicho que te quedaras en el coche.

— Lo siento, tenías razón, es duro ver a un cadáver. Pobre mujer, tuvo que sentirse muy sola para acabar así.

— Sí, es triste —un compañero llamó a Bruno; habían encontrado a los pies de la víctima un mechero blanco con la palabra *Pacorujo*.

Al ver aquello, el corazón le bombeó muy rápido: era la marca de su tía Paca. Escuchó a uno de los policías decir que esos mecheros se daban con la compra de una botella. Sacó del bolsillo uno para enseñárselo a Bruno. La prueba indicaba que alguien había podido estar en el lugar de los hechos, y

surgió la duda de que no hubiera sido un suicidio. Con la llegada del forense se hicieron evidentes las sospechas: la víctima no se había suicidado, ya que habían encontrado pruebas de lucha en el cuerpo. Bruno regresó con Carmela.

— Pequeña, tenemos que dejar la cita para otro día. Las cosas se han complicado; todo apunta a que no se ha quitado la vida. Un compañero te llevará de vuelta a la ciudad para que puedas coger el coche.

— ¿La han matado? —preguntó, buscando una respuesta en su mirada.

— Sí. La única prueba que tenemos es un mechero que tiene media ciudad. Es decir, nada.

La sevillana se despidió de Bruno y se fue con el compañero. Estaba saliendo de la escena del crimen cuando sintió un frío helador que le puso el vello de punta. Por el rabillo del ojo vio una figura entre los árboles. Ladeó la cabeza para mirar y vio el espíritu de la víctima de pie, mirándola fijamente. Detuvo los pasos aterrada; hasta ahora, solo había visto el fantasma de su bisabuela. Parpadeó un par de veces y vio disiparse la imagen. Escuchó cómo el agente la llamaba y siguió caminando. La llevó hasta la casa de Bruno, donde tenía el Mustang aparcado, le dio las gracias y se bajó.

Su cabeza iba a mil por hora pensando en todo. Estaba preocupada por Paca, ya que ella repartía esos mecheros. Tenía que hablar urgentemente con sus tías. Subió al coche y fue directa a la mansión. Era de noche, y transitar a esas horas tardías por la carretera de tierra hacia la gran parcela del tío Alfred, le ponía los pelos de punta.

El camino se hizo peligroso. Una niebla espesa apareció en mitad del sendero y tuvo que ralentizar la velocidad. No quería atropellar a ningún animal desorientado y salirse de la carretera. De pronto, vio una figura

fantasmagórica en mitad de la carretera: era la mujer ahorcada. Carmela paró el vehículo y sujetó con fuerza el volante; las manos le temblaban y el cuerpo no le respondía. Asustada, gritó.

— ¡¿Qué quieres!?

El fantasma desapareció, pero la sensación de que seguía cerca, no. Iba a arrancar el vehículo cuando escuchó a su espalda una voz: <<*Tu hermana es la próxima*>>. Carmela chilló al ver por el retrovisor a la muerta con la marca de la soga en el cuello, sentada en los asientos traseros. Bajó del coche muerta de miedo y al volver a mirar el Mustang, vio que había desaparecido. La temperatura de su cuerpo regresó a la normalidad, pero su corazón seguía bombeando muy rápido.

Llorando, arrancó y siguió hasta la mansión. Aparcó justo en la entrada y entró corriendo al interior. Tenía la boca seca, así que antes de nada fue a la cocina a beber agua. Al entrar, encontró al tío Alfred charlando con Robert. Los dos estaban fumando.

— Buenas noches. Si te ve Manuela fumar dentro de la cocina, se va a enfadar —se dirigió a su tío.

— Ya lo apagamos.

Los dos dieron una última calada, lo apagaron bajo el agua del grifo y lo tiraron a la basura. Carmela cogió una botella de agua y la bebió sin quitar ojo a aquellos dos. Todavía seguía enfadada con su tío por tener una amante con el cuerpo de su tía todavía caliente. Observó cómo el tío Alfred le daba a Robert un mechero igual al que habían encontrado en la escena del crimen.

— Gracias, Alfred, el mío lo perdí. Es exactamente igual que el que tenía.

Aquella confesión hizo escupir el agua de su boca. Los hombres se la

quedaron mirando. Ella no les quitó ojo y se limpió con el dorso de la muñeca. Dio una breve explicación.

— Bebí muy rápido. Buenas noches.

Se largó como alma que lleva el diablo. Fue derecha al torreón a esperar a su familia; necesitaba hablar con urgencia. Le mandó un mensaje a Pandora para que avisara a sus tías y se reunieran con ella. Al cabo de unos veinte minutos, aparecieron las tres. Nada más entrar Carmela, habló.

— Creo que Robert ha matado a una mujer.

La miraron sin entender de qué hablaba. Se sentaron en las sillas de playa y les contó los hechos. Escucharon atentamente hasta que acabó. Paca se levantó, trajo una caja pequeña de cartón y la abrió. En su interior había muchos mecheros como el que habían encontrado en la escena del crimen.

— ¿Era como estos? —Paca se los enseñó.

— Sí, era igual. Uno de los agentes dijo que era una prueba inútil porque todo Nueva Orleans tenía uno, ya que los regalaban con la botella de *Pacorujo*.

— ¿Regalas mecheros? —preguntó Pandora cambiando de tema.

— Sí, el *Pacorujo* se vende como churros. Tenía que regalar algo a los clientes.

— ¡¿Queréis prestar atención?! —gritó Carmela cabreada—. Os estoy diciendo que el tío Alfred le ha dado un mechero de esos a Robert porque lo había perdido y este ha admitido que era uno igual. Pero la cosa no acaba ahí: el fantasma de la víctima se me ha aparecido en la escena del crimen y en la carretera viniendo hacia aquí —tenía los nervios desquiciados.

Manuela sacó el orujo de Paca y le preparó un vaso para que bebiera; la

animó a que lo cogiera. Carmela se tomó tres tragos.

— ¿Te ha dado un mensaje? —todas se pusieron serias.

— Sí. *“Tu hermana es la próxima”* —miró a su familia con las lágrimas saltadas—. Él la ha matado; mi sexto sentido lo intuye. ¿Sabéis lo más triste? Estaba embarazada.

— Pagará por sus crímenes. La policía está dando palos de ciego, pero nosotras haremos que se queme en el fuego del infierno —manifestó Manuela con rabia.

El Hechizo

“La hora de las brujas”

A las doce de la noche, la familia González se preparaba para el ritual. Tenían que llevar una prenda que hubiera pertenecido a sus antepasados y que sirviera para atraer a los espíritus de la familia. Lo que iban a hacer era invocar a los difuntos con magia blanca y así poder hacer el amarre a Robert.

Paca trajo un cofre pequeño, lo abrió y sacó una trenza de pelo, cuatro peinetas flamencas, un cuenco y cuatro velas blancas, las cuales repartió entre ellas. Todas las encendieron y las colocaron a sus pies. Cogieron una peineta, a cual más diferente, pues habían pertenecido a generaciones pasadas. Se las pusieron en un moño improvisado y Manuela dejó el cuenco en el centro.

— Esta trenza perteneció a nuestra abuela Ramona. Hoy, con su permiso, cogeremos un mechón y lo trenzaremos a una de nosotras —Carmela y Pandora se miraron sin entender.

A continuación, Paca llamó tres veces en el suelo para atraer a los espíritus de la familia.

— A la hora de la brujas, invocamos el poder ancestral de la familia González y así reclamar la presencia de nuestros antepasados.

Se quedaron calladas unos segundos, esperando a que ocurriese algo. De repente, la ventana del torreón se abrió de golpe dejando pasar el aire frío del exterior. Todas sintieron el viento helador.

— ¿Ves algo? —susurró Pandora a Carmela. Esta negó con la cabeza.

— ¡Tranquilas! ¡Siento la presencia de varias personas! —exclamó

Manuela—. No siempre se dejan ver.

Entregó una aguja a cada una para hacer una unión de sangre. Se pincharon en el pulgar y una a una vertieron tres gotas en el cuenco.

— Ahora debéis verter el repudio con saliva y añadir unas palabras como regalo para Robert —explicó Paca—. Yo empiezo —escupió en el cuenco—. Que el pelo se te caiga, Robert.

— Que cada vez que orines, te duela horrores —continuó Manuela, y escupió.

— Que tus sueños estén llenos de pesadillas —siguió Pandora.

— Si intentas hacer daño a mi hermana, sentirás un dolor insoportable en el costado —Carmela escupió, finalizando el presagio.

Paca cogió la trenza y le cortó un mechón. Miró a todas antes de hablar.

— Una de vosotras tiene que llevar el aviso.

— ¿Qué significa el aviso? —preguntó Carmela.

— Quien porte el pelo anudado a su cabello será la encargada de avisar a las demás si llegara a suceder lo que intuimos, pero antes esta será avisada por un antepasado, en este caso la trenza pertenece a Ramona y ella será la elegida. Tened en cuenta que es una magia de vinculación; dicen quienes la han practicado que puedes sentir las sensaciones del fantasma y tener retazos de su vida pasada.

— Lo haré yo —se ofreció Pandora, pero Carmela no lo iba a permitir.

— Estás embarazada, piensa en el bebé. Seré yo. Además, el vínculo será más fuerte; ella me buscó para avisarme de que algo malo iba a suceder.

Todas estuvieron de acuerdo. Manuela anudó el cabello de Ramona a un mechón de pelo de Carmela, cerrando el vínculo familiar.

— Con este pelo, ofrecemos luz para que nos ayudes —dejó caer al cuenco unos filamentos del cabello de Ramona—, amarramos a Robert al purgatorio y así tenerlo vigilado. Carmela será el portal donde podrás comunicarte a través del vínculo familiar —se refería al cabello—. Repetid conmigo: “*A la hora de la brujas, invocamos a nuestros ancestros de apellido González para que nos ayuden a destruir al demonio que viste piel de hombre*”. Hay que repetirlo tres veces.

Unieron las manos y lo repitieron tres veces. Carmela empezó a encontrarse mal, tosiendo como si se estuviese ahogando con algo. Paca le pasó un chupito de *Pacorujo* para que bebiera. Se lo tragó y se le pasó.

— Tenía una sensación muy rara en la garganta, como si me estuvieran obstruyendo la laringe.

— ¿Sabes que nuestra abuela murió a los ochenta y cinco años porque se ahogó con un hueso de pollo? — le informó Paca—. Eso quiere decir que ha funcionado; estás vinculada a ella. A partir de ahora, tus visiones serán más claras que antes. Eso a Carmela no le agradó mucho; ya lo pasaba mal con las anteriores.

— ¿Ya está? ¿Qué pasa con los otros antepasados? —preguntó Pandora.

— Han venido, han estado aquí para dar fuerza al hechizo. Ahora queda lo más complicado, que se beba el cuenco.

— ¿La sangre con pelo y escupitajo? —a Pandora le vino una arcada solo de pensarlo—. Es asqueroso. ¿Cómo pensáis hacerlo?

— En la fiesta de mañana, prepararé gachas y mezclaré todo bien en una

porción aparte para él; le vuelven loco mis gachas —dijo Manuela, entusiasmada con la idea de darle su merecido.

— Asegúrate bien de mezclarlo todo. Una vez que se lo beba, el fantasma de Ramona tendrá acceso para hacerle todo lo que hemos escupido y podrá proteger a Úrsula. Recordad que todo esto lo hacemos para tener pruebas suficientes y encerrarlo entre rejas. El lunes será el día clave, cuando crea que ha cobrado la herencia. Ahí veremos qué hace.

— ¿Y si vuelve con Úrsula a casa? —Carmela barajó esa posibilidad.

— No lo hará. Sin que él sea consciente, está amarrado a nuestra familia. Lo que tenga pensado hacer, lo hará aquí, sentirá esa necesidad.

— Crucemos los dedos para que todo salga según lo previsto —apuntó Pandora preocupada.

Manuela y Paca, sin que las chicas lo supieran, fueron a informar a su tercera melliza, Rosario. Entraron en la habitación principal y cerraron con llave. Llamaron a la puerta maestra para que saliera de su escondrijo. Rosario salió.

— ¿Y bien? —quiso saber.

— Hemos utilizado el conjuro familiar para amarrar a Robert a la familia González. No huirá. También hemos vinculado a Carmela con nuestra difunta abuela —explicó Paca.

— Os dije que fuera una de vosotras; somos las adultas y las que sabemos del tema —Rosario se ofuscó con aquellas dos cabezas de chorlito.

— Carmela tiene el don de Ramona, puede comunicarse con el más allá, es joven y está aprendiendo. Es bueno que se impliquen en esto, en la familia, y

se dejen de tonterías. ¿O acaso no fingiste tu muerte para juntarnos de nuevo? Esas tres niñas tienen que aprender que, por encima de todo, está la familia, la única que siempre va a estar a su lado —Paca se enfadó.

— Haya paz hermanas, ya está hecho. Por cierto, ¿cuándo piensas decir que estás viva? —preguntó Manuela, sentándose en la butaca.

— ¡Te recuerdo que me morí para atrapar a ese usurpador asesino! —exclamó en jarras—. Otra cosa: me acaba de llamar el detective para comunicarme que la última mujer de Robert ha aparecido muerta y colgada de un árbol a las afueras de la ciudad. Me ha dado el dato de que la mujer cobró la herencia de sus padres fallecidos hace un mes y la pobre encima estaba embarazada. Llevaba doble vida con nuestra sobrina. Ha comprobado que la herencia ha pasado directamente a él.

— ¡Santo Dios! —Manuela se llevó una mano al pecho, sofocada. Le contaron a su hermana la historia de Carmela en la escena del crimen.

— Todo cuadra —susurró pensativa Rosario—. El diablo habita entre nosotras. No tenemos pruebas para encerrarlo. Es lo malo, pero el lunes, según como actúe con Úrsula, lo descubriremos, y si no me equivoco, según la premonición que tuve, todo se resolverá ese día. ¿De qué manera? No estoy segura.

— Este asunto me preocupa. Aunque lo hayamos amarrado, el mal habita en él y lo puede burlar con su negatividad. Tu premonición no es clara y no se sabe qué sucederá ese día, pero las visiones de Carmela me preocupan; en ellas siempre hay sangre.

— Pues reza para que sea la de él y no la de tu sobrina —apuntó Manuela.

— Puede que la policía venga a por él cuando descubran que estaba casado

con la muchacha ahorcada—exclamó Paca.

— No, el detective ha comprobado que no tienen ninguna clase de vinculación matrimonial con la víctima. La herencia se la entregaron en mano, en efectivo. Robert no es tonto y sabe muy bien hacer las cosas, no deja cabos sueltos—explicó Rosario.

— Maldito cabrón... ¡Dios que rabia!—exclamó Paca.

Pandora fue hasta la habitación de Carmela. Llamó antes de entrar. Esta estaba en el cuarto de baño refrescándose la cara; desde que habían hecho el amarre se sentía extraña. Su prima se sentó en la cama con la mirada perdida en algún lugar de su cabeza. La sevillana se sentó frente a ella; le dolía la espalda y empezó a ver borroso.

— Me encuentro fatal. Parece que tengo ochenta años —aquel comentario hizo pensar a Carmela. Su tía le había avisado de que el vínculo era muy fuerte y podía llegar a sentir incluso las dolencias que tenía en vida el espíritu.

— ¿Sabes? Creo que sé mi don. La tía insiste en que son las cartas, que las leía de pequeña, aunque no me acuerdo de eso. Acabo de pasar por delante de la habitación de la tía Rosario y he escuchado su voz, te lo juro.

— ¿Estás segura? —Carmela entornó los ojos para fijarse en su prima; le costaba ver de lejos.

— Sí, creo que puedo oír a los muertos, es fascinante —se tumbó en la cama feliz—. Por cierto, si no ves de lejos te puedo dejar mis gafas de pasta. Yo llevo lentillas y tengo dos pares para descansar los ojos. Tampoco veo de lejos.

Carmela se miró en el espejo del tocador. Se veía extraña con esas gafas de

pasta negra, pero era lo que había si no quería caerse y tener un accidente por no ver ni torta. No le gustaba su reflejo; parecía una niña recién salida del convento y ya bastante cara de buena tenía como para sumar más inocencia.

— Al final a Bruno le voy a dejar de gustar.

— No lo creo prima, ahora tienes pinta de bibliotecaria sexy —bromeó Pandora.

— Anda, vamos a acostarnos, es muy tarde —Carmela le tiró un cojín a la cara. Durmieron juntas en su dormitorio; de esa manera se sentía más cómoda y segura. La soledad nunca le había gustado y más después de saber el don que tenía, ver a los difuntos.

Aquella noche soñó con una vida que no era la suya y con una Sevilla muy antigua que solo había visto en las fotografías de la biblioteca municipal de la ciudad en contadas ocasiones. Todo era distinto, pero aquel sueño la hizo sentir feliz.

La Fiesta

“El Hechizo de las González”

Carmela resoplaba una y otra vez frente al espejo del dormitorio. Había llegado el gran día, la fiesta flamenca que se celebraría en los jardines de la mansión. Paca le dio un traje de gitana a cada una para hacer más creíble la falsa fiesta. No le gustaba nada el traje amarillo con topos blancos y demasiados volantes que le había tocado; parecía el típico inmigrante de color que se ponía en los semáforos de Sevilla repartiendo *kleenex* vestido de flamenca, una imagen habitual en la ciudad del color especial para atraer clientes y ganarse unas monedas.

Pandora entró vestida con una falda rociera y un maillot negro con un mantón de manila en la parte superior; iba preciosa en comparación con Carmela. Se ayudaron con el moño y los abalorios. Todas habían acordado llevar la peineta de sus antepasados para que funcionara mejor el hechizo que habían realizado la noche anterior.

— No te muevas, Carmela, la flor tiene que ir encima de la cabeza, como Marisol en sus mejores tiempos —Pandora la sujetó con varias horquillas para que se quedara fija.

— Parezco del circo de los horrores. Menos mal que Bruno no está invitado, si no saldría corriendo —bromeó riéndose de sí misma; era lo mínimo para sobrellevar algo así.

— No es para tanto, no había dónde elegir —señaló su vestuario—. ¡Listo! Ahora somos *la Pantoja* y *Bob Esponja*, ¡ja, ja, ja, ja! —rio, refiriéndose al amarillo de su vestido.

Carmela se vengó de sus comentarios acribillándola a horquillas para sujetar la flor de Pandora. No le hacía gracia ir vestida de aquella guisa y menos aún con las gafas de pasta; era totalmente *Betty la fea*.

Sin más remedio bajaron a la cocina a desayunar; sus tías estaban desayunando torrijas con miel vestidas de flamenca. Al verlas entrar, se emocionaron de lo guapas que iban sus sobrinas, cosa en la que estas dos no estaban de acuerdo.

Manuela les enseñó las gachas que serían para Robert, tenían un trocito de cáscara de limón decorando el dulce para distinguirla de las demás. Durante la mañana ayudaron al personal de la mansión a preparar la fiesta, donde se celebraría un día de feria sevillana y el cumpleaños de las mellizas.

Carmela y Pandora colgaron farolillos de colores y lo ambientaron como una caseta de la feria de Sevilla, con mucho colorido y sabor para que pareciese lo más real posible.

Mientras tanto, en la casita de la piscina...

Úrsula se preparaba en el cuarto de baño con el cuerpo entumecido por los golpes propinados por Robert la noche anterior. Paca le había dado un traje de flamenca rojo con lunares blancos. El vestido era precioso, pero le estaba costando horrores ponérselo; le dolía todo el cuerpo.

Sintió las manos de su enemigo en la espalda, acariciando su obra de arte, los moratones que lucían en su piel. Úrsula se estremeció al sentir su tacto. No se movió, no quería enfadarlo de nuevo. Este le subió la cremallera del traje y la agarró del cuello con fuerza, apretando su garganta. Miró con odio su reflejo.

— Si haces una tontería en la fiesta, si comentas algo a tu familia, juro que

esta noche cogeré un cuchillo e iré a sus habitaciones a rebanarles el cuello.
¿Lo has entendido, amor?

Úrsula susurró un débil “sí”. Se sentía atrapada en el infierno con el demonio y no sabía cómo salir de esa cárcel impuesta; la única solución que veía era la muerte, pero le faltaba valor para quitarse la vida. Había aceptado que en algún momento Robert se ocuparía de mandarla al más allá. Ya que lo único que quería de ella era la herencia.

— Muy bien, querida. Ahora maquíllate y tapa esas ojeras, estás feísima.

La soltó y se marchó, dejándola sola en el cuarto de baño. La joven se apoyó contra la pared y resbaló hasta sentarse en el suelo con su traje de gitana. Lloró desolada, sintiéndose impotente. En su interior se estaba librando una batalla de sentimientos, intentaba luchar pero ya no tenía fuerzas. En un arrebato de odio a sí misma, cogió el neceser de Robert y sacó una cuchilla. Con las manos temblorosas, la acercó a las muñecas.

— Sentirás un leve dolor... después serás libre... —susurró en voz alta intentando encontrar las fuerzas.

Pero algo en el ambiente cambió su destino. Sintió frío a su alrededor y sin saber cómo, la cuchilla salió disparada de su mano. Úrsula se quedó mirando el trozo de metal sin entender lo que había sucedido. Quiso cogerlo de nuevo, pero se movió como por arte de magia fuera de su alcance. Asustada, se levantó del suelo y se limpió las lágrimas. Miró el espejo y se sobresaltó al ver en él un mensaje escrito con la barra de labios: “*Aguanta*”. Alargó la mano y tocó el espejo. Sintió una especie de electricidad en su cuerpo, como si la abrazasen, y su corazón se calmó. Las ganas de suicidarse fueron sustituidas por una especie de felicidad y amor que duró unos segundos, pero que tras muchos meses sin recibir cariño, agradeció en el alma.

Aquel mensaje sobrenatural le dio un rayo de esperanza a su situación. Pensó que tal vez había alguien con ella, como un ángel de la guarda que la protegía. Se apresuró a limpiar el espejo y a maquillarse, intentando dar luz a su rostro desmejorado. Tenía treinta años y parecía una mujer de cincuenta.

La fiesta...

El sol lucía alto y caluroso, hacía un día espléndido para celebrarlo en familia. Todo estaba listo para que comenzara la comilona con sabores andaluces, risas y música. Aparte de la familia, también asistieron los trabajadores de la finca para hacer bulo; esa había sido la orden de Paca a Alfred para que se reunieran con ellos y así no levantar sospechas.

Todo parecía normal a primera vista. Carmela vio a Úrsula y a su cuñado acercarse a la fiesta. Iban cogidos de la mano y se fijó en la cara de preocupación de su hermana. Quiso correr, alejarla de su lado y liarse a golpes con él, pero debía ser paciente.

Sus tías dieron la bienvenida a la mayor de sus sobrinas y la invitaron a sentarse con ellas. En todo momento Úrsula puso su mejor cara, como si su vida no fuera un infierno, y fingió lo mejor posible; temía que Robert llevara a cabo su amenaza. A todas les dijo que llevaba tiempo enferma con un virus y que por eso había estado más ausente, pero que ya se encontraba un poco mejor.

Pandora se sentó con ella y le ofreció una cerveza que esta cogió dudosa. Sabía que a Robert no le parecía bien que bebiera, pero rodeada de su familia se envalentonó y lo desafió. Bebió gustosa y no fue la última. Todo parecía normal, menos por la desazón que todas sentían al saber la verdad callada de Úrsula.

Carmela fue a la mesa de la comida a llenar su plato cuando escuchó una

voz conocida a su espalda; era Bruno. Se giró sorprendida, pues no lo esperaba. Iba vestido de servicio y con cara de cansado.

— Hola. ¿Qué es todo esto? —preguntó al verla vestida de flamenca. Una sonrisa bobalicona asomó a su rostro—. Estás preciosa.

— Estoy horrible —le corrigió Carmela—. Es el cumpleaños de mis tías. ¿Qué haces aquí?

— Fue una larga noche y quería saber cómo te encontrabas. Estaba preocupado —aquella confesión enterneció a la sevillana.

— Estoy bien. Fue duro ver el cadáver, pero me encuentro bien. ¿Te gustaría quedarte con nosotras?

— Me encantaría, pero tengo que regresar; tengo mucho papeleo en la oficina y tengo que investigar el crimen. No podré verte en un par de días —dijo muy a su pesar.

— Tranquilo, lo entiendo.

— El verano se acaba y volverás a Sevilla. Me gustaría poder pasar más tiempo contigo —expresó aquello sin venir a cuento. Fue un ruego en toda regla.

— Todavía me quedan unos días —Carmela no había pensado que solo le quedaban unos días en Nueva Orleans; por trabajo debía regresar a Sevilla. Aquel pensamiento le provocó un nudo en el estómago.

— ¿Desde cuándo llevas gafas? —cambió de tema. No era sitio ni lugar para debatir nada.

— Tengo la vista cansada. Me las pongo para leer, pero últimamente me duele la cabeza, así que ahora las llevo todo el día —ni ella misma se creyó la

mentira.

— Estas muy sexy — le acarició la mejilla con la mano—. Tengo que irme —los pies parecían no querer moverse. Si pudiera elegir, se quedaría con Carmela a pasar el día, pero el deber lo reclamaba—. Pásalo bien y saluda a tu familia de mi parte.

— Gracias. Lo haré.

Bruno se acercó a sus labios y los rozó en un tierno beso que hizo que se pusiera roja como un tomate. Sabía que las cotillas de su familia estaban con la antena puesta y mirando con descaro. El *sheriff* se marchó y Carmela se quedó con la cabeza hecha un lío. El día de su partida se acercaba y su corazón no quería alejarse de su lado.

La comida transcurrió con tranquilidad hasta que llegó la hora de completar el hechizo. Manuela sacó varios cuencos de gachas y los colocó encima de la mesa estratégicamente. Pandora se encargó de las velas para cantarle el cumpleaños feliz a sus tías. Trajo un siete y un cero, un setenta. Las colocó en una de las gachas y empezó a cantar; todos los allí presentes la siguieron y aplaudieron. Manuela y Paca sonrieron agradecidas y soplaron a la vez.

— Muchas gracias, familia. Hoy es un día muy especial y triste. Nos falta una hermana para soplar las velas, aunque sé que ella querría que lo celebráramos con alegría. Por ti, Rosario.

Las chicas se emocionaron recordando a su tía fallecida, pero era una celebración y no quisieron hacer un drama.

Paca empezó a repartir las gachas a los invitados y llegó a Robert, al que le ofreció una con una sonrisa forzada, la que tenía una mezcla especial. Este se la comió entera, rebañando el cuenco. Todas lo observaron para asegurarse de

que se lo comiera; todas menos Pandora, que tuvo que ir al servicio a vomitar. Solo con pensar lo que llevaba, se le revolvían las tripas.

Por la tarde se dio por finalizada la fiesta. Robert y Úrsula regresaron a la casita de la piscina. Las chicas sonrieron con malicia por el éxito del plan; todo había salido según lo previsto.

— ¿Y ahora qué? —preguntó Pandora.

— A esperar. Pronto tendremos más noticias. Rosario lo intuye —exclamó Manuela, sin darse cuenta de que había mencionado a su supuesta hermana fallecida.

— ¿Rosario? —Carmela se extrañó.

— Soñé ayer con ella —explicó rápidamente y se quitó de en medio, recogiendo las gachas que habían sobrado. La sevillana notó nerviosismo en su voz y eso la hizo desconfiar de su explicación, pero no le dio más importancia. Sabía que sus tías la echaban mucho de menos.

Más tarde, en el patio trasero de la mansión, donde se cultivaban las hortalizas, Carmela y Pandora disfrutaban de la calurosa noche a la luz de la luna, con música de jazz de fondo en una vieja radio. Tomaban limonada y charlaban tranquilamente.

— ¿Crees que alguien me querrá siendo madre soltera? —preguntó Pandora de pronto.

— ¡Pero que tonterías dices! Claro que sí. No seas boba, eres muy joven y con un futuro por delante.

— No tengo futuro, ahora mi futuro es el de mi bebé. No podré hacer las cosas que tenía planeadas, como viajar, ver mundo, disfrutar sin ataduras...

Carmela se alarmó y se puso en lo peor.

— ¿No estarás pensado dar en adopción al bebé?

— Te mentaría si dijera que no. Confieso que lo he pensado, pero desde hace unos días noto un vínculo entre ella y yo; es algo mágico y la amo —se agarró el vientre y le tiró un beso.

— ¿Ella? —Carmela gritó de alegría al descubrir el sexo del bebé—. ¿Desde cuándo lo sabes?

— Ayer me llegó una carta del médico y decía que era una niña. Será tan especial como las mujeres González, lo sé.

Carmela se levantó y abrazó a su prima por la decisión tan valiente de seguir con su bebé, a pesar de que la vida le cambiaría radicalmente. Entendía que hubiera tenido dudas, pues solo era una chiquilla de veinte años.

— No estarás sola, ¿me oyes? Nunca te dejaremos sola.

— He decidido quedarme a vivir con las tías; ellas me ayudaran a criar a Macarena —le reveló el nombre que había elegido.

— Macarena será una niña preciosa y querida.

Aquella noche, en la casita de la piscina...

Úrsula dormía con un ojo abierto. Llevaba alerta desde hacía muchos meses, cuando el hombre al que amaba mostró su verdadera identidad de maltratador. Robert se había quedado despierto viendo la tele y bebiendo como un cosaco, sin límites. Borracho, entró en el dormitorio con ganas de sexo. Destapó a su mujer y la agarró del pelo tirando con fuerza. Le pegó la cara a su entrepierna, que olía a orina; se lo había hecho encima.

— Chupa, puta —le costaba articular las palabras.

Úrsula sollozó asqueada. No quería hacerlo; aquel olor nauseabundo le estaba provocando arcadas.

De pronto, la habitación se heló. Sintió el mismo frío que en el cuarto de baño y escuchó gritar a Robert. Le soltó el pelo y cayó de rodillas, sintiendo un dolor punzante en el costado, como si le estuviesen clavando un cuchillo. El dolor aumentó y se retorció en el suelo. Se levantó maldiciendo, respirando con dificultad y más enfadado todavía. Quiso volver a la carga con su esposa y que ella pagara su rabia, pero cuando intentó ponerle una mano encima, el dolor se repitió y volvió a retorcerse en el suelo.

Úrsula se quedó pasmada, sintiendo el mismo abrazo abrumador y cercano que había sentido antes. Una sonrisa se dibujó en su cara cuando escuchó en su oído. “*Aguanta*”.

Fue la primera noche en que su cuerpo no fue maltratado ni golpeado. Robert luchó contra el dolor del costado y agotado, acabó por dormirse en el suelo. Tuvo pesadillas que no lo dejaron descansar, despertándose cada dos por tres por las horribles cosas que soñaba, todas ellas referentes a su persona.

Al día siguiente, cuando se despertó, un dolor de cabeza le atenazaba, sentía como si le pincharan agujas. Fue al cuarto de baño a lavarse la cara; se echó agua hasta en la cabeza, y cuando bajó las manos para coger más, vio que tenía bolas de pelo en ellas. Se miró al espejo y vio calvas en su cabeza. Gritó ante la imagen horripilante de su reflejo y supo que algo no andaba bien en él.

Asustado, se puso una gorra para tapar aquel estropicio. Fue a orinar, y al depositar su pis en el váter sintió como mil trocitos de cristales. Era muy

doloroso. Decidió ir al médico de urgencias esa misma mañana para que le dijeran qué mal sufría.

Salió del médico sin una explicación a sus síntomas. Según los resultados, todo estaba en orden y no sufría ninguna enfermedad. Pero él sabía que algo dentro de su cuerpo no andaba bien; recordó que al intentar ponerle una mano encima a Úrsula era cuando sufría los dolores. Creyó que aquella malnacida le había hecho cualquier conjuro para hacerle daño.

Sin pensárselo dos veces, fue a un santero de la zona que practicaba magia negra. Tras soltarle algunos billetes, el brujo le dijo que tenía una magia poderosa rodeando su aura. Le dio un amuleto para que se lo pusiera y así revertir el supuesto conjuro. Era una pata de cabra.

Robert enfureció y maquinó una dulce muerte para la bruja de su esposa. Solo tenía que esperar un día más para cobrar el dinero y se desharía de aquel trozo de carne inservible.

El Principio del Fin

“A las tres de la madrugada la maldad se levantará en busca de venganza”

Robert regresó de la ciudad. La casa de huéspedes de la piscina estaba en calma; antes de ir al médico había echado somníferos en la leche de Úrsula. No se fiaba y para dos días que quedaban para cobrar la herencia, tampoco quería arriesgarse.

Entró con sigilo y fue derecho al dormitorio, pretendía comprobar una cosa. Abrió la puerta y vio a su esposa durmiendo plácidamente; tenía el cabello desparramado por la almohada. Se acercó con un único pensamiento, dañarla. Agarró la melena y fue a tirar con fuerza; como se temía, el dolor punzante en el costado apareció. Se aguantó las ganas de gritar para no despertar a Úrsula. Soltó el pelo y sintió alivio. El santero tenía razón, en un principio no se había creído mucho lo de la brujería, pero estaba más que convencido. Sacó la pata de cabra que había guardado en el bolsillo del pantalón y se lo puso alrededor del cuello para protegerlo de cualquier hechizo. Regresó a la carga y volvió a coger el pelo de Úrsula, tiró con fuerza y no sintió dolor; la conexión se había deshecho. Se quedó atónito y rió de forma diabólica. Aquel brujo le había dicho que un aura de oscuridad y maldad le protegería. Acarició la cara de su esposa y le susurró al oído sin que fuese consciente: <<Pronto, mi amor. Pronto te arrancaré el corazón>>.

Mientras tanto, en el cementerio...

Carmela sintió una punzada en el pecho y tuvo que parar en mitad del camposanto para masajear la zona afectada. Las flores que llevaba a su tía Rosario cayeron al suelo, las miró unos segundos y por un instante se evadió del mundo. Fuera del cementerio, una sombra oscura con ojos rojos la miraba

fijamente; sintió pavor y se asustó. Retrocedió uno pasos y tropezó con una piedra que la hizo caer dentro de una fosa. Quedó tendida boca arriba mirando al cielo; notó algo a su lado, se giró y vio el cadáver de su hermana, que le devolvía la mirada con los ojos vacíos y sin vida. Se quedó impresionada y sin respiración, un dolor más profundo que el físico se manifestó en su alma destrozada. Entonces escuchó como esta decía: <<*Lo intentaste*>>. Carmela gritó de rabia y tormento, sintiendo que había perdido a su hermana para siempre.

Pandora, que había seguido caminando sin darse cuenta de nada, se giró alertada por los gritos de su prima. La encontró tirada en el suelo, chillando como una histérica. Se arrodilló a su lado y la zarandéó intentando que volviera en sí. Supo que estaba teniendo una visión por los ojos, pues los tenía en blanco. Al ver que no reaccionaba, tuvo que darle una bofetada; su prima dejó de gritar y la miró desorientada. Se dio cuenta de que no había caído en ninguna fosa. Con lágrimas en los ojos, se levantó del suelo.

— Algo va mal, Pandora, lo sé.

— ¿Has tenido una visión?

— Sí. Era Úrsula; estaba muerta. Algo de esa magia que hicimos salió mal, ¡lo advertí! No se puede jugar con fuerzas oscuras... ¡Dios mío!

— Carmela, tranquilízate. ¿No te das cuenta de que es tu propio miedo? Eres una mujer muy insegura, seguro que tú misma te provocas esas visiones. Todo saldrá bien, lo presiento —le pasó la mano por la espalda para tranquilizarla.

— Puede que tengas razón —creyó en las palabras de Pandora, aferrándose a la esperanza—. Mi subconsciente me ha hecho pasar una mala jugada. Regresemos.

Volvieron a la mansión. Carmela calló durante todo el camino mientras su prima parloteaba sin cesar sobre los programas de la televisión. Aquel malestar no desapareció del todo; era preocupación, y por más que intentaba razonar, no se le quitaba esa opresión del pecho.

Aquella noche se reunieron en el pequeño jardín trasero. Pasaron un rato en silencio, bebiendo y fumando marihuana de la tía Paca; se estaban preparando para lo peor. Eran mujeres, locas, libres, brujas y guerreras. Para las chicas González había algo inquebrantable y eran los lazos de sangre; por ellos eran capaces de ir al infierno.

— Por Úrsula —Pandora levantó la petaca, de la cual bebía agua bendita. Todas levantaron un trago de *Pacorujo* y brindaron por ella.

— Pandora, deja de beber agua bendita. La niña te va a salir monja —exclamó Manuela. Todas se echaron a reír. Les venía bien, pues necesitaban relajar el cuerpo, ya que estaban sometidas a mucho estrés.

— Mi niña será tan buena como María Teresa de Calcuta y tan bipolar como Juana la Loca. ¡Por mi Macarena! —bebió de la petaca. Las demás la siguieron muertas de risa.

A medianoche se retiraron a sus habitaciones para dormir. El gran día ya asomaba. Faltaban pocas horas y entonces atraparían a Robert con las manos en la masa. El plan era bien sencillo: coger pruebas y llamar a la policía para que lo metieran entre rejas.

La mañana del lunes amaneció nublada y lluviosa. Carmela se despertó con la mirada borrosa, como era habitual desde que estaba vinculada con el espíritu de la bisabuela Ramona. El fantasma no le había molestado; eso significaba que su hermana estaba a salvo de las garras de Robert. Si le ocurría algo grave a Úrsula, el espíritu se lo haría saber con una visión en

directo de los hechos. De momento, no pasaba nada malo y eso era un alivio para la sevillana, pues no quería ver sufrir a su hermana.

Habían quedado a las doce del mediodía en el despacho del falso notario para hacer el paripé del cobro del cheque de la herencia. Bajó a la cocina a desayunar. Al entrar vio a Robert tomando café. Lo saludó con una forzada sonrisa, sentía desprecio por aquel hombre. Nunca desayunaban juntos y justo ese día se había molestado en reunirse con la familia para hacerlo; ahí veían el interés que tenía por ir a cobrar el dinero. Sin prestarle atención, se sentó con sus tías. Tomó un café solo y un trocito de leche frita.

— Robert, hijo, siéntate con nosotras —Pandora y Carmela miraron a Manuela como si se hubiese vuelto loca—. No seas tímido, querido —le guiñó un ojo a sus sobrinas, que la miraban atónitas.

— Claro. No quería interrumpir conversaciones familiares —dijo como excusa. En realidad las despreciaba a todas.

— ¿Vendrá mi sobrina a cobrar el dinero? —fue directa al grano. Las chicas sonrieron al ver sus intenciones.

— No. Anoche se puso peor. Ha estado vomitando toda la noche sin descanso; está muy débil. Ya lo dijo el médico, en cualquier momento... Lo siento, no quería ser grosero —se disculpó, haciendo bien su papel de marido perfecto.

— Pobre Úrsula. Lo mejor será dejarla descansar y que vayas tú en su lugar —exclamó Manuela untando la tostada de mantequilla.

Terminaron de desayunar y el chofer del tío Alfred llevó a la ciudad a Robert, Pandora y Carmela; sus tías se quedaron en casa, alegando que no eran sus asuntos. Aprovecharon su ausencia para ir a hablar con su melliza

mayor, Rosario. Con toda la familia fuera, se permitió salir del dormitorio principal a respirar aire puro. Salieron las tres juntas por la parte trasera de la mansión y fueron derechas a la casita de la piscina; querían comprobar el bienestar de su sobrina Úrsula. No querían asustarla con la presencia de Rosario, por eso se asomaron por las ventanas en su busca. La encontraron durmiendo en la cama, no se movía y se preocuparon.

— Deberíamos entrar y ver que todo está bien, aunque es muy raro que esté durmiendo a estas horas del día —habló Paca, preocupada.

Las mellizas entraron en la casita con la llave secreta que guardaban debajo de un macetero de la piscina. Abrieron y fueron derechas al dormitorio. Manuela intentó despertarla, pero no respondía. La veían respirar, pero estaba como sedada.

— Creo que este cabrón la ha drogado —exclamó con rabia Manuela—. Deberíamos crucificarlo.

— Claro, y dejarlo al sol como el bacalao para que se seque. ¡Manuela, mujer! —la regañó— No somos asesinas, solo queremos justicia.

— Le ha dado somníferos —interrumpió Rosario—. Acabo de visualizar una imagen de un tarro de esas pastillas. Dejémosla por ahora, no corre peligro. Mejor que duerma.

En la ciudad se cocían otros asuntos...

Las chicas y Robert esperaban en un local del centro de la ciudad al notario para recibir el cobro de los cheques. Aquel hombre de talante respetuoso entró con tres maletines negros, los cuales dejó encima de la mesa. Sacó tres documentos, eran los últimos que faltaban por firmar. Los colocó encima de la mesa frente a cada uno y les dio un bolígrafo. El primero en firmar, y el

más ansioso, fue Robert. A continuación, el notario abrió uno de los maletines y les enseñó el dinero, incluso lo contó por fajos delante de ellos para que no hubiera ningún problema.

Carmela y Pandora abrieron el suyo y lo cerraron de golpe, al ver que estaban llenos de hojas de periódico. Fingieron su entusiasmo para que Robert no sospechase nada. Se despidieron del notario y se marcharon los tres juntos. Al salir a la calle, Robert sonrió de oreja a oreja. A Carmela le entraron ganas de golpear su cabeza con el maletín, pero se contuvo.

— Bueno, chicas, regreso a la mansión. Úrsula está muy enferma y no quiero dejarla sola; en cualquier momento puede venir la muerte a reclamar su vida y no quiero que sufra en soledad —fue de lo más sarcástico, lo hizo malintencionadamente.

— Claro. Tranquilo, nosotras nos quedamos un rato más en la ciudad —iba a morderse la lengua y callar, pero no pudo resistirse—. Por cierto, Robert, ahora tienes mucho dinero para gastar en un buen traje para el funeral.

Pandora se dio la vuelta con una sonrisilla, cogió a una Carmela atónita y se fueron a dar una vuelta por la ciudad. Pararon en una cafetería muy acogedora a tomar una limonada. Tenía veladores en la calle, así que se sentaron para disfrutar del poco sol que había salido ese día.

La sevillana vio a Bruno vestido de uniforme con varios agentes en la acera de enfrente. Se disculpó con su prima y fue a saludarlo. Lo siguió por detrás sin poder evitar fijarse en el trasero tan prieto que lucía el sexy *sheriff*. Fue a gritar su nombre para que se detuviera cuando, por la distracción de su trasero, tropezó con un adoquín suelto y cayó al suelo de rodillas. Gimió de dolor, se había arañado la piel y la tenía en carne viva.

Bruno se giró al oír a alguien quejarse y vio a su pequeña sevillana tirada

en el suelo. Corrió hasta ella y la levantó sin esfuerzo. Carmela se tocaba las rodillas y sollozaba, intentando aguantarse las ganas de llorar como una histérica y una niña pequeña.

— Tú me vuelves torpe —acusó a Bruno, que la miraba con cara de preocupación—. Si no tuvieras un trasero tan apetecible, no estaría haciendo el ridículo.

— ¿Te parece mi culo delicioso? —bromeó, queriendo sacarle los colores. Sabía que aquel carácter descarado lo sacaba sin darse cuenta, de forma inocente y compulsiva; eso le daba mucho morbo.

Carmela se encendió como la lava de un volcán, quedándose sin palabras. Bruno, al ver que se había quedado muda, no siguió con la broma y le limpió la herida con agua. Se le habían quedado las rodillas como a una niña pequeña. Tímida, se recogió el cabello tras la oreja; se sentía estúpida por comportarse así con el hombre con el que había intimado. La cogió de la mano y la llevó a tomar un café. La sevillana miró hacia la mesa de su prima y le rogó con la mirada que no se enfadara; esta le indicó que disfrutara con un gesto de la mano. Se sentaron en la terraza de una cafetería y pidieron dos cafés solos.

— ¿Estás bien? —preguntó Bruno ante su silencio.

— Sí. No suelo comportarme de manera descarada, es una falta de respeto. Te pido disculpas.

— Ser uno mismo no es una falta de respeto —se acercó más a sus labios para susurrarle—. Me vuelves loco cuando sacas a la gata que llevas dentro —le dio un tierno beso en los labios.

— Me gustas mucho, Bruno —por fin le confesó gran parte de sus

sentimientos.

— ¿Te gustaría empezar algo serio conmigo? —fue directo al grano. Debía aprovechar cualquier oportunidad que se le presentase. Había prometido no presionarla pero estaba loco por Carmela y eso lo hacía ser impaciente.

— Yo... —se quedó sin palabras y decepcionó al corazón de Bruno. Se dio cuenta de que todavía tenía muchas dudas para responder una pregunta tan simple como la formulada.

— Tal vez cuando te decidas sea demasiado tarde —se levantó de la mesa, dejó dinero para los cafés y se marchó cabreado. Fue descortés, pero él estaba loco por alguien que no sentía lo mismo y eso le dolía en el alma.

Carmela regresó con Pandora con el corazón encogido. Era consciente de que le había hecho daño a Bruno con sus palabras. No había sido su intención, pero no sabía si estaba lista para renunciar a Sevilla y a su vida. Regresaron en un taxi hasta la mansión. Al bajar, Pandora no pudo más con la cara de pena de su prima y le preguntó, ya que esta no soltaba prenda.

— ¿Qué ocurre, Carmela? —la detuvo y se sentaron en los escalones principales de la entrada.

— Bruno me ha pedido salir como pareja formal y yo me he quedado muda, bloqueada. Se ha enfadado por no darle una respuesta —tenía la cabeza hecha un lío.

— Es normal que se enfade. ¿Qué pasa contigo? —pellizcó a Carmela en el brazo para que dejase de lamentarse—. Bruno es un hombre completo en todos los sentidos: guapo, sexy, trabajador, buena persona y encima se ha enamorado de ti.

— No está enamorado, esas cosas no pasan en la vida real así como así

—Carmela no creía en los amores a primera vista, en esos sentimientos que surgían de un suspiro para toda la vida.

— Te equivocas, de nuevo, sí existen. El corazón no manda, Carmela; si no fueras tan monjita y responsable entenderías de qué hablo. Y otra cosa te digo: ¿por qué no puedes ser pareja de Bruno? ¿Qué hay de malo en intentarlo?

— Dejaría mi tierra y no sé si estoy preparada para hacer un cambio tan radical.

— Eso son excusas. No olvides lo sola que te has sentido en Sevilla. Recuerda a quién has echado de menos —Pandora se levantó de los nervios por la negatividad de Carmela, pero antes añadió—. Otra cosa: no le das una respuesta porque te da miedo amar, sentir y ser feliz.

Enrabetada, se levantó de los escalones y fue derecha a pasear por la finca. Necesitaba despejar la cabeza. Dio la vuelta a la mansión y se paró de golpe al ver al fantasma de su bisabuela con la cesta de recoger los huevos de las gallinas. Las dos se quedaron mirándose, Carmela observando y el fantasma sorprendido, pues era Rosario y no la bisabuela. Esta ante la pillada de su sobrina, ladeó la cara impasible y caminó muy tiesa hasta la puerta de servicio por donde había salido. Entró, y fuera del campo de visión de Carmela, corrió como una liebre, directa a su dormitorio.

La sevillana notó algo raro en la escena. No había sentido el frío helador que notaba cada vez que aparecía; incluso parecía tener mejor color, y los ojos no eran azules, sino oscuros. Algo no le encajó y se mosqueó; había sido una aparición muy real. Con la mosca detrás de la oreja, siguió el rastro del fantasma. Al entrar en la mansión, escuchó unos pasos apresurados en la parte de arriba. Subió por las escaleras de servicio y salió al pasillo de las

habitaciones de los empleados. Miró a un lado y a otro, pero no vio nada. Todo estaba en calma.

Rosario recuperaba el aliento en el esqueleto de la casa. Había estado a punto de que la descubriese y, aunque pronto debería enfrentarse a la verdad, debía seguir al pie de la letra la premonición que había tenido. Los años de madurez le habían servido para aprender a ser paciente y llevar a cabo sus intuiciones hasta el final. Por esa razón, no quería desvelar todavía su verdad.

Carmela paseó a la largo del pasillo intentando buscar al fantasma, pero había desaparecido sin dejar rastro. Resignada, se dirigió a las habitaciones principales; al girar por un pasillo vio al tío Alfred salir de una de las habitaciones de servicio. La sevillana pasó por su lado mirándolo con desprecio, intuía que la amante era una mujer del servicio.

— Buenas tardes. Salude de mi parte a su nueva novia —soltó, dejando a Alfred con la boca abierta. Tuvo que callar por Rosario; estaba deseando que se desvelara todo aquel embrollo para que dejaran de señalarle como un golfo.

El día transcurrió sin percances, incluso por la noche Robert fue a cenar junto a su esposa a la casa familiar. Todas estaban alerta, pero nada pasó y eso las inquietó. Habían esperado algún suceso a lo largo del día, pero la noche apareció sin más acontecimientos que el desvelo de su preocupación por Úrsula.

Cada una se fue a su respectiva habitación. Carmela les prometió que si el fantasma le hacía saber cualquier cosa, avisaría de inmediato. Se quedó leyendo hasta después de medianoche para vigilar, pero nada sucedía. Agotada, se tumbó en la cama y se quedó totalmente dormida, en un sueño profundo.

Tres de la madrugada...

Robert se preparaba para librarse de su querida esposa. Había llegado la hora de desaparecer durante un buen tiempo; para llevar una vida desbocada de lujuria y riqueza, debía deshacerse de Úrsula. Sentado delante de la televisión codificada, juntó las manos en triángulo, pensando en el plan que tenía elaborado en su mente desde hacía mucho tiempo.

No era la primera vez que mataba para conseguir un fin, pero con Úrsula quería vengarse por haber utilizado la magia en su contra, así que sufriría por ello. Se levantó del sillón y fue al recibidor, donde guardaba en el armario ropero un saco, bridas y cuerda. Entró en la habitación y lo arrojó todo al suelo, cogió la pata de cabra y se la colocó en el cuello.

— Úrsula... Despierta, mi amor, nos vamos de excursión...

El Pantano

“El dueño del pantano impartirá justicia”

Úrsula parpadeó hasta abrir los ojos, adaptó la vista a la oscuridad y vio una sombra a los pies de la cama. El cuerpo le tembló de terror al descubrir que era Robert, con un semblante siniestro que hasta ahora no había presenciado. Aterrorizada, tiró un poco de la sábana en un acto reflejo de proteger su cuerpo. Las lágrimas aparecieron; sabía cuál iba a ser su destino aquella noche, pero de todos modos, uno nunca estaba preparado para morir en contra de su voluntad.

Robert tiró de la sábana, dejándola destapada y desprotegida. Esta encogió los pies y pegó la espalda al cabecero de la cama. Inesperadamente, la habitación se heló, pero esta vez sintió otro tipo de energía muy distinta a la que había sentido la vez pasada. Chilló cuando el demonio con piel de humano la agarró de un tobillo y tiró con fuerza, arrastrándola por la cama hasta que cayó al suelo. Se dio un golpe seco en la cabeza que la hizo dejar de gritar.

Tendida en el pavimento y con la respiración desbocada, sollozó. Robert le pegó una patada en el estómago para que callara. Úrsula se dobló por la mitad calmando el dolor, y entre lamentos del alma susurró: << *¿Dónde estás, ángel guardián?*>>.

Este cogió cinta americana y le tapó la boca; no quería que la familia fuera alertada por sus gritos. La abofeteó tan fuerte que estrelló su cabeza contra la pared. Un reguero de sangre se deslizó por su frente, bajando por su dulce rostro. Desorientada por el golpe, fue una muñeca de trapo en sus manos. Le ató las muñecas a la espalda con las bridas, cogió el saco y la cuerda y la

obligó a levantarse del suelo agarrándola del brazo. Su plan era meterla viva dentro del saco, atarla y tirarla al fondo del pantano.

Úrsula se balanceó temblorosa, pues sus piernas no le respondían como quisiera. Su marido, al ver que no atinaba a caminar, la sujetó fuerte de la melena entrelazando los pelillos de la sien para hacerle más daño, y la obligó a andar hasta sacarla de la casa. La cinta que tapaba su boca se desprendió y aprovechó para hablar.

— Acaba con esto y mátame —lloró, queriendo dejar de sufrir.

— Tranquila, mi amor, morirás, pero a manos de los caimanes.

— No... no... —Robert pudo ver el terror en su mirada y eso le fascinó.

Le volvió a colocar la cinta americana reforzándola con otra capa y la arrastró al pantano en contra de su voluntad.

En el otro lado...

Ramona había sentido la llamada de su biznieta; los lamentos de socorro llegaron hasta su descanso eterno. Abandonó la mansión y se internó en la casa de la piscina; fue testigo de la brutal paliza, del dolor de Úrsula. Intentó utilizar la energía que había recibido en el hechizo para detener a Robert, pero algo más oscuro, una magia muy antigua, le impedía actuar e incluso mandarle una visión de los hechos a Carmela.

Se sentía débil; la fuerza oscura de la casa le estaba robando la poca energía que tenía y que necesitaba para alertar a Carmela. Tuvo que quedarse hasta el final sin poder actuar, para saber a dónde se la llevaba. Una vez que lo supo y rota de dolor, fue en busca de la sevillana. Le costó salir de la casita, parecía que algo se lo impedía. Era aquella magia negra, pero lo consiguió.

Como el alma errante que era cruzó los jardines, dejándose llevar por el viento y así alimentarse de la energía de la luna para estar fuerte. Apareció en el dormitorio de Carmela, la cual dormía a pierna suelta. Se metió en sus sueños para advertirla, pero se dio cuenta de que estaba en una fase REM muy profunda; la única solución era tocarla para despertarla. Intensificó la energía recogida y marcó el brazo de la joven con la mandíbula, mordiéndola; le dio un bocado en la piel tan fuerte, que la sevillana se despertó sobresaltada por el dolor.

Carmela pegó un bote en la cama al sentir una especie de quemazón en el brazo. Rápidamente cogió las gafas y se las puso para ver lo que tenía. Se miró la piel y vio la marca de unos dientes. Se quedó horrorizada, pues sabía bien que solo las energías oscuras hacían esa clase de cosas para ahuyentar a los vivos.

Súbitamente, escuchó un ruido en el cuarto de baño y la luz se encendió en sus narices. El corazón le bombeó muy deprisa; algo en su interior le advertía de un mal augurio.

Fue descalza hasta el lavabo y entró con cuidado. Vio en el suelo un bote de champú, eso era lo que había provocado el ruido. Por el rabillo del ojo vio algo en el espejo, ladeó la cabeza y había escritas dos palabras con vaho: *“Pantano, Úrsula”*.

Millones de sensaciones sacudieron su cuerpo, pero su corazón estalló en mil pedazos. Su hermana estaba en peligro y supo que algo en la conexión del fantasma había fallado. No había tiempo para averiguar el qué, su hermana la necesitaba. Salió corriendo de la habitación en camisón y sin zapatos. El espíritu de su bisabuela se disipó sin poder ayudar más, había utilizado mucha energía.

Carmela entró en el dormitorio de Pandora y la zarandeo bruscamente hasta despertarla.

— ¡Rápido! Avisa a las tías, se la ha llevado al pantano. Algo ha fallado.

Su prima saltó de la cama y salió corriendo con Carmela pisándole los talones. Pandora vio cómo esta bajaba a la planta principal y la llamó a voces.

— ¿A dónde vas? —señaló el pasillo de las habitaciones de sus tías.

— ¡No hay tiempo que perder! ¡Tú avísalas! —salió disparada, a pesar de que Pandora le gritaba como una histérica para que no fuera sola.

Al ver que era imposible detenerla, siguió corriendo hasta llegar a las habitaciones de sus tías. Las llamó a voces y golpeó las puertas. Manuela fue la primera en abrir; iba en camisón y con los rulos en la cabeza.

— ¿Qué ocurre?

— Algo ha fallado. El fantasma avisó a Carmela demasiado tarde. Robert se la ha llevado al pantano.

— ¿Dónde está Carmela?—habló Paca, cerrándose la bata.

— Se ha ido sola al pantano —explicó Pandora, hecha un manojito de nervios.

Tías y sobrina avanzaron por el pasillo en pijama, dispuestas a ir al pantano a salvar a Úrsula. De repente, bajando por los escalones de la planta principal, escucharon una voz. A Pandora el vello se le erizó al reconocer aquel sonido familiar.

— ¿No pensabais avisarme? —Rosario bajó dos peldaños y se dirigió a sus mellizas—. Sois dos brujas.

Pandora tenía la boca abierta y no daba crédito a lo que veían sus ojos.

Alargó la mano para tocar el que creía el fantasma de su tía Rosario cuando esta, al ver sus intenciones, le abofeteó la mano, asustándola.

— ¡Me ha tocado! ¿Cómo puede ser? —agarró su mano, notando el golpe.

— ¡Estoy viva! —Pandora abrió tanto la boca por la sorpresa que se quedó así unos segundos—. Es una larga historia que más tarde te contaré. Ahora cierra la boca y vamos a rescatar a Úrsula.

Las mellizas bajaron las escaleras dejando atrás a una anonadada Pandora con cara de póker, pero que reaccionó al verlas alejarse. En camisón, pijamas, con las zapatillas de estar por casa, los rulos y una botella de *Pacorujo* fueron a buscar a Úrsula.

— Paca, no es momento de beber —regañó Rosario.

— Hoy es momento de todo y más si hace un frío en la calle que congela hasta los pelos del *chichi* —dio un largo lingotazo a la botella y siguió caminando.

En el pantano...

Durante todo el trayecto, Robert la sujetó con fuerza del cuello para que caminara. Llegaron a la orilla embarrizada del pantano, donde los caimanes dormían a la espera de una deliciosa presa.

La tiró al suelo y le quitó la cinta americana de la boca. Úrsula chilló espantando a los cuervos, que observaban el destino de una muerte anunciada. Este le propinó una serie de patadas repetitivas por todo el cuerpo, sin compasión alguna.

A la mayor de las González no le quedaban fuerzas, la sangre perlaba su cuerpo en un triste final. Cerró los ojos, dedicándole las últimas líneas de su

vida a una hermana que nunca más podría abrazar. <<*Perdóname... Carmela*>>.

En el bosque...

El frío calaba en los huesos de la sevillana, que con desesperación buscaba el camino para hallar a Úrsula; solo esperaba que no fuera demasiado tarde. El viento se levantó en una melodía tétrica que mecía a los álamos en una desolada canción. Desesperada, cayó al suelo de rodillas, rogando a sus antepasados que la ayudasen.

— Ayúdenme... Por favor... —lloró con el corazón encogido, pues tenía el presentimiento de que iba a llegar demasiado tarde.

Una niebla espesa, que no sabía de dónde venía, rodeó a Carmela. Miró a su alrededor y frente a ella vio al espíritu de la muchacha ahorcada, que señalaba con el brazo hacia una dirección. La joven se levantó a la carrera y corrió descalza, sin importarle el dolor de la sangre que tenía en la planta de los pies. Solo quería llegar a tiempo.

Rosario iba en cabeza con un péndulo de cuarzo que sujetaba en la mano; hacía de guía para encontrar el camino correcto.

— ¿Por qué no llamamos a la bisabuela? —preguntó Pandora impaciente.

— Se ha quedado sin energía, no puede manifestarse ante los vivos. Algo diabólico la ha drenado hasta dejarla seca; tardará un tiempo en recuperarse —explicó Rosario.

— Por allí —señaló la matriarca de la familia. Sentía que estaban muy cerca de su objetivo. Las chicas se adentraron más en el bosque, en silencio, como si fuesen las almas errantes del lugar.

Carmela escuchó sonidos, pero todo estaba muy oscuro y le costaba ver con aquellas gafas de pasta. Harta, las arrojó al suelo y se dio cuenta de que eran las lentes, pues había recuperado su visión normal. El vínculo con Ramona se había roto.

Con la respiración agitada y el cuerpo congelado por el horror de la noche, se quejó con lágrimas desesperadas. El fantasma apareció de nuevo, iluminando su camino de esperanza. Carmela se internó más en la oscuridad del bosque, tropezando con una rama en mitad del camino. Cayó al suelo y manchó su cuerpo de barro. Levantó la cabeza y vio al demonio, a Robert, arrastrando del cabello a su hermana a la orilla del pantano. Se le heló el alma al observar que Úrsula no movía ni un músculo.

Algo en su interior estalló, se volvió oscuro y desquiciante. Carmela se levantó y salió disparada como Usain Bolt, volando sobre sus pies. Corrió tan rápido que se lanzó dejándose caer encima de Robert. Lo derribó, tirándolo dentro del agua. Apenas cubría. Este la atrapó del cuello y apretó con fuerza debajo del agua helada. Carmela luchó con todas sus fuerzas, gritando en la turbia agua del pantano.

Úrsula abrió un ojo y vio a Robert tensando los brazos y ahogando a alguien debajo del agua. La joven sumergió la cara y enfocó hasta ver a Carmela. Se horrorizó y gritó, provocando burbujas. Por un instante, se miraron a los ojos en las heladas aguas del pantano. Úrsula sacó fuerzas de la adrenalina que le recorrió el cuerpo al ver a su hermana pequeña atrapada bajo el dominio del demonio.

Se arrastró hasta Robert y mordió su pantorrilla con fuerza. Este, que no se esperaba el ataque, gritó de dolor y soltó a Carmela. La sevillana salió a la superficie tosiendo e intentando recuperar el aliento. En ese momento, Robert

tenía sujeta por el pelo a su hermana, a la cual abofeteaba con delirio extremo sin controlar la fuerza empleada.

— ¡Déjala! —gritó Carmela, hecha un obelisco.

Se levantó y se tiró a por su cuñado, intentando que soltara a su hermana. Úrsula cayó al agua y se arrastró hasta la orilla; ya no le quedaban fuerzas para luchar. Quedó tendida en la orilla y con la mirada borrosa por las lágrimas, vio a cuatro figuras vestidas de blanco. Creyó que las almas de sus antepasados habían venido a recoger la suya y guiarla hacia la luz.

— Mamá... —susurró con un hilo de voz antes de caer en un sueño profundo.

Carmela siguió forcejeando con Robert hasta que le pegó un rodillazo entre las piernas. Este cayó al agua, llevándose consigo el anillo familiar de la joven; la sevillana no se dio cuenta de ese detalle. Se miraron unos segundos antes de volver a la carga, pero cuando Robert estaba a punto de levantarse, se quedó petrificado al ver el fantasma de Rosario, que se internaba en el agua. Aquel, creyó que había regresado de entre los muertos para llevarse su alma condenada. Gritó como un cobarde internándose más en las turbias aguas pantanosas, sin ser consciente de que estaba entrando en la boca del lobo.

Rosario observó el miedo en sus ojos, así que hizo el papel de su vida. Puso los brazos en cruz y abrió la boca y los ojos de manera terrorífica para después gritar como el infierno. Robert se asustó y retrocedió aún más.

Carmela presenciaba la escena encandilada, pues sabía que aquella mujer era su tía Rosario, lo veía en el color de sus ojos. Lo que no entendía era cómo Robert podía ver al fantasma.

Este, asustado, agarró la pata de cabra que decoraba su cuello y la alzó contra el espíritu de Rosario.

— ¡No puedes hacerme daño! La magia negra me protege de los fantasmas y de la tuya, ¡bruja! —rio nervioso.

Entonces, Rosario bajó los brazos y dejó de gritar. Lo miró seria, sin mover ni un músculo del semblante hasta que una débil sonrisa se dibujó en los labios.

— Siento decirte que estoy viva —la cara de Robert fue un poema—. El dueño de estas aguas vendrá a por ti—esa había sido la conclusión de su premonición.

— ¡Zorra! —gritó furioso.

Fue a salir nadando de la parte honda del pantano cuando algo bajo la helada agua lo agarró y lo hundió para siempre. Carmela chilló asustada y Rosario la cogió del brazo para apartarla del peligro. Vieron un fuerte ajetreo en el agua, el caimán del pantano lo había devorado.

Manuela y Paca atendían en la orilla a la malherida Úrsula, que yacía inmóvil en el suelo. Pandora lloraba desconsolada por culpa de las hormonas del embarazo, que la tenían desquiciada.

Carmela corrió junto a su hermana y lloró sobre su pecho, gritando a la vida para que despertara.

— ¡¿Por qué no se despierta?! —gritó a sus tías— ¡Úrsula! Por favor... no me dejes...

Rosario se reunió con ellas tras asegurarse de que aquel bastardo no volvía a la superficie con vida. Cogió la botella de *Pacorujo*, la destapó con los

dientes e hizo que sentaran a la joven. Todas la observaron sin entender nada. La matriarca de la familia dio de beber a su sobrina aquel brebaje familiar.

— Este licor despierta hasta a los muertos —exclamó, dándole de beber.

De pronto, empezó a toser, recuperando la consciencia. Carmela la abrazó con fuerza y no la soltó en unos largos minutos. Respiraron tranquilas. A pesar de todo lo sucedido, habían llegado a tiempo para salvar su vida.

— Deberías vender el *Pacorujo* en los funerales, más de una se llevaría una sorpresa —habló Manuela santiguándose.

No pudieron evitar sonreír ante su comentario en un momento así, pero duró poco, hasta que las aguas escupieron el cuerpo destrozado y sin vida de Robert. Se miraron entre ellas sopesando los pros y los contras.

— ¿Qué vamos a hacer? —preguntó Paca a su melliza mayor.

— Diremos la verdad, aquí nadie se ganará un pasaje al infierno. Lo primero, iremos a la mansión y atenderemos a Úrsula.

Las mellizas se encargaron de coger a su sobrina mayor y llevarla todo el trayecto. Pandora las siguió un poco mareada; tantas emociones fuertes le habían pasado factura. Carmela miró por última vez al pantano donde flotaba el cuerpo sin vida de su cuñado. Avanzaba detrás de su familia cuando se encontró con el fantasma de la joven ahorcada, que le sonreía diferente; parecía estar feliz. Vio un resplandor que envolvía al espíritu y cómo se deshacía en millones de partículas en un simple suspiro. Antes de desaparecer del todo, escuchó que decía: <<*Gracias*>>.

La sevillana sintió una paz en su interior como no había notado desde que puso un pie en Nueva Orleans. Las aguas volvieron a su cauce sin haber tenido que lamentar la muerte de ningún ser querido.

Mentiras Piadosas

“La madrugada más larga de las sevillanas”

El tío Alfred llamó al médico de confianza de la familia para que atendiera a Úrsula. Las expectativas eran buenas; estaba débil, pero saldría adelante con mucho reposo y cariño. La dejaron descansar en la habitación principal y bajaron a la cocina para ponerse de acuerdo a la hora de declarar a la policía.

Manuela sacó del frigorífico una bandeja de torrijas rellenas con crema pastelera y preparó café. Ninguna hablaba, solo comían en silencio, con la mente distraída por todo lo vivido. Hasta que Pandora pegó un porrazo en la mesa.

— ¿Por qué fingiste tu muerte? —preguntó, como si ese fuera el tema principal.

— Es complicado, Pandora. Lo hablaremos en su momento, cuando Úrsula esté mejor. Nunca me gustó explicar las cosas dos veces. Ahora come y calla. Te recuerdo que tenemos una conversación pendiente por el bebé —Pandora tragó saliva—. Ahora atended —se dirigió al resto.

Rosario les dio la versión que todas utilizarían. Era bien sencilla. Tenían que acusar a Robert de maltratador y contar que había anulado mentalmente a Úrsula para cobrar la herencia; explicar que una vez que tuvo en su poder el dinero, quiso deshacerse de su esposa llevándola al pantano y que la naturaleza hiciera el resto. Por último, dirían que Úrsula había logrado escapar gracias a un golpe de suerte: un caimán, que descansaba escondido en el barro de la orilla, había atacado a Robert, momento en que la joven aprovechó para escapar, llegar a la mansión y pedir auxilio a la familia.

Todas estuvieron de acuerdo con la versión, excepto Pandora.

— Está muy malherida. No se lo van a tragar —negó con la cabeza.

— Lo harán. La adrenalina activa el cuerpo para sobrevivir, y tú dirás lo que yo te diga —Rosario la advirtió—. ¿O es que pretendes decirles que un espíritu te ha ayudado? ¿Quieres que te encierren entre rejas por loca? —Pandora negó—. Pues entonces calladita.

Carmela llamó a comisaría. Bruno estaba de guardia y fue él quien atendió la llamada. Escuchó atentamente a su preciosa sevillana y en cuanto colgó fue derecho a la mansión con varios coches patrulla. Llegaron con el sol despuntando en el horizonte. La familia al completo esperaba en la entrada principal. Bruno bajó del vehículo y fue derecho a comprobar que Carmela estuviera bien. La agarró de los hombros y escrudiñó su rostro. Siseó al ver las marcas en su cuello. Esta se las tapó, pues en la versión que le había dado por teléfono no implicaba su intervención en la historia.

— ¿Cómo te has hecho eso? Tienes la zona roja —tocó su cuello y la sevillana se estremeció.

— Es alérgica a la seda —intervino Rosario—. Me alegra verlo de nuevo. Será mejor que les acompañe al pantano donde, según mi sobrina, sucedió todo. Entenderá que no pueda declarar en estos momentos, está muy débil. Hemos estado a punto de perderla.

— ¿Usted no estaba muerta? — preguntó Bruno, mirando a Carmela sin entender nada.

— Oh, eso —Rosario sonrió, quitándole importancia—. Se va a reír. Es una historia muy graciosa, ¿verdad? —miró a Carmela para que la ayudase; ese detallito no lo habían pensado. Esta se quedó sin habla, así Paca tuvo que

intervenir.

— Disculpe a mi sobrina. Ella también ha descubierto hoy mismo que su tía no había muerto. Es muy sencillo: el médico de la familia le detectó una enfermedad terminal y tomó la decisión de anticipar su muerte para no hacer sufrir a la familia. Ya sabe que estas enfermedades son traumáticas para los familiares y pasan un mal rato.

— ¿Ocurrió un milagro? —Bruno cada vez estaba más atónito.

— Sí —intervino Manuela—, más o menos, y ahí viene la parte graciosa. El médico confundió los resultados con una paciente terminal. Está más sana que un cerdo ibérico —Bruno siempre había pensado que aquellas mujeres eran extrañas, pero aquella historia superaba la ficción; de todas formas, no era nadie para creer lo contrario.

Rosario llevó a los agentes y al *sheriff* al lugar exacto del pantano. Con un experto en caimanes sacaron el cuerpo, que aún flotaba en el agua. Estaba destrozado, irreconocible. El forense lo examinó. Bruno no perdió detalle y cuando lo colocaron en un saco para cadáveres, se dio cuenta de que algo brillaba en el puño, que lo tenía cerrado. Se puso unos guantes para no contaminar la prueba y cogió un trozo de metal circular; era un anillo. Tuvo un flash. Creyó habérselo visto a alguien, pero ahora no recordaba a quién. Lo guardó en una bolsita de pruebas.

Regresaron a la mansión. Carmela esperaba nerviosa a su tía; deseaba que todo hubiera salido bien. Vio a varios agentes transportar el cuerpo de Robert en una bolsa; sintió tanta rabia que escupió en el suelo. Rosario pasó por su lado y le sonrió para que estuviese tranquila.

Bruno no quiso marcharse sin despedirse. Aunque seguía disgustado con ella no, podía evitar preocuparse por la mujer que le había robado el corazón

y arrancado el alma a la vez, pues no había recibido la respuesta deseada. Se quedaron frente a frente, muy cerca pero sin tocarse. Era asfixiante estar así cuando ambos deseaban amarse, pero Carmela todavía no lo tenía claro.

— Tengo que irme; será un día largo. Espero que tu hermana se recupere lo antes posible. Ha sido un placer conocerte —no quería sufrir más y cuanto antes se olvidara de la sevillana, antes curaría las heridas. Había tomado esa decisión cuando obtuvo el silencio por respuesta en la cafetería.

Cogió las manos de Carmela y las acercó a su boca para besarlas. Cuando le dio el beso, tuvo una regresión y recordó que el anillo que había encontrado en el cadáver era suyo. Miró sus manos desnudas unos segundos; no le dijo nada por ahora y se marchó, sacando sus propias conclusiones. Lo único que tenía en mente era recuperar esa prueba y decidir qué hacer con ella.

La joven, ajena a que había perdido el anillo, regresó con tristeza al interior de la mansión. Supo que las palabras de Bruno habían sido una despedida. Como él dijo, todo el mundo tenía un límite y el suyo había llegado a su fin. No le quedó más remedio que aceptarlo.

Unas horas más tarde...

La familia había pasado casi todo el día durmiendo y descansando. Necesitaban recuperar fuerzas; todavía quedaban muchos asuntos por resolver. Úrsula seguía sedada y fuera de peligro.

Carmela se reunió con la familia en la cocina para cenar. Era una costumbre que no habían perdido, por muchos comedores lujosos que tuviesen. Seguían con las tradiciones con las que se habían criado en Sevilla. El tío Alfred entró saludando con una sonrisa de felicidad. Carmela seguía molesta con él y no dudó en chivarse a su tía de su amante.

— Tu maridito te es infiel —soltó sin más. Rosario la miró y se echó a reír.

— Carmela, hija, yo era la amante.

— ¡Oh! Tú eras la de las bragas de encaje en el mausoleo—Pandora se tapó la boca. Se le había escapado el comentario. Carmela le dio una patada por debajo de la mesa.

La sevillana se quedó estupefacta al descubrir que ella era la otra. Se mordió el labio avergonzada, pues había acusado a su tío sin cesar. Lo miró con cara de pena y, arrepentida, le pidió perdón. Alfred era un hombre bueno y noble y la perdonó quitándole importancia al asunto, aunque nunca le había gustado que lo señalasen con el dedo, más aun siendo mentira.

Aquella noche fue una noche especial. Por fin todas las mujeres González se reunirían después de dos años separadas. Carmela, Pandora y las trillizas fueron a tomar el fresco al jardín trasero, así podrían charlar con tranquilidad. A ellas se unió Úrsula, que se había despertado hacía horas y no quería perderse esa reunión. El tío Alfred le había hablado de aquella velada, así que la llevó hasta allí y la acomodó en una hamaca. Las chicas se sorprendieron al verla; todavía estaba muy débil, aunque su voluntad era fuerte.

— Tienes que descansar —Carmela le dio la mano para reconfortarla.

— He descansado demasiado... Tengo que dar explicaciones, lo necesito...

— De acuerdo, cielo. Te escuchamos —habló Rosario.

— Toma, cariño, te vendrá bien una copa y un cigarrillo —Paca le dio un vaso lleno de *Pacorujo* y un cigarrito de la risa. Rosario la miró mal—. ¿Qué? No es para tanto, mujer. Además, son terapéuticos.

Úrsula bebió agradecida y le dio una larga calada al porro; soltó el humo

sonriendo, pues se sentía libre después de mucho tiempo.

— Supe que era el demonio una noche cuando cogí por error su ordenador, el mío y el suyo eran idénticos. Vi el horror en unas imágenes de periódico que tenía guardadas. Allí estaba él, con otra apariencia pero con los mismos ojos. Todos los casos seguían el mismo patrón: las envenenaba o mataba diciendo que tenían enfermedades terminales, cobraba la herencia y las aniquilaba —paró para fumar.

— Tú no tenías dinero —aportó Pandora.

— No, pero tenía tres tías mayores y ricas. Para él eran un premio irresistible. Su plan era retenerme a su lado hasta que todas murieran; cobrar la generosa herencia de la tía Rosario fue suficiente para su egoísta corazón —sonrió amarga—. Durante meses quise llamarlas, pero me anuló sin ser consciente, hasta el punto de que me daba pavor desobedecer. Después vinieron las amenazas; decía que si hacía algo mal, acabaría con todas vosotras. Fui una cobarde...

— No, no lo fuiste. Te sacrificaste por nosotras, por miedo a que nos hiciera daño. Fuiste valiente y aguantaste cada una de las palizas; eres una superviviente. Nunca estuviste sola —habló Manuela.

— Eso es cierto. Las últimas noches noté a alguien conmigo, me protegía de Robert. Fue extraño; cada vez que quería ponerme una mano encima se retorció de dolor, como si alguien estuviese provocándolo.

— Se nos olvidó decirte que ahora somos brujas, pero no como *Harry Potter*, sino de las de verdad: visiones, premoniciones, hechizos, magia, tarot, etc. Cada una nacemos con un don especial; según las tías, el mío es leer las cartas —explicó Pandora entusiasmada.

— Ahora cuadra todo... Pues el mío no sé cual es —Úrsula se estaba animando por momentos, sentía que se había quitado un lastre de encima.

— Aparece cuando menos te lo esperas. No tengas prisa, todas tenemos un poquito de todo. Eres buena cocinera; puede que lo tuyo sean las pociones caseras —habló Paca.

— Pues como sean como tu *Pacorujo*, estamos listos. ¿Sabías que le añade marihuana a la bebida? . Ya decía yo que aquí en Nueva Orleans estaban todos muy felices —apuntó Carmela para hacer reír a su hermana. Todas rieron menos Paca, que se hizo la ofendida.

Rosario se levantó y encendió una hoguera. Les dijo a las chicas que se acercaran y se pusieran alrededor formando un círculo. Había llegado la hora de limpiar sus almas.

— Morí porque tuve una premonición de todas vosotras, mis sobrinas, mis hijas... —las miró con cariño—. Cada una vino con un problema y mi muerte sirvió para reunir a la familia y solucionar las cosas negativas. La que más me preocupó fue Úrsula; mi premonición no era clara y seguí muerta hasta el final. Todo estaba escrito, sólo teníamos que encontrar el buen camino. En esta noche de verano, consagraremos nuestras almas de luz a la magia ancestral y nos quitaremos las energías negativas que se quedan tras acontecimientos desagradables.

Rosario sacó romero de su bolsillo y lo tiró al fuego para limpiar el ambiente. Después quemó salvia para ahuyentar a los malos espíritus y a las partículas negativas. Respiraron hondo, en un ambiente de paz y serenidad, purificando sus almas.

— Que lo malo salga de vosotras y lo bueno ilumine vuestro futuro. Me deshago de la muerte y la tristeza —Rosario tiró a la hoguera las flores del

funeral.

— Fuera las penas y que vengan las alegrías —Manuela quemó los papeles de la falsa herencia. Las mellizas venían preparadas.

— A la mierda, Robert. Púdrete en el infierno, cabrón —Paca fue más expresiva y escupió un trago de *Pacorujo*, reavivando las llamas.

— Adiós a lo malo. Deseo volver a empezar con vosotras a mi lado —Úrsula tiró el anillo de casada que le había obligado a llevar.

— Por mi Macarena, que venga sana al mundo y no pase ninguna pena —tiró la petaca que utilizaba para el agua bendita. Era como deshacerse de sus malos hábitos.

— Me libero de la soledad. Nunca más me alejaré de mi familia —Carmela cogió tierra y la tiró al fuego. En ese momento se dio cuenta de algo: no quería abandonar a la familia por nada en el mundo, ni siquiera por su Sevilla. En Andalucía no le quedaba nada, salvo soledad. Un sentimiento nuevo fue creciendo en su interior, deseaba formar parte de esta nueva tierra. Ahora estaba segura de lo que quería en la vida y, sin lugar a dudas, era a su familia—. Os quiero, chicas.

— ¿Somos brujas o nenazas? ¿Y ese aquelarre? —preguntó Pandora con una sonrisilla.

Se desvistió delante de todas, quedándose en cueros. Paca, muerta de risa, siguió a su sobrina y enseñó las vergüenzas. Manuela y Rosario la siguieron. Las hermanas pensaron que se habían vuelto locas, pero querían formar parte de ese recuerdo de felicidad. Se desnudaron y como locas, libres y brujas, bailaron alrededor de la hoguera. Después de mucho tiempo, la familia González volvía a estar unida y sonreír de dicha y alegría.

Carmela notó frío en su espalda; por una vez no sintió miedo. Sabía que era el fantasma de su bisabuela Ramona que la observaba. Se giró y la vio entre los árboles cómo la sonreía alegre. Vio la misma luz que se formó con la chica ahorcada y al igual que esta, desapareció en millones de partículas guiadas por el viento.

— Ramona se ha marchado para siempre, ha cruzado al otro lado...
—anunció a las chicas.

Aferrate a la Vida

“Y por fin, me dejé llevar por el viento”

Dos días después...

Carmela había salido bien temprano por la mañana a pasear por los grandes jardines de la mansión, necesitaba respirar aire puro y llenar sus pulmones de decisiones. Se había propuesto dejar de tener miedo y empezar a vivir sin analizar todo. Como decía su prima Pandora, se dejaría llevar por el viento cerrando los ojos y con valentía.

Llevaba dos días sin tener noticias de Bruno. Lo que había empezado con mucha emoción y sentimiento había acabado muy rápido. Llegó al gallinero y recogió los huevos del día. Aquellas gallinas eran como hijas para su tía Manuela; hasta les había puesto nombre a cada una de ellas. Su preferida era Matilde, una gallina blanca impoluta.

— Buenos días, Matilde. Deja que te quite el huevo —el animal la atacó picándole en la mano—. ¡Serás guarra!

Inmediatamente se llevó la mano a la boca, al darse cuenta de tan descarada reacción. A Carmela no le gustaba utilizar esa clase de vocabulario vulgar, se escandalizaba, pero algo dentro de ella la reavivó. Era la adrenalina del momento, el hecho de expresarse como le viniese en gana; en definitiva, ser natural. Rió divertida y regresó a la mansión, murmurando durante todo el camino la palabra “*guarra*”. Parecía una niña pequeña que acababa de aprender una palabrota.

Se encargó de preparar el desayuno e hizo un bizcocho casero de limón para toda la familia, además de café. La primera en bajar a la cocina fue

Pandora, atraída por el olor a dulce. Entró directamente buscando con la mirada el objetivo de su deseo y lo vio encima de la mesa; la boca se le hizo agua.

— Buenos días. Alguien se ha caído de la cama esta mañana —cortó un trozo y se lo metió en la boca.

— Me he desvelado temprano y he ido a dar una vuelta. Come con moderación, no me gustaría llevarte al paritorio con una carretilla del jardín —bromeó. Pandora le sacó la lengua y siguió devorando el bizcocho.

Úrsula y las mellizas aparecieron a la vez; se sorprendieron al ver el desayuno sorpresa. Normalmente, lo preparaba Manuela o la cocinera de la familia. Se sentaron alrededor de la mesa para disfrutar de ese fabuloso desayuno en buena compañía.

— ¿Celebramos algo? —preguntó Paca.

— He tomado una decisión, la mejor de mi vida —exclamó Carmela con una sonrisa de oreja a oreja.

— ¡Suéltalo ya! —la apresuró su hermana.

— Me quedo a vivir con vosotras en Nueva Orleans. Dejo Sevilla, la academia y la casa. Es más, estos dos días he estado hablando con Cipriana y me ha ayudado a vender el local. La casa es lo único que tengo que discutir con vosotras. ¿Qué hacemos con ella?

Dejaron de comer. La primera en emocionarse fue Rosario, que se levantó a besar a su sobrina. A pesar de todos los males que habían sufrido, por fin la familia volvía a estar unida, más que nunca. Pandora gritó de alegría y Úrsula la abrazó.

— No quiero volver a estar sola. Quiero disfrutar de mis tías, mi hermana y por supuesto, de mi Macarena —unas lagrimitas bajaron por sus mejillas.

— ¡Oye! ¿Qué pasa conmigo? —protestó Pandora.

— Contigo también boba. Ven aquí.

Se abrazaron unos segundos largos, locas de alegría. El destino, caprichoso, había mostrado su mejor carta para que emprendieran un camino distinto, lleno de lazos familiares inquebrantables. La familia González empezaría a escribir un nuevo rumbo, todas juntas.

— La mansión es muy grande, cabemos todas —habló Paca, desenroscando el tapón del *Pacorujo*—. Brindemos por la familia. ¡Por nosotras!

— Mujer, tú utilizas cualquier excusa para beber —le regañó Manuela.

— La que fue a hablar, que está todo el día bebiendo vino con el cura —contestó, preparada para la pelea habitual de la mañana.

— ¡Vosotras dos! No empecéis, que estamos de celebración—Rosario se puso seria con sus mellizas.

Carmela pidió a Cipriana que empaquetara todas sus cosas y se las mandase. Más adelante harían un viaje todas juntas a Sevilla, habían decidido cerrar la casa familiar por ahora. Nunca se sabía lo que el futuro les depararía y si podrían necesitar un hogar.

Todo era perfecto salvo una cosa, su corazón se sentía vacío y solitario. Había tenido muchas dudas con respecto a Bruno por no dejarse llevar por los sentimientos, pero ya era tarde; él había tomado la decisión de alejarse. Tendría que vivir con ello y resignarse. Después de todo, se dio cuenta de que se había enamorado de un hombre al que apenas conocía, aunque lo poco que

sabía de él la volvía loca.

Por la tarde, a la hora de la siesta española, Pandora y Úrsula estaban reunidas en el torreón, disfrutando de una buena conversación y algunas confidencias. Su prima le contó toda la historia de Carmela con el Sheriff, cotilleando sobre lo comedido que era esta.

— Es una pena encontrar a una persona especial y dejarla marchar sin luchar. Esta hermana mía debería disfrutar más de los momentos increíbles que le brinda la vida.

— Necesita que la empujen y yo sé cómo hacerlo —le enseñó la baraja del Tarot—. Ahora verás.

Carmela se encontraba en su dormitorio organizando el armario cuando recibió un mensaje de texto de Pandora. En él decía: “*Reúnete en el torreón ya, es urgente*”. El corazón se le encogió al pensar que había pasado algo grave. Dejó lo que estaba haciendo y fue corriendo a reunirse con su prima. Al llegar vio a esta con Úrsula; las dos tenían la cara seria.

— ¿Qué ocurre?

— Siéntate, esto es muy serio —Pandora le señaló la silla de playa—. Estaba mirando las cartas y he visto algo inquietante.

— ¿El qué? Suéltalo ya, no me tengas en ascuas.

— He visto a Bruno; algo malo le sucede. Está en peligro, Carmela. Debes ir a avisarle; creo que alguien va a entrar en su casa a robar. Las cartas no se equivocan —Úrsula la miró, advirtiéndole con la mirada de que se estaba pasando de la raya.

— ¡¿Qué?! ¡Dios mío! Tengo que ir a su casa. ¿Sabes cuándo sucederá?

—Carmela se había tragado la mentira.

— Sí, esta noche. Las cartas nunca se equivocan. ¡Date prisa! —Carmela no preguntó más y se marchó.

— Te has pasado. ¿No era más sencillo aconsejarle que no dejase pasar ese tren, sin mentiras? —Úrsula no estaba de acuerdo con su táctica.

— Era necesario. Mira —echó una tirada—, aquí dice que los enamorados vuelven a compartir un camino. Todo saldrá como debe ser —le guiñó un ojo.

La sevillana salió disparada, con los nervios desquiciados. Cogió el Mustang de su tía Manuela y condujo hasta la ciudad. Esperaba llegar a tiempo para salvar a Bruno. Durante el trayecto lloró por la angustia que sentía; no quería que nada malo le sucediese.

Llegó al bloque de apartamentos y aparcó justo en la entrada. Fue a entrar, pero regresó al coche al ver que el sol había caído en el horizonte. Según su prima, el ladrón podría estar en la casa. Abrió el maletero y vio una llave inglesa; le serviría de arma defensiva. Ahora estaba preparada para salvar a Bruno. La puerta de entrada estaba abierta, acababa de salir un vecino. Aprovechó para entrar y así tener el factor sorpresa, por si el ladrón ya se encontraba allí.

Carmela agarró la llave inglesa con las dos manos y llamó a la puerta. No se escuchaba nada. Los nervios se apoderaron de su cordura y tomó una decisión, romper la cerradura con la herramienta a base de golpes. Estaba a punto de aporrearla cuando sintió una mano en su hombro. Gritó asustada y se giró con los ojos cerrados para luchar contra el intruso. El *sheriff* paró el golpe con una mano y escuchó una voz conocida.

— ¡Carmela! ¿Qué haces? —preguntó Bruno, sorprendido de verla en su casa y de aquella manera.

— Bruno... estás bien —soltó la llave inglesa y lo abrazó. Este no entendió nada, pero le gustó sentir a la sevillana contra su cuerpo.

— Claro que sí. ¿Debería pasarme algo? — no sabía qué preguntar exactamente.

— Pandora me ha dicho que un ladrón vendría a robar a tu casa y que estarías en peligro. Las cartas no mienten —habló atropelladamente.

— ¿Me estás diciendo que a tu prima, en una lectura de tarot, le ha salido eso que dices? —le costaba creer algo tan enrevesado—. Gracias por avisarme —no sabía qué más decir.

En ese momento sonó el móvil de Carmela. Era Úrsula. Lo cogió. La cara se le fue poniendo cada vez más roja mientras su hermana le explicaba que todo era mentira y que se lo había inventado Pandora para que fuera a ver a Bruno. Quiso que el suelo se abriera bajo sus pies y se la tragase. Vio como el Sheriff sonreía. Tenía el volumen muy alto y había escuchado la conversación. Colgó muerta de vergüenza y corrió escaleras abajo sin despedirse. Bruno maldijo y fue tras ella; la atrapó en la entrada del edificio.

— Lo siento. Déjame marchar, la situación es bastante ridícula y bochornosa. Pensarás que soy una estúpida —habló sin mirarlo a la cara, se moría de vergüenza.

— No, no lo es. Yo veo a una joven que no ha dudado ni un segundo en venir a salvarme, a pesar de que la información se la han dado unas cartas. Eso se llama preocupación e interés.

Carmela alzó la mirada y se ahogó en aquellos ojos oscuros. No podía

negar por más tiempo sus sentimientos por Bruno. No sabía a dónde la llevarían, pero si no empezaba una historia con él, jamás averiguaría el final. El *sheriff* cogió su cara entre las manos y la miró intensamente.

— ¿Por qué has venido, Carmela? —esa era la pregunta adecuada.

— Porque Cupido me lanzó una flecha el día que te conocí en aquel camino de incertidumbre y hasta ahora no me ha hecho efecto —le gustó su respuesta.

Ese instante fue mágico y único. Rozaron sus labios en un abrazo íntimo, avivando el deseo de su interior. Bruno la aprisionó contra su cuerpo y la besó con pasión. Había pasado unos días de mal humor porque no tenía a la sevillana, pero gracias al destino volvía a tenerla y esta vez no pensaba soltarla.

— Tenemos una cita pendiente. ¿Te gustaría acabarla? —exclamó pícaro el *sheriff*.

— Me encantaría.

Subieron de nuevo a su piso y la invitó a entrar. Una vez que cerraron la puerta, desataron el huracán que llevaban conteniendo hacía ya tiempo. Se desvistieron mutuamente en medio del salón hasta quedarse desnudos y se devoraron a besos y caricias. Bruno la enredó en sus caderas y la llevó hasta la mesa del comedor. Con una mano tiró al suelo la montaña de papeles y la tumbó. Metido entre sus piernas, pasó la mano por sus pechos y fue bajando hasta su sexo. Al llegar, le dio un pequeño azote con la mano abierta.

Carmela gritó de placer. Tener relaciones con Bruno era todo un mundo por explorar y eso la encantaba. No tardó en besar aquello que ahora era suyo,

calentando su deseo. Bebió de su néctar hasta saciar a la flor. La sevillana se estremeció al sucumbir a un orgasmo en boca de Bruno.

— Eres un producto andaluz muy delicioso...

La joven lo miró enamorada. Se hundió en ella resbalando en su miel y con las piernas de Carmela apoyadas en sus hombros, fue penetrándola hasta vaciarse en su interior. Conectados por la carne al placer, la llevó hasta el dormitorio y se tumbaron en la cama a recuperar el aliento.

— Lo siento, he sido un animal. ¿Tomas la píldora?

— No, y tendrás que vértelas con mis tías como me dejes embarazada. Prepárate con Manuela, que bastante tiene con una sobrina pecadora como para tener a otra embarazada fuera del matrimonio —la joven rio divertida al imaginarse esa situación.

— Me arriesgaré —la abrazó contra su cuerpo y la colmó de mimos—. ¿Cuándo regresas a Sevilla? —aquel era un tema que le preocupaba.

— No me iré. He decidido quedarme donde esté mi familia y ahora contigo.

— ¿Lo dices en serio? —Bruno tenía un nudo en la garganta. Había deseado aquello con tantas ganas que ahora no se lo creía—. No te alejes nunca.

— No lo haré.

Se amaron varias veces más aquella noche y, por primera vez, Carmela se quedó a dormir en su casa. Oficialmente eran una pareja que acaba de empezar, pero con muchos planes de futuro.

Al amanecer, la sevillana se encontró sola en la cama. Se levantó feliz y con un delicioso olor a dulce. Fue hasta el salón atraída por el rico aroma y al entrar vio el desastre en el suelo, fruto de la pasión desatada la noche anterior.

No pudo evitar sonrojarse; era parte de su carácter y eso nunca cambiaría. Aunque no se arrepentía de nada.

Bruno la observó desde el quicio de la puerta. Estaba preciosa con esa cara de inocencia que lo volvía loco y más con una camiseta suya puesta sobre su pequeño cuerpo. La abrazó por detrás y le dio un tierno beso en el hueco del cuello.

— Sé que eres muy golosa, así que he ido a comprar bollos de canela recién horneados a la panadería.

— Gracias.

Se sentaron a desayunar. El *sheriff* le sirvió café, zumo natural y le puso un plato con cuchillo y tenedor para el bollo. Carmela sonrió agradecida y cogió los cubiertos para devorar el dulce. Al partirlo por la mitad encontró algo que no se esperaba. Se quedó sorprendida y boquiabierta; era el anillo de su familia. Se miró la mano, pues no había notado la pérdida. Había estado tan ensimismada en sus problemas y decisiones que no lo había echado de menos.

— ¿Dónde lo has encontrado?

— En el pantano, en la mano de tu cuñado —al ver la cara de espanto de Carmela, añadió—. Tranquila, nadie sabe nada acerca de él.

— Todo este tiempo has sabido que de algún modo estuve en la escena y no has dicho nada —lo amó todavía más. La había protegido de los federales que investigaban el suceso.

— Sí. El caso quedó archivado ayer. Tu tío Alfred fue a declarar y Úrsula quedó libre de toda culpa. Era un hijo de puta que se merece estar en el infierno. Cómo murió no importa. Agilicé el papeleo para cerrar el caso.

— Bruno... — lágrimas de agradecimiento aparecieron en su cara— puedo explicártelo...

— No importa. Lo único que quiero es hacer esto.

Clavó una rodilla en el suelo y sujetó su mano. Con nervios por lo que estaba a punto de hacer, le colocó el anillo en el dedo y la miró con intensidad, esperando ser correspondido de la misma manera.

— Iremos despacio, sin prisas; no quiero presionarte. Te gustan las cosas bien hechas y eso haremos, pero quiero alguna clase de compromiso por tu parte. ¿Quieres ser la mujer que me robe los besos cada mañana?

Carmela sonrió. Creyó que le iba a pedir matrimonio, pero esa pregunta le gustó aún más.

— Quiero ser la mujer de tus sueños, de tus desvelos y la que diga algún día “*Sí, quiero*”.

Se fundieron en un beso sellando aquello que habían anhelado durante mucho tiempo, con la promesa de empezar una historia juntos compartiendo el mismo camino y destino.

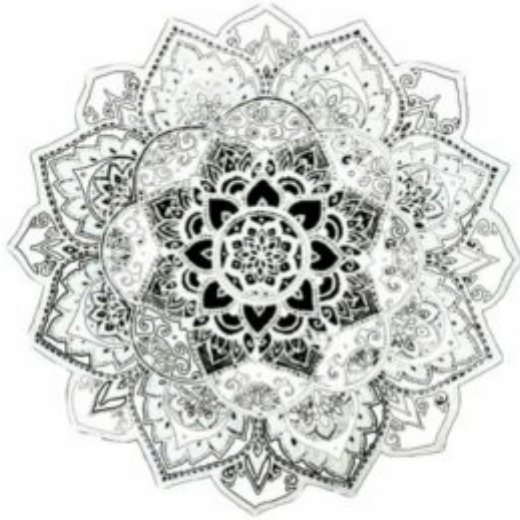
A pesar de que Bruno no quería saber nada de la historia, Carmela le contó todo. Las visiones con el fantasma, el don de su familia y la noche aterradora que vivió en el pantano; incluso la relación que tenía la chica ahorcada con Robert. Él escuchó atentamente, sin interrumpirla, y creyó cada palabra que salió de su boca.

— Eres la mujer con más valor que he conocido nunca y encima eres una bruja. Gracias por confiar en mí y contarme tus secretos. Aunque tengo una duda, ¿vuelas en escoba? —bromeó para sacarla de esos pensamientos angustiosos relacionados con aquella noche.

— Bruno, te estoy hablando en serio — le dio un tierno golpe en el pecho.

— Y yo, amor, y yo —la besó en la coronilla.

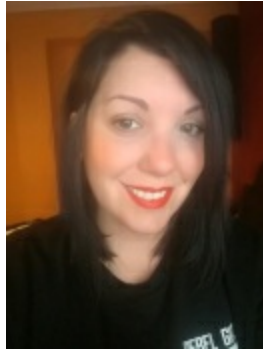
— Gracias por todo, por no dudar de mi palabra. Como dice el anillo que mi abuelo regaló a sus hijas, me aferraré a la vida disfrutando de cada instante que me regale.



Sexo Origo y Flamenco

Katy Molina

Biografía de Katy Molina



Katy molina nació en Barcelona en 1983, de familia andaluza. Apasionada de la cultura, la historia, las letras y la arqueología.

Toda una vida soñando con ser escritora y poder transmitir con su humilde pluma sus creaciones tan diversas. Una mente brillante y delirante, capaz de crear personajes con duende y hacerte sentir parte de la historia.

Su primera obra fue “Red Púrpura”, una novela presentada a concurso y de género negro y sobrenatural. Más tarde, publicó una antología de veinte “Relatos Eróticos”, su pluma más perversa y sensual. Pero no sería hasta la serie “Cruce de Miradas” conocida, se componen de cuatro novelas: Lola, Dana, Diana y Canalla. Son unas comedias románticas y eróticas muy divertidas, sensuales y con pinceladas muy andaluzas.

A finales del año 2016, se atrevió a sacar un nuevo género erótico denominado “Destroyer” que la marcarían como sello propio y único. Utilizó un seudónimo para este género tan polémico y se llamó Katy Infierno. Sacó al mercado una antología erótica nada convencional, “Erótica Destroyer”, una marca que solo ella puede realizar con un toque perverso, humor negro, excitante e imaginativo. No se quedó ahí y creó una serie de cuentos de erótica para adultos, la serie se titula “Venganza” y el primer cuento

publicado es “Sally, dama de la muerte”. (faltan dos libros más por publicar). Pero el mundo la conocería por su novela más destroy, “Penélope, la asesina del Pene” un thriller policíaco y erótico de principio a fin.

En 2017 Katy Molina seguiría en la aventura de escritora consolidándose como autora de ventas en Amazon. Las novelas que publicó ese año son muy diferentes entre sí, ya que la autora no se conforma con escribir un solo género. Podemos encontrar “El Viaje de Azahara” novela romántica inspirada en la leyenda de los almendros de Medina Azahara. Tulipán Negro, novela sobrenatural romántica de vampiros y licántropos. Publicó una antología “Susúrrame entre las Piernas” que ella misma organizó con compañeros de erótica. Una de las novelas de éxito del año 2017 fue “Sexo, Orujo y Flamenco”(serie “Las Mujeres González), una comedia romántica mezclada con drama.

A comienzos del 2018 se atrevió a publicar “Cuervo de Medianoche” un libro lleno de versos libres y reflexiones.

Actualmente, Katy Molina, está preparando su próxima novela “Sal, Tequila y Limón” (la segunda parte de la serie “Las Mujeres González”) y un proyecto muy ambicioso “Jinete” una novela romántica y erótica que irá acompañada de un CD de música para que todos sus lectores puedan disfrutar de las canciones de Jinete que ella misma escribe.

Agradecimientos

Quiero dar las gracias a todos mis lectores, gracias y mil veces gracias por seguir confiando en mi literatura.

Este libro se lo quiero dedicar a mis comadres cordobesas, a mis Rocker@s del grupo de autor de Facebook, a mis chic@s de mi grupo erótica de Facebook de Hora Golf y a mi familia. Sin todos vosotros mis sueños serían una ilusión, gracias.

A Cathaysa Yedra, gracias por ser la modelo de portada. Por tu amistad desinteresada y tu desparpajo. Muchas gracias canaria guapa, eres una bellísima persona y una gran mujer. Gracias. Mil gracias por participar como imagen de portada en la primera edición de Sexo, Orujo y Flamenco.